



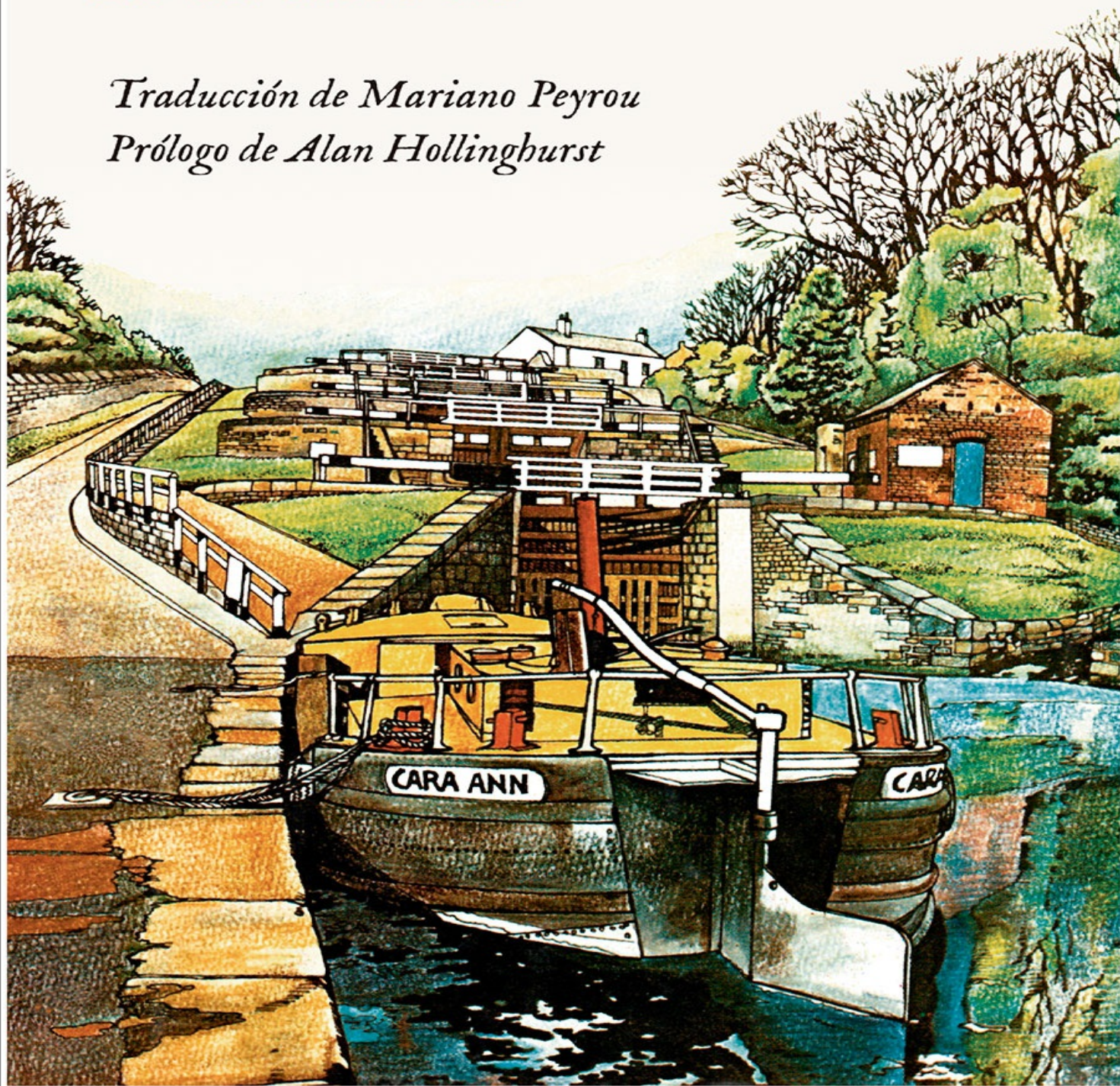
IMPEDIMENTA

PENELOPE FITZGERALD

A la deriva

Traducción de Mariano Peyrou

Prólogo de Alan Hollinghurst



A LA DERIVA



PENELOPE FITZGERALD

*Traducción del inglés a cargo de
Mariano Peyrou*

*Introducción de
Alan Hollinghurst*



IMPEDIMENTA

«Fitzgerald escribe el tipo de ficción que acaricia constantemente la perfección, pero sin ostentación, algo solo al alcance de los verdaderos virtuosos.»

Frank Kermode, TLS

«Leer una novela de Fitzgerald es como subirse a un coche reluciente, y que a mitad del camino alguien tire el volante por la ventana.»

Sebastian Faulks

«La amplitud de su conocimiento, la lucidez de su inteligencia y la extravagancia de sus personajes proporcionan una satisfacción propias de las novelas del siglo XIX.»

—Arthur Lubow, *The New York Times*

INTRODUCCIÓN



por Alan Hollinghurst

«Todo lo que puedas aprender es útil», dice Martha, una niña de once años, en *A la deriva*. «¿No sabes que todo lo que aprendas, y todo lo que sufras, te resultará útil en algún momento de la vida?» Su hermana pequeña acusa a Martha de limitarse a repetir las sabias palabras de su profesora, la madre Ignatius, pero no hay duda de que la propia Penelope Fitzgerald anda muy cerca, apoyándola. Todos los libros de Fitzgerald son producto de la madurez y la reflexión, y tienen una profundidad conmovedora e inmediata, resultado de la acumulación de conocimientos y de la experiencia. Su creación muestra que, tras las pérdidas y los cambios propios de la madurez, aún puede llegar la sensación de que hay una nueva oportunidad. Hasta que no falleció su padre, Edward Knox, en 1971, Penelope Fitzgerald no escribió su primer libro, una biografía del artista Edward Burne-Jones, que apareció en 1975, cuando la autora tenía cincuenta y nueve años. Su padre fue uno de los temas de su siguiente obra, la extraordinaria biografía conjunta *Los hermanos Knox*, publicada en 1977. Estas dos biografías se alimentan del hecho de que Fitzgerald había pasado toda la vida en contacto y en diálogo con las generaciones anteriores a la suya, compartiendo su vida artística, intelectual y espiritual, todo lo cual fue posible gracias a que pertenecía a una familia excepcional. Después escribiría su primera novela, *El niño de oro*, con la intención de entretener a su marido, Desmond, antes de su fallecimiento en 1976; las ocho novelas posteriores, los relatos, una biografía

más y todos sus iluminadores textos periodísticos conforman, pues, una obra creada durante un cuarto de siglo de viudez.

En sus primeras novelas, Penelope Fitzgerald empleó de un modo bastante directo material procedente de su propia vida, descubriendo, cuando cambiaron sus circunstancias y su punto de vista, el potencial para crear unas obras de arte inconfundibles a partir de diversos episodios tempranos de sus actividades laborales que, en muchos momentos, fueron difíciles y caóticas. La etapa en que trabajó en una librería de Southwold inspiró *La librería* (1978), y en *A la deriva* (1979) se centró en la época más sórdida y complicada de su vida: los años que pasó viviendo en una barcaza sobre el Támesis, en Battersea Reach. Más adelante, *Voces humanas* (1980) se basaría en el periodo en que trabajó para la bbc, durante la guerra, y *En Freddie's* (1982), su novela más vitalista y cómica, en la temporada en que se dedicó a dar clases en la escuela de teatro Italia Conti. *A la deriva* también es muy divertida por momentos, aunque desde el punto de vista del tono, es el más fluctuante de todos sus libros. Ella lo calificaba de «tragifarsa».

El personaje central es una joven canadiense, Nenna James, que se ve obligada a aceptar que su marido inglés, que la ha abandonado dejándola sola con sus dos hijas, nunca volverá a su lado. Nenna, que tiene una vocación artística que no ha llegado a cumplir (se formó como violinista), vive en una casa flotante llamada *Grace*, igual que había hecho Fitzgerald, pero se casó mucho más joven: tiene treinta y dos años, y su hija mayor tiene once. Esto es un recordatorio de que Fitzgerald, que se casó a los veinticinco, tuvo tres hijos y vivió en el Támesis durante dos años bien pasada la cuarentena, reorganizando su vida con total libertad y tomando las decisiones que quiso. Es un recordatorio, pues, pero también una advertencia. En torno a la historia de Nenna, y atravesándola, hay un estudio de la gente que vive junto a ella, en los barcos vecinos e interconectados con el suyo. En *La librería*, Fitzgerald había creado una vulnerable protagonista femenina a la que se la había privado de una historia y que se encuentra en un entorno del que apenas tiene conciencia: se trata de un relato gótico, exagerado y austero. Pero en *A la deriva* ya se percibe la capacidad madura y concisa de la autora para crear vidas

completas a partir de unos leves y sobrios detalles. Los otros propietarios de los barcos —el elegante Richard Blake y su desencantada esposa, una marinera de agua dulce; Maurice, un chaperero demasiado acomodaticio; Sam Willis, un anciano pintor especializado en marinas, que quiere vender su barco antes de que se hunda— aparecen todos juntos en la primera escena, pero el retrato del grupo está en constante desarrollo, ya que el cambio y el flujo son la esencia del libro, y Fitzgerald se mueve entre los hilos de su relato con gran agilidad y un ingenio desenfadado. Esta es la novela en la que la autora encuentra su forma: su técnica y su fuerza. Su método de trabajo, en el que siempre se valoran «lo sobrio, lo sutil y lo económico», probablemente funcione con más fluidez que nunca en *A la deriva*.

Fitzgerald se retrató como una escritora «para gen-te que parece haber nacido derrotada o profundamente perdida (...). Personas dispuestas a asumir las condiciones que el mundo les impone, pero que no consiguen someterse a ellas, a pesar de su valor y sus grandes esfuerzos (...). Escribo para darle voz a esa gente». En *A la deriva*, los que viven en las barcazas, esas «criaturas que no eran ni de tierra ni de agua», tal vez aspiren a disfrutar de las condiciones de vida «razonables» de la orilla de Chelsea y a contar con una cantidad de dinero «adecuada». «Pero a causa de la imposibilidad de ser como los demás, que a ellos les resultaba verdaderamente perturbadora, se quedaron encallados, junto a tantas otras cosas arrastradas por la corriente, en los embarcaderos enlodados del canal de marea.» Más adelante, escribiría que lamentaba las traducciones del título que sugerían la idea de estar «lejos de la orilla»; la clave era la naturaleza inestable de las embarcaciones ancladas a unos pocos metros de la costa, y la «inquietud emocional de mis personajes, que se encuentran a medio camino entre la necesidad de estar a salvo y la dudosa atracción del peligro».

Cada uno de ellos, por supuesto, tiene sus propias razones, y algunos se las arreglan mejor que otros. Fitzgerald, como siempre, muestra una aguda comprensión de los angustiados y los necesitados. Los sagaces retratos psicológicos que hay en la novela ofrecen una percepción lúcida pero empática de sus hábitos mentales, de las ideas de las que han dependido

durante tanto tiempo, pero que al final no van a salvarlos. El sensato Richard, al aconsejar al pobre Willis sobre qué hacer con su barco para poder venderlo, no logra entender que «el hombre con el que estaba tratando, o, mejor dicho, al que estaba intentando ayudar, nunca había sentido, ni en el plano físico ni en el plano emocional, la necesidad de reemplazar nada». Willis, de hecho, «había llegado a dudar del valor de empezar de nuevo y había depositado su confianza en algo tan modesto como el arte de resistir». (Aunque al final se verá obligado a empezar de nuevo o, al menos, tendrá que hacer frente a un cambio drástico.) Nenna está más atenta a los fallos de sus razonamientos, y participa en largas vistas en presencia de un juez imaginario, en las que sus ideas acerca de su matrimonio y sus posibilidades de sacarlo adelante se someten a un devastador escrutinio. Incluso el acaudalado, eficiente y honorable Richard, «uno de esos hombres que llevan dos pañuelos limpios encima a las tres y media de la madrugada», se presenta, de un modo conmovedor, como víctima de los hábitos mentales que le han inculcado su experiencia en la marina y su clase social: «Le dio la impresión de que esta última idea (...) era la clave de todo el problema; ahora su mente lo presentaba como una estructura homogénea de partes interconectadas». La tragifarsa los mantiene a todos en movimiento, y su ambigüedad no se resuelve en ninguna de las dos direcciones. En una obra escrita diez años más tarde, Fitzgerald revelaba que el personaje de Maurice estaba inspirado en un «joven modelo muy elegante» que vivía en el barco de al lado y que le había levantado el ánimo a su vecina, una harapienta mujer de mediana edad, llevándola a pasar un día a Brighton. Dicho joven había regresado poco después a Brighton y se había suicidado arrojándose al agua. «Pero al convertirlo en un personaje (...) no pude soportar permitirle que se matara. Eso habría significado que su vida había sido un fracaso, cuando, en realidad, su amabilidad hacía de él un símbolo perfecto del éxito, desde mi punto de vista.» Hay una escala de valores privada, fluctuante e innegociable que conforma la esencia de las representaciones que hace Fitzgerald de las interacciones humanas.

Y luego están las dos niñas pequeñas. En las obras de ficción de Fitzgerald,

los niños suelen mostrar una madurez desencantada de la que carecen sus infelices mayores. Desde Christine Gipping, de *La librería*, una niña de diez años que le dice a la viuda Florence, que no tiene hijos, que «se le ha escapado la vida», hasta Dolly de *El inicio de la primavera*, que a sus doce años es imperturbable y «absolutamente responsable», los niños suelen mostrar una gran habilidad para hacer gestiones, transmitir la verdad y denunciar los fraudes que cometen los padres. «Son unos niños muy raros», dice el tío de Dolly durante una visita; «creo que a Nellie y a mí no se nos permitía participar tan libremente en las conversaciones como a ellos». Los elocuentes predecesores de los niños que aparecen en las obras de ficción de Fitzgerald quizá puedan hallarse en las guarderías y las aulas escolares de Ivy Compton-Burnett, aunque a un amigo que le dijo que le parecían «adorables» Fitzgerald le contestó: «No estoy de acuerdo (...). Son exactamente como mis hijos, que siempre se daban cuenta de todo». En cualquier caso, no todos pueden ser exactamente como ellos, y puede que también estén inspirados, al menos en parte, en los serenos niños actores a los que Fitzgerald había dado clase, que aparecen en *En Freddie's* hablando durante párrafos enteros en su particular jerga y planeando sus breves carreras con una determinación maníaca. Los niños, como muestra la autora en *A la deriva*, son originales y, al mismo tiempo, una mera imitación de los adultos.

Martha y Tilda son dos de los personajes infantiles más inolvidables y divertidos creados por Fitzgerald. Son las únicas niñas del libro y, con sus constantes novillos, le sirven a su creadora para explorar el marco y los antecedentes del relato. Tilda tiene seis años y todo su mundo es el río, y ella lo estudia inteligentemente desde su puesto en lo alto del mástil del *Grace* y pasa largas horas sumida en unas ensoñaciones en las que se mezclan el pasado y el presente. Por supuesto, cualquiera que vaya a Battersea Reach hoy en día se encontrará con un paisaje desconcertantemente distinto de aquel en el que vivió Fitzgerald hace cincuenta años, y aún más lejos del Chelsea post-victoriano del que las niñas todavía vislumbraban algunos destellos. Las altas torres de viviendas de protección oficial, los zigurats de cristal y los edificios de apartamentos

con forma de velas se apiñan frente al río, y las embarcaciones varadas un poco más arriba del puente de Battersea, donde lo estuvo el *Grace* en su momento, ahora son claramente más opulentas. Sin embargo, durante gran parte del siglo xix, allí estuvo el astillero Greaves. Dos generaciones de la familia Greaves fueron barqueros y trabajaron para figuras tan notables como Turner y, después, Whistler, que pintó el viejo puente de madera de Battersea desde el barco del joven Walter Greaves, a quien enseñó a pintar y a grabar la vida cotidiana del río con un estilo muy parecido al suyo. Willis lleva a Tilda al Tate para mostrarle, precisamente, el gran nocturno de Whistler *Azul y oro: el viejo puente de Battersea*, la gran transfiguración de esta parte del Támesis que en otro tiempo estuvo tan descuidada. «Whistler era un artista extraordinario», le dice, y su mirada técnica sobre el tema del cuadro —«La marea está cambiando y una gabarra aprovecha el refluo»— también es típica de la pericia novelística de Fitzgerald, que no se basa en investigaciones, sino en lo aprendido de cada bandazo y cada chirrido del barco durante las distintas estaciones del año, en los distintos estados de ánimo del río. Por lo general, recela de lo lírico, pero las breves y precisas observaciones de las mareas y las luces del río que aparecen en la novela quizá sean también sus recursos más pictóricos, especialmente cuando describe el anochecer («La oscuridad parecía surgir del río») y el amanecer («El río estaba más esquivo que nunca a esa hora, en la que la oscuridad se despega de la oscuridad y en cualquier momento las sombras pueden presentarse como casas o como navíos fondeados»).

Las evasivas miradas al pasado, a la historia del río y su gente aparecen de un modo memorable en la expedición que emprenden en el capítulo 6 Martha y Tilda para «buscar ladrillos». Las niñas cruzan el puente de Battersea empujando penosamente su carrito para revolver entre el lodo de la zona intermareal, junto a la antigua iglesia de Santa María. Allí, cuando la marea baja, cerca de los restos de una barcaza hundida antes de la guerra con un cargamento de ladrillos, a veces todavía se encuentran unos brillantes azulejos rojo rubí, obra de William de Morgan, cuyo «último taller», como Martha sabe muy bien, «estaba en Sands End, en Fulham». Esos fabulosos fragmentos arrancados del fango —un dragón con una cola

sinuosa, «una delicada y grotesca ave plateada»— también son trofeos procedentes del mundo de William Morris y el prerrafaelismo que la propia Fitzgerald había explorando con gran sensibilidad. En un texto sobre De Morgan escrito casi veinte años más tarde, la autora recordaba a la cuñada del artista, Wilhelmina Stirling, que había mantenido viva la llama hasta su fallecimiento, a los cien años de edad, en 1965: un personaje «valiente (...), heroico incluso», a la que (como después harían Martha y Tilda) había visitado en su casa de Battersea, donde «las paredes y los recovecos estaban pintados de colores brillantes». «La señora Wilhelmina Stirling (...), que si no ha cumplido noventa y siete años no ha cumplido ninguno», afirma Tilda, que, a sus seis años, explica así sus precoces conocimientos y establece un vínculo a través de todo un siglo. Las chicas consiguen que un anticuario de King's Road les dé tres libras por los azulejos, y desde allí se marchan a comprarse un disco de Cliff Richard con sus ganancias.

A la deriva está ambientado en 1961 o 1962 (los datos que aparecen en el libro son incoherentes, como nuestros recuerdos de una época cuando han pasado más de quince años), de modo que cuando se publicó, en 1979, mostraba una realidad y un estado de ánimo que ya pertenecían al pasado. Heinrich, un adolescente austríaco con muy buenos contactos que va de visita al *Grace* y deja deslumbrada a Martha, está deseoso de disfrutar de los placeres de Londres, que se acababa de convertir en una ciudad «vibrante». Martha lo lleva a dar una vuelta por King's Road, que entonces estaba «en su apogeo, y palpitaba, como un campamento gitano (...). Un paraíso para los niños, un auténtico caos». Los anticuarios coexistían con las *boutiques*, que soltaban «un aire pesado que olía a incienso», y con los cafés, que eran «una novedad en Londres». Allí, el «reluciente Gaggia servía unas tazas de loza con cuatro centímetros de espuma amarga, y, por dos chelines, los amantes podían pasar unas cuantas horas sentados entre las sombras, en aquel ambiente marrón oscuro, con un cuenco de azúcar moreno entre ellos». Era un mundo «destinado a durar unos pocos años antes de que se rompiera el embrujo», un mundo que la anciana novelista considera como el patio donde jugaban sus hijos, que ahora, por supuesto, ya son adultos. Podemos contemplar, esbozado con mucha delicadeza, el modo en que se

solapan las pautas de conducta de las distintas generaciones y sentir la tensión del cambio latente que siempre fascinó a Fitzgerald, y que produjo tan extraordinarios resultados en sus últimas obras, un cuarteto de novelas históricas.

Alan Hollinghurst

2013

A LA DERIVA

*Para el Grace
y para todos los que navegaron en él*

«che mena il vento, e che batte la pioggia,
e che s'incontran con sì aspre lingue.»

—¿Debemos entender que el *Acorazado* nos está pidiendo que actuemos de modo deshonesto? —preguntó Richard.

El *Acorazado* asintió, contento de que le hubieran entendido con tanta facilidad.

—Solo para poder hacer la venta. No se me ocurre otra solución. Me gustaría que todos los presentes accedieran a no mencionar la filtración principal o, mejor dicho, a no sacar el tema de la filtración principal, salvo que se les pregunte directamente.

—Lo que nos estás pidiendo en realidad es que digamos que el *Acorazado* no tiene filtraciones, ¿no es así? —preguntó Richard con infinita paciencia.

—Esa es una manera un poco fuerte de decirlo.

Todas las reuniones de los propietarios de los barcos, debido a un movimiento tan natural como el de las mareas, tenían lugar en el dragaminas de Richard, un Ton-class reformado. El *Lord Jim* constituía una buena reprimenda para los aficionados: con una immaculada capa de pintura gris que siempre lucía como nueva, eclipsaba a los demás navíos y casi duplicaba su tonelaje, así como Richard, con su elegante chaqueta azul marino, dominaba las reuniones, pese a que no tenía el menor interés en asumir tal responsabilidad. Vivir en Battersea Reach, observados por casas de gran esplendor y bajo la vigilancia de las autoridades del puerto de Londres, implicaba, desde luego, ciertas normas de conducta. Y probablemente Richard fuera, de entre todos los hombres que puedan hallarse en tierra firme o en alta mar, uno de los menos deseosos de imponerlas. Pero alguien tenía que hacerlo. Un deber es aquello de lo que

nadie más se va a ocupar en un determinado momento. Por suerte, él no necesitaba ninguna definición. Por su condición de reservista voluntario en la Marina Real, había servido durante la guerra, lo cual, unido a su temperamento, le había proporcionado una noción clara del deber.

Richard ni siquiera quería encargarse de aquellas reuniones. Habría preferido que se formara un comité, pero los propietarios —de los cuales muchos en realidad no eran tales, sino meros arrendatarios de los barcos en que vivían— no estaban hechos para participar en comités. Entre el *Lord Jim*, que se encontraba atracado casi a la sombra del puente de Battersea, y las antiguas barcasas de madera del Támesis, que se hallaban doscientos metros río arriba, cerca de los muelles donde se deshacían de la basura y donde se situaba la fábrica de cerveza, se abría un gran abismo. A los moradores de las barcasas, criaturas que no eran ni de tierra ni de agua, les hubiera gustado ser más respetables de lo que eran. Aspiraban a instalarse en la orilla de Chelsea, donde, a comienzos de los años sesenta, miles de personas vivían dedicándose a actividades razonables, con una adecuada cantidad de dinero. Pero a causa de la imposibilidad de ser como los demás, que a ellos les resultaba verdaderamente perturbadora, se quedaron encallados, junto a tantas otras cosas arrastradas por la corriente, en los embarcaderos enlodados del canal de marea.

Desde un punto de vista biológico, podía decirse que, como la mayor parte de las criaturas que vivían en la costa, habían «triunfado». No resultaba fácil librarse de ellos. Pero, en realidad, vender el navío para después marcharse de Battersea se consideraba un acto de desesperación, similar al que realizaron los anfibios cuando, en un pasado remoto, salieron a la tierra. Muchas de aquellas especies perecieron en el intento.

Richard, tras echar un vistazo alrededor de su elegante mesa, adornada con detalles metálicos, tuvo la impresión de que todo el mundo se estaba comportando lo mejor que podía. No había forma de evitar aquello, y como, al fin y al cabo, Willis había solicitado que se tratara su caso, comenzó a recoger opiniones con meticulosidad.

—¿Rochester? ¿Grace? ¿Pájaro azul? ¿Maurice? ¿Tiempo de reposo? ¿Dunkirk? ¿Incansable?

Richard hacía lo correcto al dirigirse a ellos empleando el nombre de sus navíos, ya que, siendo rigurosos, se encontraban en el puerto. Maurice, un hombre joven y cordial, había comprendido nada más llegar a Battersea que Richard siempre haría eso y que, por lo tanto, él sería conocido como *Dondeschiepolschuygen IV*, nombre que estaba inscrito en letras doradas a ambos lados de la proa de su barco. Fue por eso que lo rebautizó como *Maurice*.

A nadie le gustaba ser el primero en hablar, y Willis, un artista de unos sesenta y cinco años especializado en pinturas marinas y el propietario del *Acorazado*, estaba sentado con las manos apoyadas sobre la mesa y la cabeza ligeramente inclinada, de modo que solo se le veía la parte superior de la coronilla, con unos alborotados pelos negros y canosos a modo de aureola. Río abajo, la bocina de un barco soltó un largo gemido y acabó con aquel incómodo silencio. Se trataba de una señal particular del Támesis: «estoy a punto de zarpar». La marea estaba subiendo, aunque los barcos seguían descansando sobre el lodo.

Al oír un leve pero significativo ruido procedente de la cocina, Richard se disculpó educadamente y salió. Tal vez pudieran decir algo más sobre aquel extraño asunto cuando regresara.

—¿Qué tal vas, Lollie?

Laura estaba cortando algo en trozos pequeños y tenía un libro de cocina abierto delante de ella. Le echó una mirada cansada y provinciana, con los ojos muy abiertos, una mirada cuyos horizontes deberían hallarse limitados por hectáreas de labranza y pastoreo. Richard sabía que la lealtad que ella le profesaba se traducían en que nunca, hasta el momento, se había quejado ante nadie más que él por tener que vivir, en lugar de en una bonita casa, en un barco en medio de Londres. Visitaba a sus padres una vez al mes para enfrentarse a su familia, que esgrimía argumentos de aquella índole, a lo que ella siempre respondía que había gente muy agradable viviendo en el Támesis. Pero entre ellos dos no había necesidad de fingir. Y aunque Richard era un hombre que, siempre que concluía una etapa de su vida, la dejaba atrás con discreción; y a quien le gustaba poder darle una explicación racional a todo, no era capaz de justificar ese apego que sentía por el *Lord*

Jim. Podría permitirse una casa sin mayor problema; de hecho, la reforma del *Jim* le había salido bastante cara. Y aunque el río apelara a su parte soñadora más que a su yo diurno, creía que no tenía por qué prestarle atención.

—Ya casi hemos terminado —dijo.

Con un movimiento de cabeza, Laura se echó hacia atrás su húmedo pelo largo. En teoría, su aspecto dependía de los servicios de diversos empleados, mi peluquero, mi último peluquero, mi médico, mi otro médico al que empecé a ir cuando descubrí que el primero no me atendía bien, pero la verdad es que, con sus atenciones o sin ellas, Laura siempre estaba preciosa.

—Esta cocina, con el nuevo extractor, no está tan mal, ¿verdad? —dijo Richard—. Todavía hay un poco de vapor, claro...

—Te odio. ¿No puedes librarte de esa gente de una vez?

En la cantina, Maurice, que había llegado bastante tarde, decía algo en favor de Willis. Era una persona irremediadamente empática. Su actividad principal, que consistía en ir por la noche a un *pub* cercano con el que tenía un acuerdo, ligarse a algún hombre y llevárselo a su barco, no era particularmente rentable. Maurice no tenía una disposición innata para obtener grandes rentas, pero tampoco tenía una disposición innata para lamentarse por ello, ni por ninguna otra cosa. A quienes sentían cariño por él no les resultaba fácil comunicárselo, ya que parecía no distinguir entre amigos y enemigos. Por ejemplo, un conocido suyo bastante de-sagradable empleaba una parte de la bodega de Maurice para almacenar bienes robados. Richard y Laura se contaban entre los pocos propietarios de barcos que no estaban al tanto de ello. Y sin embargo, Maurice parecía sentirse casi orgulloso, porque Harry no era un cliente, sino alguien que le había pedido un favor y no le había dado nada a cambio.

—Tendré que advertir a Harry para que no diga nada de las filtraciones —dijo.

—¿Qué sabe él de eso? —preguntó Willis.

—Antes estaba en la marina mercante. Si viene gente a ver el *Acorazado*,

puede que le pregunten su opinión.

—Nunca lo he visto hablar con nadie. No viene muy a menudo, ¿verdad?

En ese momento, el *Lord Jim* sufrió una inconfundible sacudida que lo zarandeó de proa a popa. No se cayó nada al suelo, porque el navío estaba bien amarrado, pero tembló ligeramente y después se elevó. La marea lo había levantado del fondo.

Al mismo tiempo, un incómodo escalofrío recorrió a todos los que estaban sentados en torno a la mesa. Durante las siguientes seis horas —o un poco menos, ya que en Battersea la subida del río dura cinco horas y media, y la bajada, seis y media—, no estarían viviendo en tierra, sino sobre el agua. Y todos ellos sentían los parches que había en el casco de sus navíos, la tensión que soportaban y sus diversas grietas como si fueran los puntos débiles de sus propios cuerpos. Temían el momento de regresar a ellos para comprobar si el último sellado había cedido y, al mismo tiempo, sentían una punzante ansiedad por hacerlo. Las barcazas del Támesis no tienen quilla y flotan en cuanto hay unos centímetros de agua. La única excepción fue Woodrow, del *Rochester*, director jubilado de una pequeña empresa y fanático del mantenimiento de su embarcación. La subida de la marea no le causaba verdadero terror, pero lo llenaba de preocupación e impaciencia porque el *Rochester*, en su opinión, tenía unas hermosas rayas por debajo de la línea de flotación, rayas que no volverían a ser visibles hasta doce horas más tarde.

En todas las barcazas de Battersea, el leve y ominoso goteo de un grifo, aunque no hiciera más ruido que la puerta de un armario al cerrarse, iba seguido de sonidos más fuertes procedentes de cada placa, de cada ristrel, de cada pieza de madera; una sucesión de crujidos atronadores que a veces incluso parecían quejidos humanos. Las ancianas embarcaciones, enloquecidas, flotaban felices sin carga alguna mientras esperaban el regreso de sus propietarios.

Richard, como buen comandante, notó que el ambiente de la reunión estaba tenso, y eso que había una pared divisoria de teca entre él y sus invitados.

—Más vale que los vaya despachando.

—Puedes invitar a uno o dos a que se queden un rato a tomar algo —dijo Laura—. Si es que hay alguien presentable.

Laura a menudo imitaba inconscientemente la voz de su padre y, como él, había empezado a beber algo más de la cuenta de vez en cuando, por puro aburrimiento. Richard sintió un abrumador ataque de cariño hacia ella.

—Hoy he comprado el *Country Life* —dijo Laura.

Él ya se había dado cuenta. Cualquier cosa nueva llamaba la atención en el ordenado *Lord Jim*. La revista estaba abierta por los anuncios de casas, entre los cuales había una fotografía en la que se veía un césped, un cedro con su sombra y una casa más bien cuadrada en el fondo, dando sentido al césped. Mes tras mes aparecía una foto similar, aunque variaban el tamaño de la casa y el condado en el que se hallaba, lo cual daba la impresión de que los lectores del *Country Life* eran inmunes al cambio, o de que, al menos, ningún cambio se veía reflejado en sus páginas.

—No estaba pensando precisamente en esa, Richard. Mira unas páginas más adelante. Hay algunas más pequeñas.

—Puedo decirle a Nenna James que se quede un rato —dijo Richard—. La del *Grace*, digo.

—¿Por qué? ¿Es que te parece guapa?

—Nunca lo había pensado.

—La ha dejado el marido, ¿no?

—No estoy muy seguro de cuál es su situación.

—El cartero solía comentar que no llegaban muchas cartas para el *Grace*.

Laura dijo «solía» porque las cartas ya no las traía el cartero; después de que se cayera dos veces de la rampa de desembarco del *Maurice*, que no estaba bien sujeta, y todo el correo de la mañana se hundiera en el río lleno de basura, el servicio postal, no sin razón, había notificado que suspendía el reparto en Battersea Reach. Esta institución también había manifestado que el señor Blake, del *Lord Jim*, había rescatado a su empleado en ambas ocasiones, y que deseaba agradecersele públicamente. Las cartas, desde entonces, debían recogerse en la oficina del varadero, por lo que Laura tenía la sensación de que vivir allí no era muy distinto de vivir en el extranjero.

—Creo que Nenna es muy agradable —continuó Richard—. La verdad es

que a mí me parece muy agradable. Pero no estoy seguro de si me gustaría quedarme a solas con ella durante demasiado tiempo.

—¿Por qué no?

—Bueno, me da la impresión de que podría echarse a llorar de repente, o quitarse la ropa.

De hecho, eso le había ocurrido a Richard una vez en Nestor y Sage, la asesoría financiera para la que trabajaba. Estaban pensando en reformar la oficina y dejarla diáfana, que era más moderno.

Todos los asistentes a la reunión levantaron la mirada con alivio cuando Richard regresó a la cantina. Se plantó allí con firmeza, pese a que el barco no dejaba de balancearse, y afirmó —incluso con la postura de su cuerpo, junto a la puerta— que todo saldría razonablemente bien, por difícil que pareciera. No es que tuviese demasiada seguridad en sí mismo, sino que era un buen juez de lo factible.

Willis le agradecía su apoyo al joven Maurice.

—Bueno, has defendido a un amigo en apuros...

—De nada.

Willis estaba ya levantándose de la mesa cuando dijo:

—De todos modos, yo no creo que ese tipo haya estado nunca en la marina mercante.

«Asunto aplazado», pensó Richard. Con firmeza, pero no sin educación, acompañó a la trémula asamblea escalerilla arriba. Sintió alivio, como siempre, al salir a cubierta. Las primeras neblinas del otoño hacían que resultara difícil contemplar Battersea Reach en toda su extensión. Las gaviotas flotaban como los barcos y merodeaban en torno al *Lord Jim*, manchándose las plumas blancas en la superficie del agua.

—En cualquier caso, probablemente tengas mucho tiempo para solucionar tu problema —le dijo a Willis—. Es una cosa muy lenta, lo de vender estos barcos. La filtración que tienes está hacia la popa, ¿no? Y tendrás las cuatro bombas funcionando, supongo... Una en cada depósito, ¿me equivoco?

Esa imagen del *Acorazado* era tan errónea que Willis consideró que lo mejor era no decir nada, y se limitó a hacer un gesto que tenía algo que ver con el saludo de un oficial de escaso rango. Después siguió a los demás, que

tenían que cruzar a tierra y recorrer el dique. La zona intermedia de Battersea Reach se encontraba ocupada por navíos pequeños, que en su mayor parte habían sido amarrados para todo el invierno; a algunos de ellos ya los habían cubierto con una lona doble para protegerlos de las inclemencias venideras. Se trataba de embarcaciones que solo se utilizaban cuando hacía buen tiempo. Los propietarios de las barcas tenían que ir hasta el muelle donde estaba la fábrica de cerveza, atravesando la cubierta de proa del *Maurice* y pasando por una serie de rampas de desembarco que los conducían hasta sus navíos. Woody tenía que cruzar el *Maurice*, el *Grace* y el *Acorazado* para regresar al *Rochester*. Solo el *Maurice* se encontraba amarrado al muelle.

En ese momento pasaba uno de los últimos vapores de recreo de la temporada, con las luces de la cabina encendidas, rumbo a Kew.

—Señoras y señores, Battersea Reach. A su derecha, la colonia de los artistas. En esos barcos vive gente, igual que en el Sena. Viven como artistas. Sí, hay gente que vive en esos barcos.

Richard había hecho detenerse a Nenna James.

—Me gustaría que tomaras algo con nosotros. Laura esperaba que pudieras.

Nenna tenía muchos defectos de carácter, pero también un instinto natural para reconocer los motivos que hacían infelices a los demás. Este instinto solo le había fallado una vez, con su propio marido. En ese preciso momento, Nenna supo que Richard estaba molesto por lo insatisfactorio de la reunión. No se había analizado nada, ni siquiera se había debatido nada de un modo productivo.

—Ojalá supiera la hora exacta —dijo ella.

Richard se sintió satisfecho de inmediato, como solo se sentía cuando algo podía confirmarse con la máxima precisión. ¡La hora exacta! Tal vez Nenna quisiera echar un vistazo a sus cronómetros. No solían funcionar bien en embarcaciones pequeñas como la de ella, ya que les afectaban los cambios de temperatura —no sabía si Nenna se había percatado de ello— y, por supuesto, las vibraciones. En cambio, él podía decirle no solo la hora, sino también el estado de la marea en cada uno de los puentes del río. No era

muy habitual que alguien mostrara interés por esa clase de datos.

Laura sacó las botellas y los vasos y un gran plato con cosas para picar por la escotilla de la cocina.

—Ahí dentro huele raro.

Se refería al perceptible hedor a alquitrán que los propietarios de las barcazas, debido a que se pasaban una gran parte del día haciendo reparaciones, dejaban allá donde iban.

—Bueno, cariño, si no te gusta cómo huele, vamos a popa —dijo Richard, cogiendo la bandeja. Nunca permitía que una mujer llevara nada. Los tres se metieron en un cuartito que, con sus armarios empotrados y sus cojines rojos, se parecía a los reservados de los *pubs*. Había también una estufa que emitía un cálido resplandor; estaba regulada para generar exactamente el calor adecuado.

Laura se sentó, como con pesadez.

—¿Qué tal es vivir sin tu marido? —preguntó, dándole a Nenna un gran vaso de ginebra—. Me lo he preguntado muchas veces.

—A lo mejor podrías ir a buscar más hielo —dijo Richard. Había suficiente.

—No me ha dejado, en realidad. Es solo que en este momento no estamos juntos.

—Yo ahí no me meto. Lo que quiero saber es cómo te va a ti sin él. Supongo que las noches serán frías, claro. No te preocupes por Richard. Para él todo esto es un halago, si lo piensas.

Nenna los miró alternativamente. La verdad es que era un alivio hablar del tema.

—No puedo hacer las cosas que las mujeres no saben hacer —dijo—. No puedo pasar las páginas del *Times* sin que se me arruguen, no sé plegar un mapa como corresponde, no sé descorchar botellas, soy incapaz de clavar un clavo y que me quede recto, no puedo entrar en un bar y pedir una copa sin preguntarme qué pensará la gente y no puedo encender cerillas en dirección a mi cuerpo. Soy una persona culta y tengo dos hijas y me las apaño bastante bien, y hay un montón de cosas mucho más importantes que sí sé hacer, pero no sé hacer esas, y cada vez que tengo que hacer alguna de ellas, me dan ganas de echarme a llorar.

—Estoy seguro de que podría enseñarte a plegar un mapa —dijo Richard—. No es tan difícil, cuando le coges el tranquilo.

Los ojos de Laura parecían haberse acercado el uno al otro. Estaba totalmente concentrada.

—¿Te ha dejado el barco?

—El *Grace* lo compré yo, cuando él ya se había ido, para tener un sitio donde vivir con las niñas. Me costó casi todo el dinero que teníamos.

—¿Te gustan los barcos?

—Estoy acostumbrada a ellos. Me crié en Halifax. Mi padre tenía una cabaña de veraneo en el lago Bras d'Or. Ahí teníamos barcos.

—Espero que no tengas que hacer ninguna reparación.

—Nos entra un poco de lluvia.

—Ah, el revestimiento. Prueba a extender una lona impermeable sobre la cubierta.

Por mucho que lo intentara, Richard no era capaz de entender cómo podía vivir la gente sin tenerlo todo en perfecto estado.

—Aunque yo, personalmente, no sé si es buena idea estar reparando continuamente estos barcos tan antiguos. Mi impresión, por si sirve de algo, es que habría que considerarlos activos depreciables. Lo mejor es dejar que se vayan deteriorando año tras año, hacerse cargo de los pequeños gastos que generen y que al final se los lleve un remolcador a cambio de su valor de liquidación.

—Pero entonces no sé dónde viviríamos.

—Ah, me pareció que habías dicho que ibais a buscar un sitio en tierra firme.

—Ah, sí, sí.

—No pretendía agobiarte.

Laura había tenido tiempo, mientras escuchaba estos comentarios sin demasiada atención, de tomarse unos cuantos tragos, que la habían vuelto más inquisitiva que hostil.

—¿Dónde conseguiste tu *guernsey*?[1]

Las dos mujeres llevaban el reglamentario suéter azul marino, grueso y con una abertura de un centímetro en las costuras laterales. Nenna se lo

había arremangado, pues en el cuartito hacía calor, mostrando unos antebrazos redondeados y cubiertos por un vello fino y dorado.

—Me lo compré en ese sitio de ofertas que hay al final de Queenstown Road.

—Pues no es tan grueso como el mío.

Laura se inclinó hacia delante y, cogiendo un buen trozo entre el índice y el pulgar, palpó el duro tejido.

—Reconozco la calidad cuando la tengo delante, y noto que este no es tan grueso. Richard, ¿quieres comprobarlo?

—Me temo que no tengo mucho que decir sobre tejidos.

—Bueno, entonces haz algo con la estufa. ¡Haz algo, idiota! Nenna se está congelando.

—No tengo nada de frío, gracias. Estoy muy bien.

—¡Tendrías que estar mucho mejor! ¡Richard, es tu invitada!

—Puedo ajustar la estufa, si quieres —dijo Richard, intentando socorrerla—. Puedo hacer algo con el regulador.

—¡No quiero que la regules!

Nenna sabía que, si no hubiera sido una deslealtad hacia Laura, Richard le habría pedido que hiciese o dijese algo.

—Nosotras usamos casi cualquier cosa para calentarnos —dijo Nenna—. Madera y coque que trae la corriente y cualquier cosa que arda. Maurice me contó que el invierno pasado tuvo que pedir prestada una vela en el *Acorazado* para descongelar el cerrojo de su depósito de leña. Y después, una vez que había invitado a un amigo, no lograba que la estufa funcionara bien y tuvo que usar cerillas y palitos de queso para que no se apagara.

—El depósito de leña nunca debe estar en la cubierta —dijo Richard.

Laura, por algún motivo, había estado siguiendo la conversación con doloroso interés.

—¿Los palitos de queso arden? —preguntó.

—Maurice piensa que sí.

Laura desapareció. Nenna apenas tuvo tiempo de decir que ya tenía que irse antes de que regresara, tambaleándose y adoptando una postura inclinada pero digna, con una lata de palitos de queso en la mano.

—Son de Fortnum.

Esquivando a Richard, que se puso en pie en cuanto vio algo que podía llevar, abrió la tapa de la estufa y echó un montón dorado de palitos de queso sobre el brillante lecho de leña.

—¡Qué calor!

Las llamas crecieron de repente, con un penetrante olor a queso quemado.

—¡Qué maravilla! ¡Qué calor! ¡Tengo muchos más! ¡Tengo la cocina llena de palitos de estos! Haremos que los eche Richard. ¡No, los echaremos entre todos!

—Viene alguien —dijo Nenna.

Se oyeron unos pasos por encima de sus cabezas y experimentó un alivio semejante al que podrían sentir las víctimas de un asedio. Reconoció las pisadas resueltas de su hija menor, pero también distinguió unos pasos más pesados. Le dio un vuelco el corazón.

—Mamá, huele a quemado.

Tras una lucha breve y encarnizada, Richard logró volver a colocar la tapa de la estufa metálica. Nenna se dirigió hacia la escalerilla.

—¿Con quién estás, Tilda?

Las piernecitas de seis años de Tilda, que terminaban en unas katiuskas cubiertas de barro, aparecieron por la escotilla abierta.

—Con el padre Watson.

Nenna se quedó callada un segundo, y Tilda gritó:

—Mamá, es un cura muy mayor y muy amable. Vino al *Grace*, y yo lo he traído hasta aquí.

—El padre Watson no es mayor en absoluto, Tilda. Tráelo aquí abajo, por favor. Bueno, si es que...

—Por supuesto —dijo Richard—. Se tomará un whisky con nosotros, ¿no, padre?

No sabía con quién estaba hablando, pero creía, porque lo había visto en el cine, que los sacerdotes católicos bebían whisky y contaban largas historias, lo cual podía ser muy útil en aquellas circunstancias. Richard habló con autoridad y calma. Nenna lo admiró. Le hubiera gustado echarle los brazos al cuello.

—No, ahora no puedo quedarme, pero gracias de todos modos —gritó el padre Watson, cuyos pantalones se veían ondear junto a las katiuskas de Tilda y un trozo cuadrado de cielo—. Solo quería decirle una cosita, señora James, pero puedo esperar sin problema si está ocupada con sus amigos o si ahora no le viene bien por cualquier otro motivo.

Pero, para sorpresa del vicario, que nunca tenía la impresión de ser verdaderamente bienvenido, Nenna ya estaba subiendo la escalerilla. Había empezado a lloviznar, y su largo impermeable estaba tachonado de gotas de agua, que reflejaban las luces de la costa y las luces de fondeo de las embarcaciones ancladas.

—Me temo que la pequeña se va a empapar.

—Es resistente al agua —dijo Nenna.

En cuanto llegaron al embarcadero, el padre Watson comenzó a hablar en voz baja.

—Como se imaginará, he venido por las niñas. Me ha llegado un mensaje de las monjas, un mensaje de las Hermanas de la Misericordia. —A veces se preguntaba si no le iría mejor, con las embarazosas tareas que le encomendaban, si tuviera acento irlandés, o si empleara unos giros lingüísticos más pintorescos—. Sus hijas, señora James. Esta, Tilda, y la de doce años.

—Martha.

—Un nombre encantador. Martha se ocupaba de las labores domésticas durante las visitas de nuestro Señor. Pero no es un nombre de santa, creo.

El padre Watson parecía decir estas cosas de forma automática. No podía haber venido andando hasta Battersea Reach solo para hablar del nombre de Martha.

—Supongo que se pondrá otro nombre para la confirmación. Convendría no postergarla demasiado. Sugiero que se ponga «Stella Maris», Estrella del Mar, ya que usted ha decidido fijar su morada sobre las aguas.

—Padre, ¿ha venido a quejarse porque las niñas han estado faltando al colegio?

Habían llegado al muelle, que estaba sumamente mal iluminado. Los cerveceros a los que pertenecía, que, como todos los cerveceros de los años

sesenta, querían recuperar la supuesta jovialidad del siglo XVIII, habían solicitado un permiso para convertirlo en una terraza moderna. Pero se trataba de una idea que iba contra el espíritu húmedo, melancólico y, sin embargo, imperecedero de Battersea Reach. Tras abandonar esos planes, alquilaron el muelle a diversos artesanos aficionados y almacenistas. En cualquier caso, los destartados cobertizos y barracas debían de pertenecer a alguien, así como las pilas de cajas cuyas inscripciones estampadas habían palidecido hacía ya tanto tiempo.

Pero, atestado de ratas y descuidado, seguía siendo un muelle. La orilla del río, donde los fantasmas de Virgilio extendían los brazos, anhelando cruzar al otro lado; donde a Dante, un hombre vivo, se le denegaba el acceso al transbordador, y donde unos pocos tablones señalaban el punto de encuentro entre la tierra y el agua, era, sin duda, un buen lugar para detenerse y reflexionar, incluso aunque, como le pasó al padre Watson, uno tropiece con una lata de cincuenta litros de creosota.

—Me temo que no estoy acostumbrado a caminar con tan poca luz, señora James.

—Mire al cielo, padre. Mantenga la vista en la parte más clara del cielo, y los ojos se le irán habituando poco a poco.

Delante de ellos, Tilda iba dando saltos. En la oscuridad se sentía como en casa, así como en cualquier parte donde se viera u oyera agua. Sentía que ya le había ofrecido al vicario su cuota de educación, la cuota exigida por su madre y su hermana mayor, así que subió correteando al *Maurice* y, tras dar una breve vuelta por allí, atravesó la rampa que lo conectaba con el *Grace*.

—Espero que me disculpe si no la acompaño más, señora James. Es exactamente lo que usted ha dicho: la cuestión de la asistencia al colegio. El problema, ¿sabe?, es que me dicen que el tema tiene implicaciones legales.

Debía de ser muy desalentador para el padre Watson tener que decirle eso, pensó Nenna, algo que debía de estar muy alejado de las expectativas que sin duda tenía cuando recibió sus dos primeras órdenes menores e hizo sus últimos votos de renuncia. ¡Estar ahí, en ese muelle crepuscular, tras haber sido atacado por una lata de creosota, teniendo que actuar ni siquiera como el capellán de un convento, sino como una especie de supervisor de la

asistencia escolar!

—Sé que han faltado mucho a clase últimamente, padre. Pero es que no se encontraban nada bien.

Ni siquiera del padre Watson podía esperarse que se tragara aquello.

—Me ha llamado la atención la buena salud y el excelente estado de ánimo de la pequeña. De hecho, había pensado que podrían empezar a formarla para que se incorporara a los servicios auxiliares femeninos que dieron tan buen resultado en la última guerra. Me refiero a las WRENS,^[2] naturalmente. Se trata de un servicio que no resulta incompatible con una vida cristiana.

—Ya sabe lo que pasa con los niños: Tilda un día está bien y al día siguiente ya no lo está tanto. —La actitud de Nenna ante la verdad era flexible, más parecida a la de Willis que a la de Richard—. Y a Martha le ocurre lo mismo. Es muy normal, a su edad.

Nenna tenía la esperanza de alarmar al vicario aludiendo de este modo a la inminente llegada de la pubertad, pero él, sin embargo, pareció reafirmarse al oírla hablar.

—Si ese es el problema, lo mejor que puede hacer usted es confiársela a las Hermanas, que tienen una gran experiencia con estas cuestiones. —Qué obstinado era—. Bueno, entonces las esperarán en clase el próximo lunes.

—Haré lo que pueda.

—Muy bien, señora James.

—¿No quiere acompañarme hasta el barco?

—No, no. No voy a arriesgarme a cruzar por segunda vez. —¿Qué habría pasado la primera?—. Y ahora me temo que me está fallando ligeramente mi sentido de la orientación. Tendré que pedirle que me indique cómo llegar a tierra firme.

Nenna le indicó el camino. Había que atravesar la puerta —que, debido a que giraba sobre sus goznes, ya no suponía una barrera en absoluto—, salir al embarcadero y tomar la primera a la izquierda y después la primera a la derecha, para subir por Partisan Street hasta llegar a King's Road. El semblante del sacerdote no habría transmitido más alivio ni aunque hubiera

concluido una misión entre quienes habitan las aguas que hay debajo de la tierra.

—Tengo la cena lista, mamá —dijo Martha cuando Nenna regresó al *Grace*. Nenna se habría sentido más satisfecha consigo misma si se hubiera parecido a su hija mayor. Pero Martha, menuda y con unos ojos oscuros que ya mostraban su aceptación de las imperfecciones del mundo, no se parecía a su madre, y menos aún a su padre. Ya hacía mucho tiempo desde que Martha había dejado atrás el momento crucial en el que los niños dejan de creer que sus padres son más jóvenes de lo que realmente son.

—Hay alubias en salsa de tomate. Si viene el padre Watson, tendremos que abrir otra lata.

—No, cariño, se ha ido a su casa.

Nenna estaba cansada y se sentó en la sobrequilla, que recorría el fondo plano de la barcaza de un extremo a otro. Estaba muy mal depender demasiado de los hijos.

Martha, muy segura de sí misma, se sentó a trabajar en la cocina del *Grace*, que consistía en dos hornillos de gas situados a proa y conectados a una bombona de la marca Calor, y en un fregadero de latón. El agua llegaba al fregadero desde un depósito que había en la cubierta, que un hombre del varadero rellenaba cada veinticuatro horas. Había que improvisar bastante y Martha había puesto a calentar tres platos de hojalata sobre la cacerola de alubias, que emitía un silbido constante.

—¿Te lo has pasado bien en el *Lord Jim*?

—No, nada bien.

—¿A mí me habría gustado ir?

—No, no lo creo. La señora Blake metió unos palitos de queso en la estufa.

—¿Y qué dijo el señor Blake?

—Él quiere que ella esté feliz, quiere que sea feliz. No lo sé.

—¿Y qué quería el padre Watson?

—¿No te ha comentado nada?

—Supongo que iba a decirme algo, pero lo mandé a buscarte con Tilda, que

necesitaba hacer un poco de ejercicio.

—Así que no mencionó nada.

—Solo se presentó aquí y le preparé una taza de té e hicimos un acto de contrición juntos.

—Quería saber por qué no habéis ido a clase últimamente.

Martha soltó un suspiro.

—He estado leyendo tus cartas —dijo—. Están ahí tiradas, en tu camarote. La mayoría ni siquiera las has mirado.

Las cartas eran la conexión de Nenna no solo con la tierra, sino con su vida anterior. Muchas venían de Canadá; las enviaba su hermana Louise, que le pedía que hospedara a algunos viejos conocidos que iban a pasar por Londres, o que encontrara una familia apropiada para un niño austríaco encantador, no mucho mayor que Martha, cuyo padre era una especie de conde que también se dedicaba al negocio de las importaciones y exportaciones, o que intentara recordar a una persona maravillosa, la amiga de una amiga suya a la que le había sucedido algo muy, muy triste. Y luego había una o dos facturas, no muchas porque Nenna no tenía cuentas de crédito, una postal de una antigua amiga del colegio que empezaba diciendo «apuesto a que no te acuerdas de mí» y dos misivas en las que se le pedía que colaborara con obras de caridad, ambas remitidas por el padre Watson, que simplemente había escrito «Grace» a modo de dirección, pese a lo cual las cartas habían llegado.

—¿Hay alguna de papá?

—No, mamá, eso fue lo primero que miré.

No había nada más que decir al respecto.

—Ay, Martha, me duele la cabeza. Las alubias me van a sentar fenomenal.

Entró Tilda, mojada y negra como el carbón de la cabeza a los pies.

—Willis me ha dado un dibujo.

—¿De qué?

—Del *Lord Jim* y unas gaviotas.

—No deberías haberlo aceptado.

—Bueno, pero yo le he dado otro a cambio.

Tilda se había quedado esperando en el *Acorazado* para ver cómo entraba

el agua por la filtración principal. El agua había subido casi hasta la litera y había estado a punto de mojar las sábanas de Willis. Nenna se preocupó.

—Bueno, pero el agua sale cada vez que baja la marea. Willis tendrá que mostrarle el barco a la gente cuando haya marea baja y conseguir que se larguen antes de que empiece a subir.

—Y también podría hacer algunas reparaciones —dijo Martha.

—No. El destino está en su contra —dijo Tilda y, tras tomar un par de cucharadas de alubias, se quedó profundamente dormida con la cabeza sobre la mesa. Era imposible, en cualquier caso, bañarla, porque solo tenían permitido tirar el agua de la bañera cuando la marea estaba bajando.

Para entonces, la marea había subido mucho. La niebla había desaparecido y, hacia el noreste, la planta generadora de Lots Road había escupido por sus cuatro majestuosas chimeneas unas largas columnas de humo blanco nacarado que fueron languideciendo y volviéndose parduzcas poco a poco. Las luces brillaban con fuerza, pero en la amplia superficie del agua se veían innumerables remolinos con forma de uve que mostraban la posición exacta de todo lo que el río no había podido ocultar. Si siguieran existiendo los antiguos oficios del Támesis, si los barqueros siguieran ganándose la vida sacando monedas de los bolsillos de los ahogados, esa habría sido su hora de ponerse a trabajar. Lejos, en lo alto, unas grandes nubes otoñales cruzaban el transparente cielo violeta.

Después de cenar, se instalaron junto a la luz de la estufa. Nenna se dio cuenta de que debería escribir a Louise, que estaba casada con un próspero hombre de negocios. Empezó así: «Querida hermana, dile a Joel que para las niñas es muy educativo criarse en el centro de la capital, en la costa del histórico río de Londres».

[1]. Suéter de lana, muy ajustado, característico de los marineros. (*Todas las notas son del traductor.*)

[2]. Así se conocía popularmente a la sección femenina de la Marina Real Británica.

Tilda estaba en lo alto del mástil del *Grace*. Este consistía en cuatro metros y medio de pino ennegrecido, encajado en un cojinete de modo que pudiera bajarse a cubierta los días en que el *Grace* tenía que pasar por debajo de los veintiocho puentes del canal que llevaba de Richmond al mar. Ya no tenía la mesana, ya no tenía la botavara, el palo mayor no estaba hecho para trepar por él y Tilda estaba sentada donde, aparentemente, no había espacio para sentarse.

Martha, que era tan cabezota como su hermana, a veces también trepaba y, encaramada unos treinta centímetros por debajo de ella, se ponía a leer un cómic de terror en voz alta. Pero hoy Tilda estaba sola y observaba desde lo alto el ángulo inclinado de los muelles mientras los cables se tensaban o cedían, la pasiva línea de costa, las aguas secretas.

A Tilda no le importaba nada el futuro y, por lo tanto, tenía una gran capacidad para ser feliz. En aquel momento sentía una felicidad absoluta.

Estaba esperando a que cambiara la marea. En las aguas tranquilas, justo enfrente del *Grace*, flotaban unos cuantos cajones que habían recorrido treinta kilómetros río arriba desde Gravesend, pasando por meandros y esclusas. Parecían encantados; no se movían ni un centímetro hacia ningún lado. Las gabarras se balanceaban en sus embarcaderos, señalando en todas direcciones, desamparadas sin las instrucciones de la marea. Era extraño ver moverse las nubes cuando el agua estaba tan quieta.

Parpadeó dos veces, asumiendo el riesgo de que los pocos segundos que duraría la pillaran con los ojos cerrados. Entonces uno de los cajones se separó del montón y comenzó a escabullirse, alejándose con lentitud y

dibujando un semicírculo. Tilda, que había estado conteniendo el aliento, se relajó. Un temblor recorrió los cables de los barcos; las gabarras de hierro, que empezaban a moverse, se rozaron ligeramente. ¡El gran giro estaba teniendo lugar! Junto a la costa, la madera extraviada proseguía su viaje río arriba, hasta que fue arrastrada hacia el centro de la corriente y comenzó a avanzar a toda velocidad en la dirección contraria. El Támesis había cambiado su rumbo y ahora se dirigía hacia el mar.

Willis le había dicho varias veces que aquellas viejas barcazas, a pesar de tener unas velas enormes, no necesitaban una tripulación de más de dos hombres; de hecho, un hombre y un niño podían gobernarlas fácilmente. Las velas, cuando las había, eran de un color tostado, como la tierra, y estaban lubricadas con un aceite que no terminaba de secarse nunca. Pero ya no quedaba ni una. En cualquier caso, el *Grace* no las necesitaría para salir al mar con marea menguante. No zarparía hasta que llegara al Puerto de Londres. Con su casco plano, podría navegar con marea baja, con el motor apagado, empleando astutamente las corrientes ocultas. Aquel niño tenía seis años y conocía todas las corrientes y todos los remolinos del río. Había pasado mucho tiempo estudiando los secretos del Támesis. Nadie más que él podría haber advertido aquel brillo de oro y diamantes entre las aguas, procedente del anillo que llevaba en el dedo un muerto, cuya mano asomó de repente por encima del agua. ¡Adiós! La reconoció como la mano de su padre, que había desaparecido hacía muchísimos años. El *Grace*, que pesaba ciento ochenta toneladas completamente cargado, avanzó junto a la costa de Middlesex, pasando bajo los pequeños arcos, donde no había más espacio para otras embarcaciones. Dejaba a un lado, o atrás, a los demás barcos. Si al llegar al puente de Londres había unos discos de ciento veinte centímetros de diámetro, con rayas negras y blancas, colocados a cuatro metros de las señales en dirección a la orilla, significaba que no podía levantarse el puente, por algún problema mecánico o por cualquier otro motivo. Solo el *Grace* podía pasar. El *Maurice* no podía, ni siquiera el *Acorazado* podía. Era una visión inolvidable. Los hombres y las mujeres acudían al muelle para contemplar cómo se izaban las grandes velas marrones sin que en el cabrestante hubiera nada más que un niño de seis

años, mientras el *Grace*, con rumbo a Ushant, ya olía el mar abierto.

Se oyeron unos arañazos en la base del mástil. Una gata, con la boca llena de plumas de gaviota, intentaba débilmente trepar por él, pero al cabo de unos pocos pasos ya no lograba agarrarse y se deslizaba, poco a poco, hasta el suelo.

—¡Rayada!

La gata del barco era apropiada para Battersea Reach en todos los sentidos. Solía desplazarse con una especie de gateo náutico, con el vientre muy cerca de la cubierta, como si estuviera enrollándose, preparándose para el mal tiempo. Los vestigios de lo que habían sido sus orejas le colgaban pegados a la cabeza.

Tras años tratando de mantenerse limpia a lametazos, pues nunca había perdido la dignidad, Rayada lucía una capa de barro tan gruesa por dentro como por fuera. Se hallaba en un constante proceso de reajuste; no solo debía adaptarse a las mareas y a las estaciones, sino también a las ratas que se encontraba en el muelle. Hasta cierto tamaño, es decir, hasta el tamaño que alcanzaban las ratas que tenían unas semanas de edad, las capturaba y se las comía, y con un instinto infalible para percibir quién ejercía la autoridad, se llevaba las colas y las depositaba a los pies de Martha. Las ratas que sobrepasaban este tamaño perseguían a Rayada. La incertidumbre resultante —nunca podía estar segura de si le tocaría ir o venir— la había vuelto, en cierta medida, mentalmente inestable.

A Rayada no le gustaba que los seres humanos la alimentaran, y sabía mantenerse abrigada cuando hacía frío. Dormía al aire libre, sobre alguna de las tuberías de la estufa que salían como chimeneas del suelo de la cubierta. Se acurrucaba sobre la tubería y la obstruía, con lo cual el humo volvía a bajar al interior de la barca-za, haciéndola casi inhabitable. Entonces podía oírse a Woodie, Willis, Nenna, Maurice e incluso a sus visitas tosiendo incontrolablemente. Pero Rayada rara vez decidía dormir en el mismo sitio dos noches seguidas.

Desde el mástil, Tilda, tras haberse hecho a la mar con el *Grace*, inspeccionó con todo detalle el panorama de Battersea Reach. Su concepción del funcionamiento del mundo procedía de lo que había observado allí, y

tenía poco que ver con el tráfico que, a apenas cien metros de allí, aquejaba a la gran ciudad.

En el *Lord Jim* no había ningún movimiento. Willis caminaba hacia el *Acorazado* con el hombre del varadero, cuyos gestos daban a entender que se estaba negando a proporcionarle más alquitrán, gas o agua hasta que Willis le pagara las facturas anteriores.

En el *Rochester*, Woodie se estaba preparando para marcharse durante el invierno. Parecía que, al fin y al cabo, no era un auténtico residente. Su pequeña compañía discográfica, como él mismo explicaba con excesiva frecuencia, se había sometido a una quiebra voluntaria, lo cual le había dejado el dinero justo para salir adelante sin apuros. Ahora iba a refugiarse del frío en su casa de Purley. Salir adelante sin apuros parecía algo bastante raro en el extremo norte de Battersea Reach. Woodie también hablaba de contratar a alguien para que se encargara de eliminar las plantas y animales que se acumulaban en el casco de su barco, de modo que quedara tan limpio como el del *Lord Jim*. Las demás barcas estaban tan llenas de incrustaciones de vida marina que resultaba difícil ver la madera. Las algas y los percebes abundaban en sus cascos de tal modo que las ballenas tal vez las habrían saludado al verlas pasar.

El *Maurice* estaba desierto, pues Maurice había bajado a pasar el día en Brighton, donde lo invitaban a menudo. Pero su caseta no parecía cerrada con llave. Una furgoneta se acercó por el muelle. Un hombre se bajó y tiró un montón de cajas de cartón a la cubierta. Una de ellas se abrió. Estaba llena de secadores de pelo. El hombre, entonces, tuvo que bajar a la cubierta y colocar las cajas con más cuidado. Habría sido mejor taparlas con una lona, pero tal vez se hubiera olvidado de llevar una. No perdió tiempo en echar un vistazo a su alrededor, y solo se le vio la cara cuando volvía a la furgoneta para marcharse. Era muy pálido y en su rostro no había expresión alguna, como si las expresiones no fueran necesarias.

Willis, que caminaba con su calma habitual, miró las cajas que había en el *Maurice*, se detuvo un momento e incluso negó levemente con la cabeza, pero no hizo nada más. Nenna podría haber añadido a su lista de cosas que los hombres hacen mejor que las mujeres la capacidad para no hacer nada

en absoluto con total tranquilidad. Y lo cierto es que no había nada que Willis pudiera hacer en relación con las cajas. No había duda de que a Maurice no le interesaba nada que la policía se pusiera a husmear en su embarcación.

—¡Ah del barco! ¡Tilda, ten cuidado! —gritó Willis.

Tilda sabía muy bien que el río podía ser peligroso. Aunque en los barcos se sentía como en casa y compadecía a los habitantes de Chelsea, en cuyas vidas no había ni mareas ni ratas, sentía respeto por el agua y sabía que uno podía morir ahogado cerca del embarcadero.

Una tarde de primavera, una barcaza holandesa llamada *Waalhaven*, procedente de Róterdam, reluciente como el oro e impresionante incluso cuando navegaba a propulsión en vez de a vela, había fondeado en el centro de la corriente, frente a los barcos. Seguramente habría pasado la aduana en Gravesend para luego remontar el río con la marea menguante. El *Maurice*, que también era de Róterdam, había sido en otro tiempo un pariente pobre de ese magnífico navío. Las barcazas ancladas parecían mirar al *Waalhaven* como los presos miran a los hombres libres.

La tripulación del navío holandés formó en fila sobre la cubierta con tanta seriedad como si fuera a celebrarse una reunión de negocios. Una reunión intachable de respetados hombres de negocios, cada uno con sus botas de agua, que iba a tener lugar con el espíritu de cordialidad que siempre había caracterizado a la empresa.

Después de la hora del té, el propietario se acercó a la barandilla y pidió al *Maurice* que le enviara un bote para poder llevar a un grupo de hombres hasta la orilla. Como no hubo reacción alguna y se dio cuenta de que había llegado a un lugar desprovisto de tales medios, se retiró para hacer una consulta. Después, cuando empezaba a oscurecer, con una corriente muy rápida, tres de sus hombres lanzaron al agua su propio bote y se dispusieron a navegar hasta el muelle. Habían estado esperando a que subiera la marea para poder navegar de un modo civilizado. Era una especie de demostración de cómo se navega en un pequeño bote, como si impartieran una clase sobre

un deporte vacacional. Todavía tenían puestas las botas de agua, pero llevaban consigo, en una bolsa impermeable, zapatos más adecuados para usar en tierra firme. Tal vez los dioses del río los hubieran privado del sentido común.

El viento del litoral soplaba con fuerza, como de costumbre, en el amplio espacio que había entre los almacenes de la orilla de Surrey. Woodie se quedó observando lo gallardamente que habían comenzado y tuvo ganas de prestarles su *Chart 3*, para que no se quedaran con la impresión de que no había ni un solo propietario competente en todo Battersea Reach. Richard, que llegaba del trabajo tras un día agotador, se detuvo en el embarcadero para echar un vistazo y recordó que él una vez había subido a bordo del *Waalhaven*, para tomar una copa, cuando este había atracado en Orfordness.

Pasado un momento, el viento amainó y se quedó en nada. El bote perdió el rumbo y continuó a la deriva, terminando por dirigirse hacia tres gabarras ancladas en paralelo. El mástil se enganchó en el voladizo más alto de la gabarra más grande, y el crujido se oyó a ambas orillas del río. El bote se quedó atorado y se hundió bajo la roda, y después la gabarra le pasó por encima, fuertemente sujeta por el mástil de acero, que no se partía. Los hombres salieron volando por la borda y fueron engullidos bajo el casco metálico de las gabarras. Al cabo de un rato, la bolsa de zapatos salió a la superficie, seguida por dos de los hombres y, finalmente, por un par de botas de agua, que se quedaron flotando con las suelas hacia arriba.

Tilda se acordaba de este incidente con angustia, pero no muy a menudo. Se preguntaba qué habría sido de los otros pares de botas. Pero su corazón no regía su memoria, como les pasaba a Martha y a Nenna. Ella no tenía ese problema.

—¡Ah del barco! ¡Tilda! —Volvió a llamarla Willis—. ¡Pero no me contestes gritando!

Se la imaginaba delicada y le preocupaba que forzara la voz. Tanto Tilda como Martha cantaban con una afinación perfecta, y a Willis, que amaba la música y era siempre optimista en relación con el porvenir de los demás, le

gustaba pensar que en el futuro darían conciertos. Todavía se sabían *Abends, wenn wir schlafen gehen*, una pieza que les habían enseñado las monjas para que se lucieran en las fiestas, y cuando la cantaban, lo cierto es que parecían ángeles, aunque se tratara de ángeles que no comprendían del todo la letra más allá del segundo verso. Quizá tuviera más éxito su versión de *Jailhouse Rock*. En cualquier caso, Tilda había aprendido a producir, abriendo la boca hasta hacerla adoptar una forma rectangular, un sonido sumamente desagradable, que imitaba el silbato de un contramaestre y podía oírse casi desde el *Lord Jim*. Este sonido indicaba que se disponía a bajar del mástil. El padre Watson se había dado un buen susto al oírlo y, en confianza, les había dicho a las monjas que semejante ruido parecía algo producido por algún artilugio mecánico más que por un ser humano. Sus palabras confirmaron la opinión de las Hermanas de la Misericordia, según la cual para aquellas dos niñas tan inteligentes y dotadas para la música, vivir en un barco suponía un gran peligro espiritual e incluso tal vez físico; alguien tendría que hablar seriamente con la señora James.

Por debajo de la cubierta, el *Grace* estaba muy aseado, pero siempre que se pasaba por el *Lord Jim*, Nenna se sentía impelida a sacarles brillo a todas las decoraciones metálicas de su barco. No había demasiadas; solo los asideros de la escalerilla, los goznes de los armarios y el guimbaete del baño, que formaba parte del equipamiento original y tenía grabada una fecha: 1905.

Nenna tenía treinta y dos años, una edad a la que si el pelo de una mujer rubia no se ha puesto oscuro, ya nunca lo hará. Se había trasladado a Londres después de la guerra para estudiar música, y ahora sentía que no era ni canadiense ni inglesa. Edward y ella se habían casado en 1949. Por aquel entonces, seguía en la Royal School of Music, especializándose en violín, y estaba enamorada como solo puede estarlo una violinista. En realidad no sabía si se habían dado suficiente tiempo para pensárselo bien antes de casarse; esa era la clase de preguntas que le hacía su hermana Louise. Edward permaneció durante un tiempo en el destacamento de ingenieros, pero después lo dejó y no fue capaz de encontrar un trabajo a la altura de sus expectativas. Esto no fue culpa suya, y si alguien dijese lo contrario, Nenna todavía sentiría ganas de darle con un palo. Se instalaron en un apartamento. La gente que le preguntaba por qué no aprovechaba su talento y daba clases de canto quizá nunca había intentado hacer una cosa semejante viviendo en una casa de dos habitaciones situada encima de una verdulería y con dos niñas pequeñas a su cargo. Pero Edward, según decían sus amigos, tenía buen ojo para los negocios y sería capaz de sacar a la familia adelante. Por eso la lavandería era, evidentemente, una estupenda inversión. En Londres era una idea bastante novedosa: no lavar la ropa en

casa, sino llevarla a aquellas máquinas, y que el encargado, muy cortés, te saludara y te ayudara echando el detergente, y tuviera toda la ropa lista cuando volvieras a buscarla. Pero al final, ay, no resultó ser de gran ayuda a la hora de hacer las cuentas. La venta de la lavandería derivó en un proceso en el Tribunal del Condado, en el que Edward y ella fueron declarados inocentes, pero durante el cual también se dieron cuenta del desprecio que les profesaba su abogado, quien siempre parecía tener mucha prisa.

Sin duda, esta era la razón por la que los pensamientos de Nenna, cada vez que estaba sola, adoptaban la forma de una especie de proceso judicial, en el que su propia versión de su matrimonio parecía ridículamente simple e irrefutablemente correcta, y luego, casi al mismo tiempo, indiscutiblemente errónea. También su conciencia, sin que nadie la hubiera invitado, creía tener derecho a supervisar todo el proceso y a participar en él leyendo declaraciones de lo más inoportunas.

—Hasta la fecha, señora James, la historia de su vida ha mostrado una indudable falta de distinción. Me atrevo a decir que parecía distinguida mientras la estaba viviendo, pues en efecto se distinguía... de las vidas de los demás, claro.

—Lo ha planteado usted muy bien, señorita. —Nenna se daba cuenta de que el fiscal se había convertido en juez.

—Bueno, veamos... En 1959, su marido llegó a la conclusión, y tiendo a pensar que usted estuvo completamente de acuerdo, de que sería razonable aceptar un empleo por quince meses en una empresa constructora de América Central, para ahorrar la mayor parte de su salario...

Nenna protestó, alegando que en realidad nunca había pensado que ese plan fuera razonable; suponía la separación de dos amantes, cosa que siempre es absurda, pero ambos pensaban que David, una ciudad de Panamá, sería un lugar horrible para criar a las niñas. Sus palabras resultaron convincentes y el juez se inclinó hacia delante en señal de aprobación. Animada, ella admitió que Edward le había confiado las últimas 2000 libras que les quedaban y que ella había comprado una casa flotante, o para ser más precisos, una barcaza, que se llamaba *Grace*.

—¿Las niñas echaban de menos a su padre?

—La mayor, sí. Tilda no daba esa impresión, pero nadie sabe lo que piensa, salvo Martha.

—Gracias, señora James. Nos gustaría que se limitara a los hechos de los que haya sido testigo o en los que haya participado... Usted le escribió a su marido, por supuesto, para explicarle las decisiones que había tomado en su ausencia, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Le di nuestra nueva dirección inmediatamente.

—¿La dirección que le dio era 626 Cheyne Walk, Chelsea SW10?

—Sí. Esa es la dirección de la oficina del varadero, donde se recibe el correo.

—Dándole así la impresión, como se la daría, desde luego, a cualquiera que no conozca el distrito, de que usted había conseguido una casa o un apartamento bien amueblado en Chelsea por una cifra muy razonable.

Lo de «bien amueblado» era bastante injusto, pero la defensa de Nenna, siempre lenta en sus reacciones, no protestó.

—No quería que se preocupara. Además, hay mucha gente que pagaría mucho dinero por vivir en Battersea Reach.

—Está cambiando de argumento, señora James.

—Cuando le envié unas fotografías a mi hermana, que vive en Canadá, le parecieron preciosas.

—¿El río se considera un sitio romántico?

—¡Sí, claro!

—Y quienes piensan eso son sobre todo los que no lo conocen bien, ¿verdad?

—No puedo contestar a esa pregunta.

—Puede que conozcan los cuadros de Whistler, o quizá la cita de Whistler, según la cual, cuando la neblina del atardecer cubre la ribera con poesía, como con un velo, y los pobres edificios se pierden en la penumbra del cielo, y las altas chimeneas se convierten en campanarios, y los almacenes son palacios en la noche, y la ciudad entera cuelga de los cielos, y el país de las hadas se extiende ante nosotros, entonces el caminante se apresura rumbo a su hogar, y la naturaleza, que, por una vez, ha cantado afinando, entona su exquisita canción solo para el artista, su hijo y su amo. Su hijo, porque la

ama; su amo, porque la conoce. ¿Quiere que vuelva a leerle este testimonio, señora James?

Nenna se quedó callada.

—Whistler, sin embargo, vivía en una casa de lo más comfortable, ¿no es cierto?

Nenna se negaba a claudicar.

—Uno se acostumbra muy rápido a las pequeñas dificultades. A la mayoría de la gente le gusta mucho.

—Señora James, ¿acaso a su marido, cuando regresó a su país, donde esperaba reunirse con su esposa e hijas, le gustó mucho la casa flotante *Grace*?

[...]

—¿Son algunas de estas casas flotantes, o barcazas en desuso, incluido el *Grace*, excesivamente húmedas?

[...]

—Señora James, ¿a usted le gusta su marido?

[...]

—Señora James, ¿es cierto o no que su marido se quejó de que la casa flotante *Grace*, además de ser húmeda, necesitaba una puesta a punto exhaustiva, y de que era difícil, si no imposible, que volvieran a tener una relación sexual satisfactoria cuando su camarote funcionaba como una especie de pasillo que sus hijas recorrían constantemente para acceder a la escotilla, y cuando sobre su camarote pasaba una persona tras otra, incluido el lechero, cuyas pisadas retumbaban en el techo? Me dirá que el lechero se ha negado a continuar realizando sus entregas, pero esto solo añade fuerza a mi anterior aserto, según el cual el barco no solo es poco adecuado para vivir, sino también poco seguro.

—Yo lo quiero. Quiero estar con él. Los quince meses y ocho días que pasó en Panamá fueron los más largos de mi vida. Aún no puedo creer que todo haya terminado. ¿Por qué no voy a buscarlo? Bueno, y ¿por qué no viene a buscarnos él? No ha encontrado un sitio en el que podamos vivir todos juntos. Está en unas habitaciones que se alquilan en el noreste de Londres, no sé muy bien dónde.

—Su dirección es 42b Milvain Street, en Stoke Newington.

—Por el amor de Dios, ¿alguien ha oído hablar alguna vez de ese lugar?

—¿Ha hecho algún esfuerzo por ir allí y ver al demandante, señora James?
Debo recordarle que no podemos admitir testimonios de oídas.

Ahora estaba claro. Ella era la demandada, o más bien, la acusada. Tendría que haberlo sabido desde el principio.

—Le repito la pregunta: ¿ha ido alguna vez a Milvain Street, que, por lo que sabemos, puede ser perfectamente un lugar adecuado para usted y sus hijas?

—Sé que no lo es. ¿Cómo va a ser adecuado?

—¿Él vive solo?

—Estoy bastante segura de que sí.

—¿No con otra mujer?

—Nunca ha mencionado a ninguna otra mujer.

—¿En sus cartas?

—Nunca le ha gustado mucho escribir cartas.

—Pero usted le escribe todos los días. ¿Tal vez le escriba demasiado?

—Parece que no puedo hacer nada bien. Todo el mundo sabe que las mujeres escriben muchas cartas.

Estaba gritando, lo cual provocó la desaprobación y el disgusto del tribunal.

—Solo quiero que ceda un poco. ¡Solo quiero que diga que he hecho bien al encontrar un sitio donde vivir!

—Usted depende mucho de los elogios, señora James.

—Según de quién vengan, señorita.

—¿Se la podría calificar de zorra obstinada?

Se trataba de una pregunta formulada por su conciencia, pero nunca había dado muestras de obstinación en el pasado; en realidad, su extraña perseverancia en relación con el *Grace* resultaba difícil de explicar. En los momentos en que estaba más tranquila, además, comprendía por qué a Edward, aunque era de natural generoso, le costaba tanto ceder. No estaba muy acostumbrado a hacer concesiones. En su familia, por lo visto, no era costumbre intercambiar regalos, algo casi inconcebible para Nenna, cuya

infancia había estado colmada de ellos: los brillantes envoltorios tenían una función redentora, transmitían amor, daban pie a las reconciliaciones. Edward no tenía ni idea de cómo expresarse en ese lenguaje. Tampoco se le daban nada bien las compras. Cuando nació Martha, por ejemplo, se había dado cuenta de que tenía que llevar flores al hospital, pero no de que si uno compra una azalea en invierno, y la lleva en autobús y la expone al frío de la calle, todos los capullos se terminan cayendo antes de llegar.

Nenna nunca criticó aquella azalea desprovista de flores. Fueron las jóvenes madres que ocupaban las camas contiguas quienes se rieron al verla. Esto había ocurrido en 1951. Dos de los bebés de la planta habían sido bautizados como Festival.[3]

—Preste atención, señora James.

La primera de las pruebas presentadas en su caso fue una dolorosa discusión, ofrecida al tribunal íntegramente y con todo lujo de detalles. A su regreso de David, Edward no había traído consigo ningún ahorro, aunque lo cierto es que ella no tenía muchas esperanzas de que lo hiciera. Si hubiera ahorrado algo, habría sido una señal de que su carácter había cambiado, de que ya no era el hombre que ella amaba. Y, después de todo, tenían el *Grace*. Nenna, que era optimista por naturaleza, tenía la intención de pedirle a la madre de Edward que cuidara de Martha y Tilda durante una temporada. Entonces ellos podrían quedarse solos en el *Grace* y cerrar la escotilla y pasar todo el día en la cama, si les apetecía.

—Señora James, ¿le parece que este tribunal puede fiarse de su sinceridad? Sabe perfectamente que la madre de su marido vive a una distancia considerable, a las afueras de Sheffield, de hecho, y que nunca se ha mostrado dispuesta a cuidar de sus hijas.

Edward había hecho la misma objeción. Y sin embargo, ahora que aquella discusión era sometida a un riguroso escrutinio, Nenna se dio cuenta de que no había estallado por ese tema, sino por algo completamente distinto: dónde había metido ella las raquetas de *squash* de Edward mientras él había estado fuera. Ambos habían pensado que el clima de Panamá sería malo para las raquetas, aunque al final resultó que podría habérselas llevado con toda tranquilidad. Si Nenna las hubiera llevado al *Grace*, sin duda se habrían

estropeado a causa de la humedad. Pero, peor aún; resultó que no estaban en el *Grace*. Nenna tenía grandes remordimientos. Dios mío, lamento en el alma haberte causado tanto pesar. Treinta minutos de *squash* suponen tanto ejercicio como dos horas practicando cualquier otro deporte. Él le había confiado sus raquetas. Cuidarlas era, en cierto sentido, una misión sagrada. Pero Nenna no lograba recordar dónde las había puesto.

—¿Las ha perdido deliberadamente?

—Yo no hago nada deliberadamente.

Eso parecía cierto. Algunos de sus actos eran consecuencia del deseo de defenderse, otros estaban provocados por su optimismo, y la mayoría de las veces actuaba por error.

—¿En esa ocasión perdió los nervios y le arrojó un objeto contundente al señor James?

Lo que le había tirado no era más que su libreta bancaria, y Edward le había dicho, con toda la razón, que no valía la pena leerla.

Pero, entonces, el documento probatorio —la discusión, odiosa y desconcertante al exponerse ante miradas ajenas— se convirtió en testimonio de la defensa. Bastante enojado, Edward le había preguntado qué día de la semana creía ella que era, pues en aquel momento, en el contexto exagerado y sumamente emocional de la discusión, ese detalle había cobrado una importancia suprema.

—A ver, ¿hoy es miércoles o jueves?

—No lo sé, Ed, lo que tú prefieras.

En cuanto se dio cuenta de que gozaba de tanta libertad para elegir, él se tranquilizó, y por suerte tuvieron unas cuantas horas para estar a solas en el barco. Las niñas estaban en el colegio, y Nenna nunca había sentido un dolor tan grande que pudiera compararse con aquella felicidad, que fluía como la corriente, con sus distintos remolinos, del poderoso río sobre el que se encontraban.

Quizá todo el proceso se estuviera yendo a pique, para decepción de los abogados de la defensa, que, al fin y al cabo, no se distinguían fácilmente de los de la acusación. Ambos contendientes, por supuesto, contaban con las dos clases de letrados. Hacía falta muy poco para llegar a un acuerdo y, sin

embargo, la palabra «acuerdo» daba la impresión de que eran dos personas intratables, y en realidad ambos eran bastante humildes. Tampoco era cierto, como los abogados de la acusación de ambas partes sugerían haciendo gala de una gran imparcialidad, que Edward o ella prefirieran vivir en un ambiente de crisis. Los dos necesitaban cierta tranquilidad y trataban de recordar los momentos de paz que habían vivido juntos. Esos recuerdos eran su verdadero hogar.

Cuando Nenna no se encontraba testificando en el estrado, a veces se veía a sí misma preparándose para una inspección que, según le habían advertido, Edward, o la madre de Edward, o algún poder superior a ambos, llevaría a cabo —ella esperaba con todas sus fuerzas que sucediera con marea baja— para determinar en qué medida podían considerarla defectuosa. Decidida a no suspender aquel examen, Nenna se centró en sacar brillo a los adornos metálicos y tener el barco bien limpio. La cubierta tenía que estar despejada; las escotillas, cerradas; Rayada, fuera de la vista; y, sobre todo, las niñas tenían que estar yendo al colegio como todas las chicas de su edad.

—Las dos vais a ir al colegio el lunes, ¿verdad, Martha?

Martha, como su padre, y como Richard, no consideraba que fuera necesario recurrir a las ficciones. Miró a su madre con sus ojos oscuros como si fuera su igual.

—Iré, y llevaré a Tilda conmigo, cuando la situación lo requiera.

—Entonces me temo que el padre Watson volverá por aquí.

—No lo creo, mamá. La última vez que vino perdió el equilibrio en la rampa de desembarco.

—Ya me estoy cansando de poner excusas.

—Entonces deberías decir la verdad.

Pero ¿cómo iba a resultar aceptable la verdad? Tilda había hecho que se precipitaran los acontecimientos, cosa habitual en ella debido a su descuidada manera de vivir. Las monjas la habían presionado para que hiciera un salvamanteles en punto de cruz con la idea de regalárselo a su padre, y ella había contestado que nunca había visto a su padre poniendo nada sobre un mantel y que papá se había marchado.

Pero la verdad era que había perdido los quince centímetros cuadrados de tela que le habían asignado para el salvamanteles el mismo día en que se los dieron. Martha lo sabía, pero no quería traicionar a su hermana.

Al principio, Tilda había desarrollado su historia, diciendo que su madre estaba buscando a un nuevo papá, pero su capacidad de observación, que era muy aguda, le indicó que estaba yendo demasiado lejos, por lo que añadió que ella y su hermana rezaban todas las noches a la Virgen de Fátima pidiéndole que su padre regresara. Hasta ese momento, Tilda, a pesar de sus brillantes ojos grises, que eran una evocación de la pureza y desafiaban a las monjas a perturbar a alguien inocente, había generado desaprobación con frecuencia. Era una de aquellas pequeñas que trataban de manera irreverente sus libros, pintándole a Nuestro Señor una barba morada, o incluso verde, sin duda porque nunca se preocupaba por hacerse con las mejores ceras antes que las demás niñas. Ahora, sin embargo, lo que generaba era compasión. Tras una reunión privada con la madre superiora, las hermanas anunciaron que empezarían a rezar un rosario extra todas las mañanas, durante el tiempo reservado a las actividades especiales, y que toda la escuela primaria rezaría junta para que el papá de Martha y Tilda volviera con ellas. Después, si hacía buen tiempo, todos irían en procesión hasta la réplica —en tamaño real— de la Gruta de Lourdes que se había construido en el patio de recreo, a partir de una especie de roca artificial parecida a la antracita. La hermana Paul, que era autora de varios devocionarios, escribió una oración especial: «Corazón de Jesús, concédeles a tus pequeñas siervas, Martha y Tilda, la gracia de que su padre no católico abra los ojos, y su alma tibia se vuelva fervorosa, y vuelva a su legítimo hogar y se quede en él. Amén».

—Son buenas mujeres —dijo Martha—, pero yo no pienso poner un pie allí mientras les dure esa tontería.

—Podría hablar con las monjas.

—Preferiría que no lo hicieras, mamá. Puede que empiecen a rezar también por ti.

Levantó la mirada, fingiendo naturalidad, para ver si a Nenna le había sentado mal su comentario.

Entonces apareció Tilda con una bola de rezumante arcilla, y la arrojó sobre la mesa. Parecía ser carroña, pero se movió y estiró una magra pata trasera que resultó ser de Rayada.

—Se ha sometido a una quiebra voluntaria —dijo Martha, pero cogió una toalla vieja y empezó a frotar a la gata, que las observaba con los ojos entornados a través de los pliegues de tela blanca, como Lázaro a través de la mortaja.

—¿Cómo se ha podido poner así? —preguntó Nenna—. Ese no es el barro que hay en la costa.

—Estaba cazando ratas en el muelle y se cayó en una barcaza llena de arcilla, *Mercantile Lighterage Limited*, que tiene una bandera con un diamante negro sobre una banda blanca muy ancha.

—¿Y quién la ha traído?

—Uno de los marineros de la gabarra se bajó en Cadogan Stairs y vino andando con Rayada en brazos, y se la dio a Maurice.

—Bueno, intenta exprimirle la cola, anda, pero con delicadeza.

La arcilla pronto formó una superficie dura sobre la mesa y la tarima. Martha se pasó fregando y raspando casi media hora, mucho más tiempo de lo que duró el interés de Tilda. Mientras tanto, fue oscureciendo. La negrura parecía surgir del río para hacerse con el cielo. Nenna preparó té y encendió la estufa. Las viejas barcasas, que en otro tiempo habían subido y bajado por la costa este y los puertos del Canal, gruñían y jadeaban, inmovilizadas por sus cables, mientras sus nuevos propietarios se relajaban en su interior.

Sin previo aviso, un brillante rayo de luz, de color malva pálido, iluminó la escotilla.

—Debe de venir del *Maurice* —dijo Martha—. Esa luz no puede venir de la costa.

Oyeron los pasos de Maurice cruzando la rampa de desembarco, y después un ruido más fuerte, cuando se dejó caer sobre la cubierta del *Grace* desde medio metro de altura.

—Maurice no puede pesar mucho. Camina dando saltitos.

—¿Como un gato? —preguntó Nenna.

—Dios no lo quiera —dijo Martha.

—¡Grace! —gritó Maurice, imitando a Richard—. ¿No queréis venir a echar un vistazo?

Nenna y las dos niñas se sacudieron la modorra propia de la hora del té y volvieron a subir a cubierta, donde se quedaron anonadadas. En la cubierta de popa del *Maurice*, que estaba junto al *Grace*, había tenido lugar una extraña transformación. La luz brillante —lo primero en lo que se fijaron— procedía de una antigua farola que estaba inclinada en un ángulo extraño, evocando una puesta en escena amateur de *Los cuentos de Hoffmann*, dotada de unas láminas de plástico malva en lugar de cristales, y de la que salía un largo cable que desaparecía en la escotilla. Sobre la cubierta había diseminados lo que parecían ser adoquines, y la banda de escora estaba pintada, con bastante mal gusto, de rojo, blanco y dorado.

Pasó por el río un navío que transportaba carbón y levantó un oleaje que hizo que ambos barcos comenzaran a mecerse. La gran reverberación de su bocina llenó el aire e hizo imposible que siguieran hablando. Maurice estaba mitad en la sombra, mitad bajo la brillante luz morada, y cuando al fin pudo hablar, dijo:

—Recuerda a Venecia, ¿verdad?

Nenna dudó.

—Nunca he estado en Venecia.

—Yo tampoco —dijo Maurice rápidamente, para que no pareciera que estaba intentando darse aires de superioridad—. Se me ocurre por una postal que me mandaron una vez. Bueno, me mandaron toda una serie de postales, y a partir de ahí pude imaginarme cómo sería un rinconcito típico. No el Gran Canal, ¿sabéis?, sino algún canal más pequeño. Cuando hace calor, como hoy, podéis dejar la escotilla abierta y pensar que estáis en el centro de Venecia.

—¡Qué bonito! —gritó Tilda.

—Tú no pareces demasiado convencida, Nenna.

—¡Sí, sí que lo estoy! Siempre he querido ver Venecia, casi más que ningún otro sitio. Solo me estaba preguntando qué puede pasar cuando se levante el viento.

Lo que ella no debía preguntar, y al mismo tiempo no debía dar la

impresión de no estar preguntando, era qué pasaría cuando Harry volviese a presentarse allí. Como depósito de bienes robados, el *Maurice*, desde luego, tenía que pasar lo más inadvertido posible.

—Puede que me vaya al extranjero muy pronto — dijo Maurice con indiferencia.

—Ah, no nos lo habías dicho.

—Sí, el otro día conocí a una persona que me hizo una especie de propuesta en relación con un posible trabajo.

No valía la pena preguntar de qué clase de trabajo se trataba; Maurice ya había tratado de empezar de nuevo en demasiadas ocasiones. A veces se iba a Bayswater para no perder sus habilidades con los patines, con la esperanza de conseguir un empleo en un espectáculo sobre hielo. Quizá ahora estuviera hablando de eso.

—¿Y entonces venderías el *Maurice*?

—Ah, sí, claro. Si me voy al extranjero, sí.

—Bueno, tu filtración no es tan grave como la del *Acorazado*.

Este consejo práctico pareció deprimir a Maurice, que estaba probando distintas posiciones para colocar los adoquines.

—Tengo que preguntarle a Willis qué tal le va... Hay tantas cosas en que pensar... Si alguien quiere una descripción de este barco, supongo que lo del rinconcito veneciano podría ser una de sus características...

Apagó la luz malva. Ninguno de los propietarios de las barcas podía permitirse malgastar electricidad, y aquel dispositivo, en realidad, estaba pensado para bien entrada la noche, aunque lo había encendido pronto para darles una sorpresa y complacerlas.

—¡Sí! Pronto estaré viviendo en tierra firme. Le diré a mi amigo que se lleve de aquí todos sus cachivaches, por supuesto.

—Maurice se está volviendo loco —dijo Martha, en voz baja, cuando regresaban al *Grace*.

[3]. Alusión al Festival Británico, una exposición nacional que tuvo lugar durante el verano de 1951.

La extraña fase de esperanza de Maurice no duró mucho tiempo. Maurice empatizaba tiernamente con el autoengaño ajeno, pero, para su desgracia, también era muy consciente del suyo. No se dijo nada más sobre aquel trabajo y muy pronto se volvió imposible saber quién estaba intentando complacer a quién en la cuestión de la farola veneciana.

—¿Qué voy a hacer, Maurice? —le preguntó Nenna.

Confiaba en él más que en nadie. Al margen de otras consideraciones, su jornada laboral no empezaba hasta las siete o las ocho de la tarde, de modo que, con frecuencia, estaba disponible durante el día, y siempre se mostraba dispuesto a escuchar; incluso había veces en las que sus clientes se marchaban pronto, a las dos o las tres de la mañana, y entonces Maurice, un tanto enardecido por el whisky, pasaba al *Grace*, conservando el equilibrio como por arte de magia en la rampa de desembarco, se sentaba en la borda y se quedaba esperando. Nunca bajaba, por miedo a despertar a las niñas. Nenna, en esos casos, solía abrigarse bien y sacar dos mantas para él.

A altas horas de la madrugada, el achispado Maurice se convertía en un oráculo, y lo que decía resultaba ambiguo y caprichoso, pero también sorprendente. Incluso le cambiaba un poco la voz. Contaba entonces las sombrías verdades de los más frívolos, confesando, en un momento de espontaneidad, lo que nunca habría querido revelar. Cuando la marea estaba baja, se dedicaban a contemplar los brillos de la zona intermareal; si estaba en un nivel intermedio, escuchaban cómo el agua se reía entre dientes, esperando el momento de ponerse a jugar con los barcos y alzarlos con ella; si estaba alta, les parecía que el río era un poderoso dios, con una barba

semejante a la espuma blanca de los detergentes, que llamaba a los veintisiete ríos perdidos de Londres para que volvieran a casa y que suspiraba mientras sucumbía la noche.

—Maurice, ¿debería marcharme?

—No puedes.

—Tú dijiste que te ibas a ir.

—Nadie me creyó. Tú no me creíste. ¿Qué piensan los demás?

—Piensan que tu barco es propiedad de Harry.

—Nada es propiedad de Harry. Desde luego, nada de lo que hay en la bodega le pertenece. Le parece más sencillo vivir sin posesiones. En cuanto al *Maurice*, mi abuela me dio un dinero para que me comprara algo cuando me fui de Southport.

—Yo nunca he estado en Southport.

—Es muy bonito. Coges el tren en el centro de Liverpool y es la última estación, al lado del mar.

—¿Y has vuelto alguna vez?

—No.

—Si el *Maurice* es tuyo, ¿por qué tienes que aguantar a Harry?

—No puedo contestar a esa pregunta.

—¿Qué vas a hacer si viene la policía?

—¿Qué vas a hacer tú si no viene tu marido?

Nenna pensó que debería aprovechar para organizar su propia vida, aunque solo lo lograra por casualidad, como cuando se arroja un poco de paja a la corriente. Repitió:

—Maurice, ¿qué voy a hacer?

—Bueno, ¿ya has ido a verlo?

—Todavía no, pero tengo que ir, desde luego. En cuanto encuentre a alguien que se quede una o dos noches con las niñas, iré. Gracias por ayudarme a decidirlo.

—No, no hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—No me des las gracias.

—¿Por qué?

—Por eso no.

—Pero es que no soy capaz de tomar decisiones yo sola, ¿no lo ves?

—No deberías darme las gracias de ninguna manera.

—¿Por qué no, Maurice?

—¿Por qué crees que está bien hacerlo? ¿Crees que te vas a sentir más feliz por agradecerme? No hay una única clase de felicidad, hay muchas. Tomar decisiones es un tormento para cualquiera que tenga un poco de imaginación. Cuando decides algo, estás multiplicando las cosas que podrías haber hecho y que ya no podrás hacer jamás. Si una sola persona va a salir herida como consecuencia de una decisión tuya, no deberías tomarla. Nos dicen que tomemos decisiones antes de que sea demasiado tarde, pero si de verdad es demasiado tarde, tendríamos que estar agradecidos. Sabes muy bien que tú y yo somos iguales, Nenna. Para nosotros, lo adecuado es vivir donde vivimos, entre la tierra y el agua. Tú, cielo, estás medio enamorada de tu marido, y luego está Martha, que es medio niña y medio mujer, y está Richard, que no puede evitar seguir medio metido en la marina, y está Willis, que es medio artista y medio estibador, y hay una gata que está medio viva y medio muerta...

Se detuvo antes de describirse a sí mismo, si es que era eso lo que iba a hacer.

Partisan Street, frente a Battersea Reach, era un sitio peligroso, donde la gente estaba más que acostumbrada a contestar a las preguntas de la policía. Los niños consideraban que el rinconcito veneciano era un regalo del cielo y acudían todos los días, en cuanto salían del colegio, a tirarle piedras. Al cabo de una semana, Harry regresó al *Maurice*, y lo hizo, una vez más, cuando no había nadie a bordo. Se llevó su remesa de secadores de pelo y tiró la farola y los adoquines por la borda. Tilda, que era toda una experta en hurgar en el lodo, recuperó la mayor parte del plástico morado, pero los trozos estaban rotos y no era fácil encontrarles alguna utilidad. Maurice se lo agradeció, pero no pareció darle mucha importancia al asunto.

Willis sentía un profundo respeto hacia Richard, a quien para sus adentros, y a veces en voz alta, llamaba «el Patrón». Además, aunque en la reunión Richard lo hubiera acusado abiertamente de deshonestidad, los principios morales de ambos eran muy parecidos, solo que Willis tenía la sensación de no ser lo suficientemente pudiente como para aplicarlos con tanta frecuencia y en circunstancias tan variadas como el Patrón. Gracias a Dios, no parecía probable que Richard fuera a encontrarse nunca en una situación en la que se viera desprovisto de toda esperanza, mientras que, por el contrario, Willis consideraba que para él no habría esperanza alguna si no lograba vender el *Acorazado*. Según sus cálculos, dos mil libras le bastarían para poder marcharse y pasar el resto de su vida con su hermana viuda. Pero no podía irse con las manos vacías, aunque en numerosas ocasiones le habían señalado las ventajas de cambiar de residencia.

—La casa de mi hermana está en un terreno de grava. Ahí no se nota la humedad. No se nota ni aunque uno quiera.

Pero desde ahí tampoco se veía el río, y Willis tendría que encontrar alguna otra cosa para llenar el gran vacío que quedaría en su vida cuando ya no fuera posible contemplar el tráfico fluvial, las idas y venidas de las embarcaciones. Como muchos pintores de marinas, nunca se había adentrado en el mar. Durante la guerra, había sido auxiliar de guardacostas. No sabía nada sobre navegación en alta mar. Sin embargo, sentarse tranquilamente a mirar cómo los barcos llevan a cabo sus legítimas actividades y conocer cada clase de navío, cada velamen y cada cargamento, significaba hacer de la inactividad una virtud, y Willis, desde el *Acorazado* y

desde ciertos puntos de la costa, algunos tan lejanos como el Cat and Lobster, en Gravesend, había ejercido con gran decoro su oficio de observador. Nacido en Silvertown, cerca de los antiguos astilleros, estaba acostumbrado a oír todo tipo de ruidos y detestaba el silencio. Al igual que Tilda, dormía mejor cuando podía oír cómo las gabarras que estaban ancladas chocaban unas contra otras durante toda la noche, como ataúdes de hierro en el día de la Resurrección, y de fondo, el susurro del agua que rompía contra los escollos.

Tilda, pese a no haber tenido éxito con los libros para colorear del convento, quería ser pintora de marinas como Willis. Su meta era pintar exactamente igual que él, emplear una regla para hacer el cordaje y representarlo todo tal cual era. También quería, todos los domingos que fuera posible, cenar como cenaba Willis, que siguiendo la costumbre de los barqueros, servía primero el pudín de pasas con salsa y después el asado.

Willis siempre había podido salir adelante gracias a su trabajo de artista, y despachaba sus obras, bien protegidas en paquetes de cartón duro y papel oleoso, a puertos de todo el mundo, ya que varios de sus clientes trabajaban en la marina mercante. Pero estos encargos —que, mayoritariamente, consistían en la compra de los originales de los chistes y viñetas que Willis, en otros tiempos, había conseguido vender a las revistas— habían ido disminuyendo durante los últimos diez años, como había disminuido también la producción del artista. Después de la guerra, menguó rápidamente el número de lectores dispuestos a reírse ante un dibujo de pasajeros mareados o de un contramaestre ganándole la partida al segundo de a bordo.

Seguía, no obstante, recibiendo correspondencia de algún que otro cliente lejano que, ajeno al paso del tiempo, le pedía un cuadro de algún barco en particular. «Querido Willis: He sabido, por fuentes bien informadas, que usted ha “tomado tierra” en algún punto cercano al río de Londres, de modo que espero que pueda contarme cuál es el paradero del viejo *Fortuna*, construido en 1892 y aparejado, cuando lo vi por última vez en 1920, como un bergantín de vela cuadrada en trinquete. Los barcos antiguos nunca mueren, y sin duda el *Fortuna* seguirá navegando junto a la costa este,

aunque supongo que el viejo Payne ya habrá llegado al último puerto... Me interesaría una pintura al óleo sobre lienzo, o cartulina (¡que me imagino que saldrá un poco más barato!), en la que se lo vea doblando el cabo a toda vela bajo una buena tempestad, digamos que de intensidad 6...» Willis rezaba por que los autores de tales cartas, varados en puertos por los que la guerra había pasado casi sin dejar rastro, no regresaran jamás, y evitaran así sentirse traicionados por tantos cambios.

A veces llevaba a Tilda, en su condición de aprendiz de pintora, a la Tate Gallery, situada a unos cuatro kilómetros del embarcadero. En esa época no había metro hasta Pimlico, y había que realizar unos cuantos virajes para llegar a Victoria. Una vez, en la estación de metro de Sloane Square, Willis le mostró a la niña la imponente tubería de hierro que pasaba, a gran altura, sobre la fila de los pasajeros.

—Mira, por ahí va el río Westbourne, que viene desde Paddington. Si empezara a perder agua, tendríamos que salir todos a nado.

Tilda observó la enorme tubería.

—¿Y por dónde sale?

—¿Quieres saber dónde está el desagüe? Pues en una de las alcantarillas más grandes, cariño. Averiguaré cómo se llama y te lo diré.

Willis tomó nota de lo que debía preguntar.

Los demás pasajeros se apartaban de los desaliñados moradores del río, que tan lejos se encontraban de su hábitat.

Laura no estaba segura de que se debiera permitir que la pequeña se fuera toda la tarde sola con un hombre mayor y, ya puestos, no demasiado escrupuloso. Le contó a Richard unas cuantas historias sobre el tema, algunas leídas en los periódicos, y le sugirió que reflexionara un poco sobre el tema, pero Richard dijo que no era necesario.

—Tú mismo me dijiste que era un hombre deshonesto.

—No es necesario.

Willis y Tilda solían detenerse, de camino al museo, en una pequeña tienda situada en Vauxhall Bridge Road, donde parecían alegrarse de recibir cualquier tipo de clientes, para comprar bolitas de anís. Se vendían al peso, pero las metían en una bolsa de papel especial que llevaba impresas las

palabras:

¡Vamos, niños, tenéis que probarla!

¡Una cosa nueva! ¡Es para mascarla!

Willis no había conocido a muchos niños, y hasta que Nenna se trasladó al embarcadero, tendía a olvidar que existían tales criaturas. El peculiar sabor de las bolitas de anís, que tal vez estuvieran entre las golosinas más repugnantes jamás inventadas, lo trasladaba al pasado.

Lo habitual era que en la Tate Gallery solo tuvieran tiempo para disfrutar de las obras en las que se representaban mares y ríos, los trabajos de Turner y de Whistler. Willis los elogiaba con esa mezcla de orgullo y humildad propia de los herederos, incluso de los que son familia lejana. Para Tilda, en cambio, aquellos hermosos cuadros solo eran una extensión de su vida a bordo. Le parecía raro, por ejemplo, que Turner, si había pasado tanto tiempo en Chelsea Reach, no supiera que las gaviotas siempre se posan en los lugares más elevados. Plenamente consciente de que se encontraba en un lugar público, intentaba modificar su voz; pero entonces a Willis le costaba oírla, y a veces ella tenía que repetir lo que hubiera dicho bastante más alto.

—¿Ese lo hizo Whistler?

El vigilante la miraba con la esperanza de que se acercara un poco más al cuadro para poder aliviar el aburrimiento de su largo día diciéndole que se apartara.

—¿Para qué puso esas dos luces rojas ahí arriba? Indican que hay un obstáculo que no está completamente cubierto de agua, ¿verdad? ¿Qué hacen ahí, entre las luces de fondeo?

—No pierden detalle, ¿eh? —le dijo el vigilante a Willis—. Me refiero aquí a su nietecita.

A Tilda le encantó el malentendido.

—Abuelo querido, ¿seguro que no estás cansado? Volvamos a nuestro barco. Cógeme del brazo, que soy joven pero fuerte.

Willis salió de la situación de una manera admirable, casi sin hacer caso a lo que había dicho la niña.

—Whistler era un artista extraordinario. Más vale que no te equivoques

sobre este asunto. Solo los pintores aficionados piensan que no lo era. Ese es el antiguo puente de Battersea. Así era el puente antiguo, ¿ves? De madera. Y está pintado sobre fondo gris, para ahorrarse problemas, ¿te das cuenta? La marea está cambiando y una gabarra aprovecha el refluo.

No hacía falta decir que, a su regreso, irían al *Grace* a tomar el té.

—¿Qué edad cree que tengo, señora James? —preguntó Willis, inclinándose discretamente hacia delante—. No me diga que nunca se lo ha planteado. Según mi experiencia, todo el mundo piensa alguna vez sobre qué edad tendrán los demás.

No había manera de eludir el tema.

—Bueno, creo que andará más cerca de los setenta que de los sesenta.

La expresión de Willis nunca cambiaba de modo abrupto. Daba la impresión de que le suponía un esfuerzo considerable recomponer sus bronceadas y curtidas mejillas y sus cejas canosas y tiesas, que parecían apoyarse en sus gafas de gruesos cristales.

—Cuando estoy en una de nuestras pequeñas expediciones, igual que cuando dibujo, no me parece tener mi edad.

Ahora no tenía tiempo para ninguna de esas dos cosas. Limpiar el barco y preocuparse por las visitas de posibles compradores eran lo único que tenía en el horizonte.

Su pensamiento iba resolviendo los problemas con simplicidad. Al igual que la principal filtración podía ocultarse enseñando el barco solo con la marea baja, Willis concluyó que el asunto de la lluvia, igualmente grave —pues los listones que debían impedir la entrada del agua estaban particularmente débiles en cierto lugar—, podía arreglarse si se quedaba de pie justo debajo de la gotera, con un sombrero impermeable lo suficientemente ancho. Estaba seguro de que tenía uno guardado en alguna parte.

—No tiene ni idea de cómo vender nada, salvo sus obras —le dijo Woodie a Richard—, y dudo incluso que cobre por ellas lo que corresponde. Diría que es muy inocente.

—Sabe un montón sobre barcos.

—Vive en el pasado. Me estuvo preguntando por un hombre llamado

Payne, que por lo visto murió hace años.

Aunque tuviera sus reservas, Richard sabía cuál era su deber, y sacó el *Acorazado* al mercado por medio de la agencia de un viejo amigo suyo, también reservista voluntario de la Marina Real, que había entrado como socio, al licenciarse del ejército, en una agencia inmobiliaria de Halkin Street. Tal vez sería más justo decir que era un conocido en vez de un amigo, pero la diferencia entre ambos conceptos era más clara en tiempos de paz de lo que lo había sido durante la guerra.

El agente estaba muy al día y quiso, como se estilaba en la época, darle un toque divertido al anuncio; también opinó que no debería aparecer en una revista de venta de artículos de segunda mano, donde Willis había pensado ponerlo, sino en los periódicos de mayor circulación.

—Battersea Reach... Whistler... Agua corriente..., ¿no? Bueno, instalación eléctrica..., dos camarotes, uno de ellos adecuado para un humilde holandés errante..., bodega enorme, estilo *Cutty Sark*, a reformar... Habitado por un viejo marinero, como el de la balada de Coleridge... Se lo puede convencer para que se largue invitándolo a remojarse el gaznate...

El socio principal solía redactar personalmente estos anuncios, pero todos los demás socios tenían la sensación de que, si tuvieran la oportunidad, ellos lo harían mejor.

—El *Cutty Sark* era un clíper que transportaba té —dijo Richard—. Y no creo que haya ningún motivo para pensar que Willis vaya a quedarse a bordo. De hecho, la finalidad de la transacción es que pueda irse.

—¿La barcaza estuvo en la batalla de Dunkerque?

—Algunas fueron reclutadas —dijo Richard—. El *Grace* y el *Maurice*, por ejemplo; pero creo que el *Acorazado* no.

—Es una pena. Habría venido muy bien para la venta. ¿Qué te parece, Richard, si continuamos esta conversación con un *pink gin* bien cargado?

Este comentario, que se repetía una y otra vez, había hecho que el amigo o conocido de Richard se ganara el apodo de «Pinkie».

Desde aquella reunión, Richard se debatía con su conciencia. Por supuesto, cuando se trataba de una casa o un barco, era asunto del comprador contratar a un perito para que lo asesorase, y Pinkie no iba a ofrecer el

Acorazado con ningún tipo de garantía con respecto a su solidez; lo único que garantizaría sería su encanto. Por otra parte, Pinkie parecía haber perdido la cabeza, al menos en cierta medida, quizá ante la posibilidad de dejar su impronta al proponer una manera novedosa de hacer negocios. No había resultado tan irritante cuando era oficial de vigilancia en el *Lanark*, ¿verdad? Pero el elemento más débil de la ecuación —el más necesitado de protección, en cuya ayuda Richard siempre acudiría—, el elemento más débil de la ecuación era, sin duda alguna, Willis. Había empezado a descuidarse, decía Laura. Una vez se le había ocurrido ir a visitarlo y se había encontrado a una de las niñas de Nenna, la pequeña, metida en la cocina del *Acorazado* preparándole cualquier cosa en medio de un gran desorden. A Richard le gustaban bastante los cuadros de Willis, y le había encargado un dibujo del *Lord Jim* en tinta y acuarela. Consideraba que el anciano, para solucionar sus asuntos, necesitaba lo que para la mayoría de la gente era una suma de dinero muy pequeña.

Richard no era consciente de que ya no razonaba, sino que se limitaba a permitir que una serie de imágenes solapadas —la del dibujo del *Lord Jim*, la de Tilda cocinando— reemplazara a los razonamientos, con lo que su mente funcionaba de un modo no muy distinto de la de Maurice o de la de Nenna. Pero el resultado final sería muy diferente: no sería poco concluyente y múltiple, sino único y categórico. Sin esa capacidad de Richard, el mundo no podría conservarse tal como era.

Tras explicarle a Willis con todo detalle lo que se disponía a hacer, Richard invitó a Pinkie a almorzar. Tuvieron que ir a un restaurante, porque el único club al que pertenecía Richard era Pratt's. Se había hecho socio de Pratt's porque resultaba imposible almorzar allí. Había en Richard algo inexplicable —tal vez la misma obstinación que lo llevaba a vivir a flote aunque eso pusiera en riesgo su matrimonio— que hacía que Pratt's lo atrajera porque allí solo se organizaban banquetes cuando fallecía un rey o una reina.

Richard invitó a Pinkie a un restaurante en el que tenía cuenta y en el que, por lo menos, no era difícil saber qué bebidas pedir. Pinkie sorbía su copa de

forma curiosa, demasiado curiosa teniendo en cuenta la cantidad de ginebras que debía de tomarse al cabo de la semana. Era como si la copa fuera un agujero en el hielo ártico y la bebida fuese su única esperanza para sobrevivir.

—Por cierto, Richard, ¿cuándo vais a dejar Laura y tú esta tontería de vivir en medio del Támesis? Este es buen momento para adquirir una vivienda. Seguro que te has dado cuenta.

—¿Dónde? —dijo Richard. Se preguntó por qué Pinkie habría mencionado a Laura, y después cayó en la cuenta, disgustado, de que ella ya no se guardaba su malestar para sí misma; el eco de su disconformidad ya debía de haber recorrido cierta distancia.

—¿Dónde? Bueno, en un condado digno de un caballero —le contestó Pinkie, nadando junto a su barrera de hielo—. En Northamptonshire, por ejemplo. Podrías venir en el coche tranquilamente todas las mañanas, estar en la oficina a eso de las diez y volverte por la tarde a las seis y media. Calculo que podrías pasar un 60 % de tu tiempo en el trabajo y un 40 % en casa. No está mal, ¿no? Y te recuerdo que estas viviendas de estilo jacobino no salen al mercado todos los días, pero nosotros tenemos más suerte que otras agencias a la hora de hacernos con ellas. O en Norfolk, claro, si te interesan los barcos pequeños.

Richard se preguntó por qué el hecho de vivir en un barco más bien grande lo convertía automáticamente en alguien a quien le interesarían las embarcaciones pequeñas.

—No, en Norfolk creo que no. —Ahí vivían algunos parientes de Laura, pero él no había ido al Relais para hablar de ellos—. De todos modos, no creo que obtuvieras un gran beneficio del *Lord Jim* —añadió—. No me parece que sea una buena inversión.

—Y entonces, ¿por qué lo compraste, por el amor de Dios?

Richard no quería contestar a esa pregunta. Entretanto, el camarero puso frente a cada uno de ellos un plato caliente con el nombre y la divisa del restaurante y, tras un breve intervalo, se los llevó. Presumiblemente, aquello representaba el cubierto por el que tendrían que pagar. A continuación trajo diversos productos incomedibles, como un pan tan seco que crujía y algunas

piezas de marisco bastante cuestionables. Pinkie se puso a mordisquear un trozo de algo crudo.

—Podemos decir que es un viejo lobo de mar, si no quieres que hagamos referencia a Coleridge.

—¿Quién?

—Tu amigo Willis. No hace falta que nos pongamos demasiado literarios, si crees que así va a funcionar mejor.

El camarero los invitó a elegir entre *coq au vin* y navarín de cordero. En otras circunstancias, ambos platos habrían recibido el nombre de estofado.

—Ese tipo sabe hacer bien su trabajo —dijo Pinkie, y Richard se sintió inclinado a mostrarse de acuerdo.

El vino, aunque Richard no era una de esas personas que hacen esperar al sumiller, no les pareció particularmente bueno. Pinkie no dijo nada al respecto porque estaba aturdido por la ginebra y porque no iba a pagar la cuenta, y Richard tampoco dijo nada porque, tras pensarlo un momento, concluyó que el vino era lo bastante bueno para Pinkie.

Tras llevarles el *coq au vin*, el camarero se acercó con una fuente dividida de un modo de lo más misterioso y les echó en los platos unas verduras marchitas. Entonces Richard se dio cuenta de que había llegado el momento de decir lo único que tenía que decir.

—La verdad es que no tengo un interés especial por esa venta, salvo que me gustaría hacer todo lo posible por Sam Willis, que es un artista retirado —dijo—. Lo considero un amigo, y tú recordarás que, al margen de todo el color local, te pasé las especificaciones de su barco.

—Ah, seguro que sí. Las tendrá la inestimable señorita Barker en la oficina. Bueno, sigue.

—No se hacía ninguna mención, si no me equivoco, a un informe pericial. Eso es cosa del comprador.

Otro camarero trajo un carrito con unas cuantas tartas a medio comer, decoradas con una sustancia blanca y unas rodajas de manzana metidas en un cuenco de cristal lleno de agua. La sola idea de comerse una de esas cosas parecía absurda, pese a lo cual Pinkie pidió un poco.

—Bueno, habrá que ver esas especificaciones de las que me hablas. Tendré

que volver a la oficina y echarles un vistazo, como te he dicho, pero supongo que no me negarás una copa de brandy primero.

Richard la pidió.

—Hay una cosa que no te he comentado, pero quiero que quede absolutamente clara, y es que tengo motivos para pensar que ese barco, el *Acorazado*, tiene unas filtraciones bastante graves.

Pinkie soltó una carcajada, rociando la cargada atmósfera con el brandy que le habían llevado.

—Por supuesto. Todos esos barcos antiguos son como coladores. Igual que todas las casas de época están tan podridas como el queso viejo. Eso lo sabe todo el mundo. Pero las cosas añejas tienen su valor.

Richard suspiró.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido, Pinkie, cómo sería pertenecer a una categoría de objetos que se vuelven más valiosos con el paso del tiempo? Las casas, los robles, los muebles, el vino y no sé qué más. Yo ya tengo treinta y nueve años, y no sé tú, pero...

No ahondaron en la idea, y media hora más tarde Richard firmó la cuenta y salieron del Relais juntos. Pinkie todavía podía pensar con la suficiente claridad como para darse cuenta de que tenía muy pocas probabilidades de recibir un nuevo encargo.

—Como estás decidido, Richard —dijo, tratando de abrazar a su amigo, pero obstaculizado por su paraguas—, como estás decidido, y eres un cabrón obstinado, veo que es inútil tratar de convencerte para que dejes de vivir en medio de la nada; no estás ni en la tierra ni en el agua. —Y como Richard no contestaba, añadió—: Hablemos pronto. Que no pase tanto tiempo hasta la próxima vez.

Los segundos o terceros posibles compradores que envió Pinkie eran un agente de seguros y su esposa. Querían un lugar para celebrar fiestas en verano, de vez en cuando, solo con marea alta, y se mostraron encantados con el *Acorazado*. El día en que fueron a ver el barco llovía ligeramente, pero Willis, que, aunque no había podido encontrar su sombrero de copa

impermeable, se apañaba con uno de fieltro, se quedó de guardia debajo de la grieta que había en la madera, mientras un empleado de la agencia, sin sospechar nada, enseñaba el resto del barco a los visitantes. La cocina les pareció muy estrecha, pero los arcones del navío, donde todavía se leía «Para 2 marineros», y la caseta, desde donde Willis había observado discurrir la vida del río, les causaron una muy buena impresión.

—Se habrán dado cuenta de la calidad que tiene el entablado —dijo el empleado de la agencia—. Los tablones de las tres tracas que salen del centro son de madera de olmo inglés, de cuatro centímetros de grosor, y el resto del suelo es de madera de roble. A esto se refería Nelson cuando hablaba de muros de madera, ¿saben? A ver, no digo que este barco no haya recibido algún que otro golpe... Puede notarse el desgaste aquí y allá...

Tras unas semanas que a Willis le parecieron años, los abogados del agente de seguros hicieron una oferta condicionada por la vieja barcaza, y al final aceptaron pagar mil quinientas libras, siempre que el *Acorazado* siguiera estando en buenas condiciones al cabo de seis meses, en la primavera de 1962.

«Seis meses», se repitió Willis. Iba a ser difícil esperar tanto tiempo, pero no imposible.

Richard sugirió que durante ese lapso de tiempo podría dedicarse a reemplazar las bombas y algunas secciones del casco. Era incapaz de darse cuenta de que el hombre con el que estaba tratando, o, mejor dicho, al que estaba intentando ayudar, nunca había sentido, ni en el plano físico ni en el plano emocional, la necesidad de reemplazar nada. Ni siquiera el aspecto de Willis, con su puntiagudo pelo negro y corto y su semblante de boxeador profesional, había cambiado mucho desde que, cuando estaba en la escuela primaria, hacía novillos para irse a dar una vuelta por los muelles. La verdad es que había tenido una esposa, y también una madre que había llegado a anciana —una gran ciclista que apoyaba las causas del laborismo en su localidad—, pero ambas habían muerto de cáncer; ahí no había reemplazo posible. El cuerpo debía, o bien repararse a sí mismo, o bien dejar de funcionar, pero eso no se aplicaba a las emociones, en particular a las de Willis. Había llegado a dudar del valor de empezar de nuevo y había

depositado su confianza en algo tan modesto como el arte de resistir. El *Acorazado* se había mantenido a flote durante más de sesenta años, y Richard, por muy patrón que fuera, no entendía de maderas. Si se ponía a hacer remiendos en su viejo barco, casi seguro que acabaría con él. Se acordó de la última vez que había ido al dentista. La asistencia dental era gratuita en los años sesenta, si uno firmaba ciertos documentos ininteligibles durante el ataque de alegría que sentía cuando le informaban que no necesitaría una intervención quirúrgica. Pero en una ocasión, cuando el dentista le había anunciado que era imprescindible y urgente extraerle dos dientes, Willis se había levantado y se había ido, contento de no haberse quitado el abrigo y, por lo tanto, de no tener que continuar la conversación mientras lo recuperaba en la sala de espera. Cuando cae uno, pensó, caen todos. Y si son dos, todavía peor.

—El *Acorazado* aún va a seguir funcionando bien unos cuantos años — insistió—. Y además, ¿qué reparaciones se pueden hacer en madera de roble?

—¿Le has preguntado por la valoración del seguro? —le preguntó Laura a Richard.

—No hay ningún seguro. Estas viejas gabarras... Bueno, se podría contratar un seguro de incendios, supongo, pero nunca cubriría una inundación o los daños provocados por una tormenta.

—Me voy a ir dos semanas a casa. Puede que me quede más tiempo, no sé cuánto, la verdad.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Necesitaré algo de dinero.

Richard evitó mirarla, por miedo a que ella pensara que quería transmitirle algo concreto con su mirada.

—¿Y el *Grace*?

—¿Qué pasa con el *Grace*?

—¿El *Grace* está en mal estado?

Richard soltó un suspiro.

—Podría estar mejor. Pero los problemas que tiene están todos por encima de la línea de flotación. Le he dicho a Nenna un montón de veces que debería encontrar a alguien de confianza que de vez en cuando viniera y

pusiera todo a punto. Lo ideal sería un constructor de barcos jubilado que hubiese trabajado para la armada. Para empezar, no hay tabiques para separar los camarotes.

—¿Eso te lo ha contado Nenna?

—Tú misma lo verás si te pasas por ahí.

—Qué raro que te haya contado eso.

—Supongo que la gente se ha acostumbrado a consultarme cosas —dijo Richard, metiéndose en el camarote para quitarse los zapatos negros y ponerse unas pantuflas de cuero rojo, que, como el resto de su ropa, parecían no gastarse nunca. Las pantuflas hicieron que se sintiera menos cansado.

—Te hacen más consultas del *Grace* que del *Acorazado*, ¿verdad?

—No estoy seguro. Nunca lo he calculado con exactitud.

—De todas maneras, no vale la pena hablar de ellos. Me imagino que ellos hablarán de nosotros.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Sí. «Ahí va la señora Blake», dirán. «Me da una pena terrible. Parece aburridísima todo el día.»

A Richard no le gustaba tener que pensar en dos cosas a la vez, en especial al final del día. Le dio un beso a Laura, se sentó y trató de ordenar los dos temas que se le habían planteado y de encontrar un titular que los incluyera a ambos. Una arruga surcó su frente, ascendiendo en diagonal desde su entrecejo. El problema de Laura era que no tenía suficientes cosas que hacer —no tenía hijos, aunque últimamente no había dicho nada al respecto—, y Richard sufría porque había tratado de hacerla feliz y no lo había conseguido. Nenna, por el contrario, tenía demasiadas cosas que hacer. Si su marido la había abandonado, como parecía ser el caso, debería poder contar con algún hombre, fuera cual fuera su relación con él, que se ocupara de todo. Según la experiencia de Richard, todas las mujeres tenían numerosos hombres con los que podían contar. Laura, por ejemplo, tenía dos hermanos menores, que no encajaban demasiado bien en la correduría de bolsa en la que los habían colocado, y numerosos tíos, uno de los cuales era un viejo horrible que conseguía *au pairs* escandinavas poniendo anuncios en *The*

Lady; además, por supuesto, de sus primos de Norfolk. Nenna, en cambio, parecía no contar con nadie, aunque claro, había venido de Canadá. Le dio la impresión de que esta última idea —estaba casi seguro de que procedía de Nueva Escocia— era la clave de todo el problema; ahora su mente lo presentaba como una estructura homogénea de partes interconectadas.

Laura era muy afortunada por estar casada con Richard, que no le habría hecho daño deliberadamente por nada del mundo. Tras pasar dos semanas con sus padres, pensaba él, en sus múltiples hectáreas de tierra húmeda, Laura sin duda tomaría conciencia de todas las ventajas de vivir en el *Lord Jim*. Por supuesto, hasta ahora nunca había sucedido nada parecido, y él tenía que discernir qué era lo mejor que podía hacer en tales circunstancias. No se sentía del todo satisfecho con la forma en que estaba funcionando su cabeza. Notaba cierta incoherencia. No le pareció que se tratara de un atisbo de esperanza.

—Quiero llevarte a cenar, Lollie —dijo.

—¿Por qué?

—Estás tan guapa que quiero que te vean otras personas. Seguro que se preguntarán por qué demonios has aceptado salir con un tipo como yo.

—¿Dónde sueles ir cuando llevas a alguien de la oficina a comer?

—Al Relais, pero no está nada bien para ir de noche. Podríamos probar ese sitio de comida provenzal. ¿Le damos una oportunidad?

—En realidad no quieres ir —dijo Laura, pero desapareció en el interior del camarote extra donde, por desgracia, debía guardar su ropa. Richard se quitó las pantuflas y se volvió a poner los zapatos negros, y se marcharon.

Martha y Tilda no recibían paga, pero esto no importaba demasiado porque no iban al colegio, con lo cual se evitaban las dolorosas comparaciones, y no sentían ningún rencor hacia su madre, pues ella tampoco disponía de dinero. Nenna pensaba que tendría algo en primavera, época en la que sucederían tres cosas, cada una de las cuales, como si se tratara de témpanos de hielo que iban fundiéndose, ayudaría a que ocurriera la siguiente. Edward vendría a vivir al *Grace*, con lo cual se ahorrarían el alquiler que pagaba por su habitación; las niñas, cuando ya no rezaran por ellas en la réplica de la gruta, aceptarían volver con las monjas; y como Tilda iría al colegio, ella podría conseguir un empleo.

Martha no podía imaginarse a su madre yendo a trabajar y tenía la sensación de que el experimento sería un desastre.

—Vosotras no sabéis nada de mi vida, niñas —les dijo Nenna—. Antes de la guerra, yo siempre me pasaba las vacaciones trabajando. Lavaba platos, era orientadora en campamentos y hacía muchas otras cosas por el estilo.

Martha sonrió al pensar en el encanto de esa época pasada.

—¿Y qué les aconsejabas para orientarlos? —preguntó.

Las niñas necesitaban dinero, principalmente para comprarse *singles* de Elvis Presley y de Cliff Richard. Una fotografía de este último, con una radiante sonrisa, presidía su camarote. Se trataba de un póster desplegable que venía con la revista *Disc Weekly*. Si no podías permitirte los discos originales, había unos más pequeños que se vendían en el Woolworths de King's Road y que sonaban casi igual.

Como el resto de los niños que vivían en el río de Londres, sabían que el

barro era una fuente de riqueza, pero eran demasiado listas como para ponerse a competir con los chicos de Partisan Street por las monedas, las medallas y las lombrices de tierra que se hallaban por allí. En cualquier caso, según les había dicho Willis, las lombrices de Limehouse Reach eran mejores. En torno al propio *Grace*, el gran río apenas depositaba nada salvo montones de recipientes de plástico.

Todas las expediciones implicaban cruzar el puente porque, a la altura de Battersea Reach, entre los dos puentes, la corriente empujaba hacia la orilla de Surrey. La responsabilidad que suponían estas excursiones, que a veces resultaban exitosas y a veces no, había dibujado en el entrecejo de Martha una ligera arruga que, al no ser completamente vertical, se parecía mucho a la de Richard.

—Hoy vamos a ir a buscar ladrillos —dijo—. ¿Cómo está la marea?

—Pleamar en Gravesend a las 3:00 de la mañana, en el puente de Londres a las 4:00, y en el de Battersea a las 4:30 —recitó Tilda de inmediato—. Marea de primavera, ciclo de siete horas y media, bajamar a las 12:00.

Martha se quedó observando a su hermana, vacilante. Con tantos conocimientos especializados, que no le servirían para nada salvo para conseguir un título de piloto, y con sus katiuskas, sobre las que se había secado el barro de tantas y tantas mareas pasadas, tenía el aspecto de una auténtica criatura acuática, tal vez un demonio de las profundidades. «Pase lo que pase, no debo dejarla sola nunca», se dijo Martha.

Las dos niñas eran pequeñas y cuando cruzaban el puente con su carrito, parecían extraordinariamente diminutas. Llevaban puestos unos gruesos anoraks canadienses que les había enviado su tía Louise.

Bajo la vieja iglesia de Battersea, la marea, al retirarse, había dejado expuesto un amplio terreno de barro y grava. En algunas zonas se amontonaba la madera arrastrada por la corriente. Junto al muelle destinado a reparaciones menores, algunos estibadores la habían apilado y le habían prendido fuego para despejar la zona. Ahora el denso humo azul desprendía un olor inmundoso: el del asqueroso espíritu de la sal y el fuego. A Tilda le encantaba ese olor y ensanchaba todo lo que podía las aletas de la nariz.

Más allá del muelle había una vieja barcaza destrozada, dada la vuelta. Era

impactante, incluso aterrador, ver su casco oscuro, plano y brillante, con la quilla hacia arriba. Un navío en ruinas puede estar al revés, mostrando la quilla, y yacer en paz y con elegancia, pero una barcaza del Támesis tiene que estar derecha para mantener la dignidad.

Aquel barco se llamaba *Small Gains* y había naufragado hacía más de veinticinco años, cuando cientos de barcazas todavía navegaban a vela. Había quedado encallado en el barro con su cargamento de ladrillos y no había conseguido liberarse con la subida de la marea. Al final, el agua lo había volcado. Los viejos ladrillos todavía estaban desperdigados por la zona intermareal. Una tormenta había arrastrado docenas de ellos hasta la orilla, aunque estaban casi todos rotos o medio molidos. Pero, además del cargamento principal, el *Small Gains* también llevaba azulejos. En cierto momento de la tarde, cuando el sol se ponía detrás de la fábrica de gas, sus rayos casi horizontales llegaban desde el otro lado del río y hacían relucir la orilla de Battersea. Entonces, si un azulejo se había hundido en el lecho del río, quedando tendido en el ángulo apropiado, los expertos podían distinguirlos gracias a los reflejos de la luz.

—¿Crees que mamá se está volviendo boba? —preguntó Tilda.

—Pensaba que hoy no íbamos a hablar de nuestros asuntos. —Martha se ablandó un poco y añadió—: Bueno, mamá depende demasiado de Maurice, o de cualquiera que se muestre empático con ella. Tendría que evitar a esa gente.

Las dos niñas se sentaron en el muro del patio de la vieja iglesia de Batterhead para comerse sus sándwiches. Contenían una sustancia llamada Spread[4] y, de hecho, eso era lo único que se podía hacer con ella.

—Mattie, si te obligaran a punta de pistola a casarte con alguien, ¿a quién elegirías?

—Te refieres a alguien de los barcos, ¿no?

—Claro, no conocemos a nadie más.

Las gaviotas, capaces de detectar la aparición de un trozo de pan a cien metros de distancia, avanzaron lentamente hacia ellas por la orilla llena de barro.

—Pensaba que a lo mejor te referías a Cliff.

—No valen ni Cliff ni Elvis. Y tampoco Richard, es demasiado evidente.
Martha se chupó los dedos.

—Últimamente parece cansado todo el tiempo. Ayer por la noche lo vi saliendo a cenar con Laura. ¡Y acababa de volver del trabajo! ¡En vez de quedarse descansando! ¡Eso no es vida para un hombre como él!

—¿Qué se había puesto ella?

—No la vi bien. Llevaba su abrigo nuevo.

—¿Pero le viste cara de estar agotado?

—Pues sí.

—¿Y crees que mamá se habrá dado cuenta?

—Sí. Se da cuenta todo el mundo.

Cuando la luz les pareció adecuada, pues encendía los trozos rotos de porcelana y de cristal, se pusieron a trabajar. Tilda se tumbó cuan larga era sobre una viga de madera. Esa era su tarea, porque a Martha le salían moratones con mucha facilidad. Era una princesa, aunque nadie en su entorno lo supiera, y estaba a la espera del momento en que dichos moratones revelaran su auténtico linaje.

Tilda tenía los ojos fijos en el agua. Era necesario afinar la vista.

—¡Ahí hay uno!

Como quien cruza un río pisando una serie de piedras, Tilda fue dando saltitos de un objeto a otro, aunque apenas la sostuvieran: neumáticos viejos, botas viejas, restos de cajones de los que las gaviotas se marchaban resentidas. Mucho más allá del punto en que el barro se volvía traicionero, de donde el *Small Gains* nunca había logrado salir, se subió, haciendo equilibrio, al manillar de una bicicleta hundida. ¿Cómo habría llegado allí esa bicicleta?

—¡Mattie, es una Raleigh!

—Si has visto un azulejo, cógelo ahora mismo y vuelve.

—¡He visto dos!

Tilda volvió con un azulejo en cada mano, manteniendo el equilibrio como una artista circense. Bajo las llamativas luces de la carpa del circo, todos los hombres, las mujeres y los niños se pusieron en pie para aplaudirla. Se preguntaban entre ellos quién sería esa recién llegada que había tenido éxito

donde tantos otros habían fracasado.

El agua limpia más cercana salía de un hidrante que había en el patio de la iglesia. No les gustaba lavar sus hallazgos allí, porque esa agua estaba destinada a las flores de las tumbas, pero Martha trajo un poco en un cubo.

Al quitarle el barro al primer azulejo, fue apareciendo, centímetro a centímetro, una lustrosa superficie de color rubí que brillaba como el corazón de una joya, y después vieron el contorno de una delicada y grotesca ave plateada, con el pico de cobre bruñido, posada sobre una sola pata en un círculo de hojas y bayas de un azul muy oscuro.

—¿Es bonito?

—Sí.

—¿Y el dragón?

La sinuosa cola de un dragón, también dorada y de brillantes colores, se enroscaba sobre sí misma recorriendo los bordes del otro azulejo.

El reverso de los dos azulejos estaba estropeado, y solo en uno de ellos se podían distinguir las letras «NDS END», pero Martha los reconoció al instante.

—Son azulejos de De Morgan, Tilda. Hemos encontrado dos de un tirón, dos en una mañana.

—¿Cuánto nos darán por ellos?

—¿Te acuerdas de esa señora mayor, Tilda?

—¿La he visto alguna vez?

—¿Cuántos años tenía la señora?

—En 1965 cumplirá cien.

—¿Cómo se llamaba?

—Whilelmina Stirling.

Tilda se quedó mirando la brillante ave de pico dorado, que daba un poco de miedo.

—Vamos a esconderlos. A lo mejor alguien intenta robarnoslos.

Como a muchos buscadores y descubridores, el hallazgo del tesoro las ensombreció. Envolvieron los azulejos en el anorak de Tilda, que al instante volvió a apagar su brillo con una película de barro.

—¡Ahí está Woodie!

Tilda se puso a dar saltos de alegría. Parecía un corcho llevado por la corriente.

—¿Qué hace?

—Está sacando el coche.

No había ningún garaje cerca de los barcos, y Woodie se veía obligado a dejar su immaculado Austin Cambridge en el aparcamiento de un *pub* de la orilla de Surrey.

—Voy a hacerle gestos —gritó Tilda—. A lo mejor nos lleva a casa. Podemos poner el carrito en el asiento de atrás.

—Tilda, no lo entiendes. Si le pedimos que nos lleve, nos va a decir que sí porque le damos pena. Una vez lo oí decirle a Richard que éramos como dos niñas abandonadas. Y además le estropearíamos la tapicería. No debemos aprovecharnos de su amabilidad.

—Si es amable, es culpa suya. No son los amables los que heredan la tierra, sino los pobres, los humildes y los mansos.

—Y entonces, ¿qué crees que les pasa a los amables?

—Que reciben una patada en la boca.

Woodie las llevó de vuelta.

—Este invierno tendréis que cuidaros solas —les dijo cuando atravesaban el puente—. Me temo que no voy a poder llevaros más. Voy a recogerlo todo y marcharme hasta la primavera. Estoy pensando en dejar el *Rochester* en el dique seco. Hay que hacerle algunas reparaciones.

—¿Tienes que recogerlo todo tú solo? —preguntó Tilda.

—No, cariño. Va a venir mi esposa a echarme una mano.

—¡Si tú no tienes esposa!

—Sí, pero tú nunca la has visto, cariño.

—¿Cómo se llama?

—Janet.

Woodie sintió que se ponía a la defensiva, como si se hubiera inventado el nombre.

—¿Y cómo es?

—Bueno, no le gusta mucho el río. Siempre pasa los veranos en otra parte.

—¿Entonces te ha abandonado?

—¡Claro que no! Tiene una caravana en Gales, en un sitio muy bonito, cerca de Tenby. —Aunque Woodie había contado aquello en muchas ocasiones, lo sorprendió tener que darle explicaciones a una niña de seis años—. Y luego, en invierno, volvemos a nuestra casa de Purley. Es un acuerdo amistoso.

¿Acaso no había, en todo Battersea Reach, una pareja, casada o no, que viviera de manera convencional? Sí, había algunas parejas que se instalaban temporalmente, cuando hacía buen tiempo, en la zona intermedia del muelle. Vivían juntas e incluso se reproducían, aunque nunca había sucedido que un médico llegara corriendo, con un maletín negro, a la rampa de desembarco y se cayera al río. Unas enfermeras del Hospital de Waterloo habían alquilado el *Bluebird* y estaban siempre alerta, y cuando una mujer se ponía de parto, se encargaban de que llegara rápidamente una ambulancia. Pero, salvo por el *Bluebird*, aquella zona intermedia del muelle quedaría desierta la próxima semana o la siguiente.

Martha, que había decidido dejar de pensar en las molestias que le estaban causando, le pidió a Woodie que no se detuviera junto a los barcos; querían seguir hasta New King's Road.

—Queremos ir al Bourgeois Gentilhomme —dijo, con lo poco que le quedaba del acento francés que las hermanas se habían esmerado en enseñarle.

—Eso es un anticuario, ¿verdad, cariño?

—Sí, vamos a vender una antigüedad.

—¿Tenéis una antigüedad?

—Tenemos dos.

—¿Seguro que ya habéis estado ahí antes?

—Sí.

—Pararé lo más cerca que pueda para que os bajéis —dijo Woodie. Se preguntó si no debería quedarse esperando, pero quería volver al *Rochester* antes de que subiera la marea. Las dos niñas le dieron las gracias con mucha educación —no estaban tan mal educadas, pensándolo bien— y él las observó acercarse a la puerta lateral de la tienda.

En algunas ocasiones, Martha perdía el valor. Entonces, las ventajas que

tenía su hermana por ser más joven que ella se hacían evidentes. Tilda se había instalado en una mecedora que había en la acera, y Martha le dijo con aspereza que debía entrar con ella y ayudarla a hablar con el hombre de la tienda. Tilda, que nunca se había sentado en una mecedora, le contestó que tenía las botas demasiado sucias.

—Y, además, es que soy Abraham Lincoln, y estoy aquí sentada pensando.

—Tienes que venir conmigo.

El Bourgeois Gentilhomme era uno de los muchos comercios de Chelsea que sobrevivía exclusivamente gracias a la venta de antigüedades. El ambiente, una vez cruzada la pequeña puerta de la tienda, fabricada con una mesa de billar de la época victoriana, era opresivo. Numerosos relojes daban la hora a destiempo. Sentada en una mesa esquinera, dándoles la espalda, había una mujer vestida de negro que parecía estar haciendo cuentas, rodeada de muebles polvorientos. Tal vez la hubieran abandonado cruelmente el día de su boda y desde entonces se hubiese pasado la vida ahí sentada, para que nadie tocara nada. No levantó la vista cuando entraron las niñas, aunque la mesa de billar estaba conectada por medio de una cuerda a un cencerro que tintineó con fuerza.

—¿Dónde está el señor Stephen, por favor?

Sin esperar respuesta, Martha y Tilda —esta última más reacia— pasaron a la trastienda. En aquel lamentable habitáculo no se había hecho ninguna reforma. Era una antigua antecocina, separada por dos escalones de un pequeño patio lleno de montones de basura. El señor Stephen, sentado junto a un calentador de parafina, también estaba escribiendo en unos papeles; parecía estar haciendo sumas. Martha sacó los dos azulejos y se los puso delante.

El comerciante, habituado a los tesoros de la orilla, limpió los azulejos y les sacó brillo, pero esta vez no con agua, sino con un producto especial que tenía en un frasco. Después, tras quitarse con mucho cuidado sus pesados anillos, cogió los dos azulejos, sujetándolos por el borde.

—Bueno, los habéis traído desde muy lejos para enseñármelos. ¿Qué pensabais que eran?

—Sé lo que son. Solo quiero saber cuánto puede darme por ellos.

—¿Tenéis más de estos en casa?

—No estaban en casa.

—¿Dónde los habéis encontrado, entonces?

—Por ahí.

—¿Estáis seguras de que no hay más?

—Sí, solo estos dos.

El señor Stephen examinó a través de una lupa el ave dorada y plateada.

—Son unos azulejos muy bonitos, tesoro, nada más.

—Entonces ¿por qué se ha quitado los anillos con tanto cuidado?

—Siempre lo hago todo con mucho cuidado, tesoro.

—Son unos azulejos en brillo rojo de William De Morgan —dijo Martha—, con decoración en oro y plata, de la serie «Luz de estrella y luz de luna».

—¿Quién os ha enviado aquí? —preguntó el señor Stephen.

—Nadie. Ya nos conoce, hemos estado aquí antes.

—Sí, pero lo que quiero saber es quién os ha dicho lo que teníais que decirme.

—Nadie.

—La señora Wilhelmina Stirling —intervino Tilda—, que si no ha cumplido noventa y siete años no ha cumplido ninguno.

—Bueno, no sé de parte de quién habéis venido, pero lamento desilusionaros: estos azulejos no pueden ser de De Morgan. Me temo que no sabéis lo suficiente sobre el tema. Supongo que no os habéis fijado en lo que queda de la inscripción del reverso. «NDS END». William de Morgan tenía su taller de cerámica en Cheyne Walk y después trasladó sus hornos a Merton Abbey. Esta marca no es de ninguno de esos dos sitios.

—Claro que no. Estos azulejos forman parte de una serie muy tardía. El último taller que tuvo estaba en Sands End, en Fulham. ¿Acaso no lo sabía?

Por dignidad, el comerciante tendría que haber devuelto los azulejos con una sonrisa compasiva. Pero no pudo resistirse a acercar el ave a la lámpara de su escritorio, de modo que la luz le dio de lleno y pareció derramarse por los bordes como una llamarada carmesí. Durante unos instantes, Martha y él estuvieron unidos por un extraño sentimiento de camaradería con el que ninguno de los dos había contado y del que no les resultó fácil deshacerse.

—Bueno, pienso que quizá podamos quedarnos con ellos. El del ave es, de lejos, el más bonito de los dos. Eso está claro. Me quedo con el del dragón solo para que haga pareja con el del ave. A lo mejor queréis cambiarlos por algo de la tienda. Hay cosas preciosas ahí. Tenemos unos juguetes muy antiguos. Quizá tu hermanita...

—Odio los juguetes muy antiguos —dijo Tilda—. Puede que les gustaran a los niños muy antiguos.

—Una cajita de música victoriana...

—Está rota.

—No lo creo —dijo el comerciante, levantándose a toda prisa. Se metió en la tienda y se puso a buscar, muy irritado, la llave. La mujer que estaba sentada en la mesa esquinera no mostró la menor intención de ayudarlo.

—Tilda, ¿has estado toqueteando la caja de música?

—Sí.

Martha se dio cuenta de que ese descubrimiento, que no podría postergarse mucho tiempo, reduciría considerablemente su ventaja.

—Queremos tres libras por los dos azulejos de De Morgan. Si no, debo pedirle que me los devuelva cuanto antes.

El respeto que Tilda sentía hacia su hermana, a quien nunca había visto en posesión de tanto dinero, casi le impedía articular palabra. En un ronco susurro le preguntó si irían a comprar los discos inmediatamente.

—Sí, pero primero tendríamos que conseguir un regalo para mamá. A papá siempre se le olvidaba hacerle regalos, ¿sabes?

—¿Te lo ha dicho ella?

—¿Alguna vez has visto algo que él le haya regalado?

Bajaron juntas por King's Road, entraron en Woolworths, y se quedaron deslumbradas.

[4]. *Spread* significa «untar».

La misma marea que, al subir, había dejado una magnífica cosecha de azulejos, también había apilado un montón de madera en la orilla. Woodie la observó con aprensión. Por supuesto, no iba a tener que pasarse los meses que durara su estancia en Purley preocupado por el *Rochester*, como de costumbre, pre-guntándose si en su ausencia los desperdicios que arrastra la corriente impactarían contra su embarcación; solo faltaban unas semanas para que la trasladaran al dique seco. Tal vez Woodie estuviese empezando a ser consciente de que la falta de preocupaciones haría que aquel invierno le resultara insoportable. Como si quisiera aferrarse a una sensación placentera que estuviera a punto de desaparecer, se dedicó a contar las vigas de madera que se acercaban amenazadoramente a los barcos.

Su esposa ya había llegado de Gales. Woodie tenía ante sí un periodo de tregua, mientras Janet, una supervisora muy experimentada, vestida con un traje pantalón perfecto para su tarea, le proporcionaba una ayuda realmente valiosa con el almacenamiento, al mismo tiempo que hacía comparaciones insoportables entre la caravana y el *Rochester*. Dichas comparaciones nunca tenían lugar —ni siquiera se insinuaba nada de ese estilo— cuando se encontraban en Purley, solo surgían durante la breve e incómoda etapa que pasaban entre la tierra y el agua.

Mientras cruzaba la cubierta del *Grace*, Woodie contempló con asombro el *Acorazado*, que era un barco más grande y que, al tener muchos menos muebles a bordo, sobresalía más del agua. En la caseta iluminada vio no solo al viejo Willis trasteando con lo que parecían latas y vasos, sino también a Janet, que llevaba puesto su otro traje pantalón.

—Es una fiesta —le dijo Nenna, asomándose a la escotilla—. Te están esperando, solo faltas tú. Willis ha vendido el *Acorazado*.

—Yo diría que es más bien una oferta provisional. De todos modos, no pretendo aguarle la fiesta a nadie. ¿Tú no vienes?

—No, a nosotras nos toca mañana. En la caseta solo caben cuatro.

Woodie vio entonces que Maurice también estaba dentro. Nunca había sabido qué pensar de Maurice. Le daba la impresión de que la señora James hablaba con él constantemente, a veces incluso en medio de la noche, y las niñas también.

—He dejado a tus niñas en un anticuario de King's Road —le dijo—. Parecían tener muy claro lo que querían.

Nenna se puso la chaqueta. Conocía el Bourgeois Gentleman y siempre temía que Martha se metiera en líos. Si ya no estaban allí, seguro que estarían en Woolworths. Se dispuso a salir a buscarlas.

Willis se había dado cuenta de que Woodie había vuelto y empezó a hacerle gestos a través de la ventana de la caseta, expresando alegría, señalándolo para que lo viera Janet e indicándole con la mano que entrara.

Woodie tenía muchas ganas de socializar, ya que había tenido que volver a la orilla de Surrey a dejar el coche y luego cruzar el puente andando para regresar a casa. Pero en la caseta se estaba calentito, desde luego, y la puerta, cuando la cerró a su espalda, amortiguaba, en gran medida, las voces del río. Era la única puerta del *Acorazado* que se podía considerar en buen estado. Ni siquiera los constantes gritos de las gaviotas se oían desde ahí dentro, y las bocinas y demás señales sonoras no parecían más que un lejano lamento. Para Willis, de hecho, la caseta era demasiado silenciosa, aunque eso resultaba útil cuando, como aquella noche, tenía invitados.

—Queremos que se nos oiga con claridad —dijo. Evidentemente, estaba pensando en hacer algunos brindis.

A modo de preparación, había abierto varias botellas de Guinness y una lata de Long Life —la bebida de las damas— para la señora Woodie. Pero estaba consternado por no tener vasos.

—De todos modos, yo no le daría un vaso a Janet — gritó Maurice, que no dejaba pasar ni una oportunidad para mostrarse ingenioso. Les explicó que

los daneses, un pueblo de antigua tradición marinera, fabricaban la cerveza para que se bebiera directamente de la lata, de manera que las burbujas subieran y bajaran en el estómago y contrarrestaran el balanceo de los barcos. Para sorpresa de Woodie, su esposa se echó a reír, y parecía no poder parar.

—Nunca me habías dicho que os lo pasabais tan bien en los barcos —dijo ella.

Woodie hizo un esfuerzo por disfrutar del ambiente. ¿Por qué en un barco no se lo iban a pasar tan bien como en una caravana, por el amor de Dios? Además, nunca antes había visto a Janet bebiendo de una lata. Pero no debía olvidar que aquel era un día muy especial para el viejo Willis, que ya debía de estar cerca de los sesenta y cinco y al que cualquier día le podía suceder una desgracia.

—Qué bien que hayáis podido venir avisándoos con tan poca antelación. Es estupendo —dijo Willis—. Vosotros sois mis compañeros de tripulación. ¿A alguien le parece mal que os llame así? Y ahora me gustaría preguntaros cuántos de vosotros vais habitualmente a la pescadería de Lyons Dock.

En ese momento se fue la luz, cosa no muy sorprendente en el *Acorazado*, donde la instalación eléctrica era una verdadera chapuza. Se quedaron a oscuras. Solo las luces del río, unas inmóviles y otras en movimiento, temblaban sobre las botellas, las latas y las caras de los invitados.

—Qué mala pata —dijo Woodie.

—¡Hace cuarenta años no habríamos dicho eso! — exclamó Willis—. ¡Sobre todo si en la habitación se encontraba una mujer como es debido! ¡Habríamos sabido qué hacer!

Una vez más, Janet y Maurice se echaron a reír a carcajadas. Aquello se parecía cada vez más al Liberty Hall. Inmediatamente, Woodie se metió la mano en el bolsillo para sacar su juego de destornilladores, como hacía a la menor ocasión, pero antes de percatarse de que ofrecer ayuda podría ser una falta de tacto, Willis ya había encendido una lámpara de aceite, que por lo visto siempre tenía a mano, lo cual no era de extrañar. Sujeta con unos cardanes, la lámpara fue extendiendo poco a poco su círculo radiante por todos los rincones de la caseta.

Maurice se puso en pie de un salto, con la cabeza ligeramente inclinada para no darse contra el techo. Aunque estaban sentados tan juntos que sus rodillas casi se rozaban, habló como si se dirigiera a un gran auditorio:

—¿Todo el mundo me ve con claridad? ¿Usted, señora, la de la última fila? ¿Puedo entonces asumir que se me oye bien en todas partes?

Willis abrió más botellas. Sus gafas brillaron. Incluso sus curtidas mejillas brillaron.

—Bueno, quería añadir algo sobre la pescadería de Lyons Dock. Si nunca vais, no vais a poder probar sus mejillones calientes. Los cuecen en una cacerola de hierro. Tiene que ser de hierro.

—¿Es la exquisitez más antigua del río! —gritó Maurice.

—No, no, son muy frescos. Estoy hirviendo algunos abajo. Creo que ya estarán listos.

—Pero no es temporada de mejillones, ¿no? —preguntó Woodie.

—Estás pensando en los boquerones. Siempre es temporada de mejillones.

—Solo obedezco las instrucciones de mi médico..., hasta cierto punto.

—Es la primera noticia que tengo —gritó Janet.

—El mejor momento para comer mejillones es el otoño —dijo Maurice—. En Southport lo dicen constantemente.

Animado, Willis anunció que iba a traer los mejillones de inmediato, y unos platos y tenedores y vinagre, y encendió la radio para que sus invitados escucharan un poco de música en su ausencia. Woodie se sorprendió al enterarse de que había platos a bordo del *Acorazado*.

—¿Me concedes el primer baile, Janet? —preguntó Maurice, levantándose de nuevo. ¿Acaso no se daba cuenta de que apenas tenían espacio para estar sentados?

Cuando Willis se dirigió a la escotilla de popa, se dio cuenta de que el *Acorazado* estaba bastante sumergido en el agua, casi tanto como el *Grace*. Buscó con la mirada a Nenna y a las niñas para preguntarles qué pensaban ellas, pero todo el mundo parecía haber desembarcado.

La bodega estaba muy oscura, pero no tanto como se había imaginado. De

hecho, no estaba tan oscura como debería. Se veían destellos y reflejos donde no tendría que verse nada. Cuando ya había bajado la mitad de la escalera, se detuvo, y fue como si la bodega entera avanzase hacia él. Oyó un levísimo chapoteo, pero no estaba seguro de si procedía del interior o del exterior.

«Pero... ¿qué está pasando?», se preguntó.

Entonces notó el inconfundible hedor a muerto del agua del río, que avanzaba lentamente, pero siempre acababa por encontrar, superando todos los obstáculos, el camino más corto para volver a casa.

¿Sería muy grave?

Bajó un escalón más y metió los pies en el agua, que le llegaba hasta los tobillos. Se le calaron los zapatos. Se agachó y metió una mano en el agua, y soltó un juramento cuando una descarga eléctrica lo sacudió desde el codo hasta el hombro. Ya sabía por qué se había ido la luz. Se quedó desconcertado durante un instante al ver una llamita azul pálido, pero después se dio cuenta de que se trataba del hornillo de gas que había en la cocina. Su luz le permitió distinguir, con cierta dificultad, la base de la cacerola de hierro en la que los mejillones para sus invitados seguían cociéndose.

La filtración había cedido al fin. Willis sintió una pena tremenda por el viejo *Acorazado*, que luchaba por mantenerse a flote pese a la creciente cantidad de agua que iba entrando en él. Era como una de aquellas terribles visiones que ofrecían el hipódromo o el campo de batalla, en las que unos pocos y obstinados seres vivos perseveraban calladamente, intentando cumplir con su deber aunque hubieran quedado mutilados de manera irreparable.

Llevaba una caja de cerillas en el bolsillo de la camisa, pero tenía las manos tan mojadas que no pudo encender ni una. Su única esperanza era llegar a la bomba manual que había en la cocina y tratar de mantener el nivel del agua bajo control. A unos veinticinco centímetros por debajo de la borda había un agujero bastante grande que nunca le había preocupado, ya que estaba muy por encima de la línea de flotación. Ahora veía las luces de la orilla a través de él. Si el *Acorazado* continuaba hundiéndose a aquella

velocidad, en diez minutos el agujero no estaría por encima de la línea de flotación, sino por debajo.

Willis decidió vadear las ondulantes aguas. Algo se dirigió hacia él en la oscuridad y lo golpeó violentamente justo debajo de la rodilla. Preguntándose si se habría roto la pierna, se agachó y trató de apartar aquel objeto con las manos. Cuando volvió hacia él, se dio cuenta de que era uno de los paneles laterales de su catre. Entonces estuvo a punto de rendirse, no por el dolor, sino por el hecho de que aquel trozo de mueble que le era tan familiar —la cama en la que había dormido durante quince años— se hubiera descarriado irremediablemente y pareciera estar atacándolo. Todo lo que debería haberle brindado su apoyo se había vuelto hostil. Su mejor traje se había convertido en un envoltorio helado con el que resultaba difícil mantenerse erguido.

Perdió pie y se hundió en el agua. Cuando emergió, tenía las gafas empapadas y no veía absolutamente nada. Intentó avanzar hacia la cocina, y entonces se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de encontrar la bomba manual. El agua ya llegaba hasta la parte superior del hornillo, y mientras el gas no dejaba de salir, la cacerola se quedó flotando y Willis se escaldó con el agua hirviendo, que poco a poco fue mezclándose con el agua fría. No quedaba ninguna esperanza para el *Acorazado*, y él tendría suerte si lograba alcanzar la escalerilla y salir a la cubierta.

Arriba, en la caseta, los invitados no notaron nada durante un rato, porque la música estaba alta y Maurice era muy divertido; sus conocidos del *pub* siempre afirmaban que ofrecía una buena relación calidad-precio. En cualquier caso, las cosas que decía esa noche estaban más allá de los límites de la calidad y entraban en el terreno del genio. Gracias a un sentido del peligro más agudo que el de los demás, y sintiéndose estimulado por él, cosa que sin duda a los demás no les sucedería, Maurice se había dado cuenta inmediatamente de que algo iba mal, antes incluso de pasar la mano por la ventana para quitar el vaho y ver, al contemplar la noche del exterior, que el horizonte se iba elevando lentamente, centímetro a centímetro. Hizo unos cálculos rápidos. «Espera un poco, aquí nos lo estamos pasando muy bien», pensó. Maurice no sabía nadar, pero eso no lo preocupaba. «Si hubiera un

piano, podría tocarles *Rock of Ages* cuando llegue el momento», se dijo.

Woodie ya no se quejaba tanto.

—A ver qué pasa con esos moluscos. Están tardando de lo lindo, ¿no?

—¡No importa! —dijo Maurice—. Así tendré tiempo para deciros la buenaventura. Hace un rato les he echado un vistazo a vuestras manos, solo un vistazo, y me ha dado la impresión de que ahí había escrito algo bastante inesperado. Bueno, no te importa extender la palma, ¿verdad, Janet? ¿Te parece bien que empiece contigo?

—¿En serio sabes hacer esto?

Maurice le dedicó una sonrisa radiante.

—Lo hago casi todas las noches. Te sorprendería saber cuántos amigos he hecho así.

—Llevo una pulsera de cobre para el reuma —dijo ella—. ¿No afectará?

—No afectará en lo más mínimo, créeme —dijo Maurice.

Se abrió la puerta y apareció Willis, como un ahogado que volviera de entre los muertos. Había perdido las gafas y chorreaba tanta agua que al instante se formó un charco a sus pies. La cubierta del *Acorazado* todavía estaba unos veinticinco centímetros por encima de la superficie del agua. Pese a todo, Willis fue capaz de acompañar ordenadamente a sus invitados; Maurice atravesó el *Grace* y los Woodie regresaron al *Rochester* por la rampa de desembarco.

En el río se suele decir que una barcaza del Támesis, si alguna vez se ha elevado con la marea, nunca se hunde del todo. Pero el *Acorazado*, al margen de todos sus demás puntos débiles, tenía un agujero en el centro, consecuencia del impacto de una viga de madera, y antes de que pasara mucho rato, el agua lo inundó con un sonido semejante al de un suspiro y, al cabo de unos segundos, se hundió.

* * *

La pérdida del *Acorazado* hizo que los propietarios tuvieran que reunirse una vez más a bordo del *Lord Jim*. El ambiente de aquel encuentro fue más

tranquilo que el del anterior porque, por lo visto, la señora Blake se encontraba fuera, pero sobre todo porque la desgracia de Willis hizo que reinara el silencio. Y, sin embargo, dicha desgracia quedaba en parte compensada porque sus propios barcos, por muy necesitados de reparaciones que estuvieran, no se habían hundido.

Le dieron una copa de jerez oloroso a cada uno —del mejor; en el *Lord Jim* no había otro—, lo cual acentuó la sensación de que se hallaban en un funeral. Richard consultó una lista. Escribía listas en unas páginas en blanco, destinadas especialmente a ello, que había al final de su diario; solo las arrancaba cuando las necesitaban, para no perderlas nunca. Si uno tenía cuidado, no había por qué perder nada, especialmente un barco. El desastre ya había ocurrido, sin embargo, de modo que la reunión solo debía dedicarse a tratar de buscar soluciones prácticas.

Toda la ropa de Willis que había podido salvarse estaba ya en el *Grace*. Había que secarla y arreglarla. Las monjas, las monjas de Nenna —ella tenía la impresión de que hacía mucho tiempo de aquello—, en una clase llamada «Costura simple», le habían enseñado artes antiguas: zurcir, hacer remiendos, reforzar cuellos empleando entretelas. Al fin podría poner en práctica todas sus habilidades con el anticuado vestuario de Willis. Richard felicitó al *Grace*. «Me complace que vea que puedo hacer algo bien», pensó Nenna. «¿Por qué me complace?»

El *Rochester* tuvo que hacer un esfuerzo mayor: se ofreció voluntario para alojar a Willis. «Por una renta razonable», sugirió Richard, pero los Woodie no quisieron cobrarle nada. Al fin y al cabo, solo sería por una semana, más o menos. Pasado ese tiempo, habrían de regresar a Purley.

—Parece una buena solución. Puede instalarse con vosotros cuando salga del hospital.

Willis había sido admitido en el Waterloo, donde era sumamente difícil conseguir una cama, de nuevo gracias a la ayuda de las enfermeras del *Bluebird*.

—Y ahora, con vuestro permiso, paso al problema más grave de todos: la situación económica de Willis. No es una de esas cosas que a uno le agrade comentar en público, pero creo que en el caso que nos ocupa es necesario

hacerlo. He ido a ver a las autoridades portuarias y me han confirmado que han declarado de forma oficial que el *Acorazado* ha naufragado y, lo que es peor, me temo, es que se encuentra lo bastante cerca de los canales de navegación como para que, citando su carta, «ejerzan sus facultades estatutarias y se lo lleven empleando una embarcación de rescate».

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Woodie—. En cualquier caso, nunca podría volver a mantenerse a flote.

Maurice añadió que Willis iba a estar mucho mejor si no tenía que contemplar los restos del *Acorazado* cada vez que bajara la marea.

—Estoy bastante de acuerdo, pero, continuando con la carta, «todos los gastos derivados del rescate y del remolque se repercutirán a los propietarios del navío». No estoy muy seguro, para ser sincero, de que Willis pueda afrontar siquiera una pequeña parte de esos gastos. No se me ocurre otra solución que hacer una colecta lo más pronto posible. Si hay alguna otra propuesta...

No hubo ninguna, y como era evidente quién tendría que encargarse de organizar la colecta, Richard disolvió la reunión leyendo en voz alta una carta de Willis que había llegado a través del *Bluebird*, en la que, dirigiéndose a todos ellos como compañeros de tripulación, les enviaba un apretón de manos y un «que Dios os bendiga». Dichas palabras sonaron extrañas en la voz neutra y poco enfática de Richard, quien, aunque no la elevaba, siempre exigía atención. Era evidente que la catástrofe había hecho que Willis relajara su autocontrol habitual y hablase desde el corazón, pero ¿quién podía saber cuántas cosas más habían sobrevivido?

Tres días más tarde, Richard se presentó en el *Grace* a primera hora de la mañana para decirle a Nenna que la llamaban por teléfono. El único teléfono que había en el muelle era el del *Lord Jim*. Si a Richard le pareció inadecuado que la llamaran ahí, al menos no lo dijo, aunque que la llamaran por teléfono o, como decía él, que «la requirieran al teléfono», parecía constituir un reproche en sí mismo. Y lo que todavía era más incómodo: como Laura no estaba a bordo, se veía obligado a cerrar con llave antes de

irse a la oficina, y tuvo que esperar en cubierta, con su maletín y su paraguas, esforzándose por no escuchar, mientras Nenna bajaba a hablar a la cantina.

Nenna estaba segura de que solo podía ser Edward. Aunque era muy improbable, debía de haber conseguido el número de la compañía de alquiler y venta de barcos de Battersea Reach.

—¡Hola, Nenna! ¡Soy Louise! ¡Louise!

—¿Louise?

—¿No recibiste mi última carta?

—Creo que no. A veces se pierden.

—¿Cómo puede ser?

—La gente las recoge en la oficina con intención de repartirlas, y después se les pierden o se les caen al agua.

—Eso que dices es completamente absurdo, Nenna, querida.

—De todos modos, ¿qué importa? ¿Dónde estás, Louise? ¿Puedo ir a verte?

—En este momento no, Nenna.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde Fráncfort del Meno. Hemos venido en viaje de negocios. Qué pena que no hayas leído mis cartas. ¿Ha llegado Heinrich?

—Pero Louise, por Dios, ¿quién es Heinrich?

—Nenna, conozco todos tus tonos de voz tan bien como los míos, y me doy cuenta de que estás fatal. Joel y yo tenemos una propuesta al respecto, y te la vamos a hacer en cuanto lleguemos a Londres.

—Estoy bastante bien, Louise. ¿Vais a venir, entonces?

—A ti y a Edward. ¿Cuál es la situación de vuestro matrimonio, exactamente? ¿Sigues estando con Edward?

Nenna era una niña de nuevo. Sentía cómo sus responsabilidades iban desapareciendo una por una. Incluso su matrimonio se estaba desvaneciendo.

—Ay, Louise. ¿Todavía tomas sándwiches de langosta en Harris's?

—A ver, lo de tu barco. ¿De quién es este número al que te he llamado, por cierto? ¿Es el del club náutico?

—No exactamente. Es el de un amigo.

—Bueno, lo de que vivas con las niñas en el barco ese... Entiendo muy bien que haya gente que se pase el año entero viviendo en casas flotantes en el Sena, pero en el Támesis... ¿Ahí no hay unos cambios de marea muy bruscos?

—Pues sí, sí.

—Y el barco ese que tienes..., ¿está tripulado o es un barco de alquiler?

—Ninguna de las dos cosas. Lo compré.

—¿Y por dónde navegas?

—Nunca navego, lo tengo en el embarcadero.

—Leímos en el *Times* de Londres que el otro día se hundió un barco en el Támesis. Era una noticia de las cortas, pero Joel siempre se lo lee entero. Dice que hace tanto que no os ve, a ti y a las niñas, que no os reconocería. En cualquier caso, como ya te he dicho, queremos proponeros algo. Entretanto, quiero que saludes de nuestra parte al joven Heinrich.

—Louise, no cuelgues, por muy caro que sea. No conozco al joven Heinrich.

—Bueno, nosotros tampoco, claro. ¿No recibiste mi carta?

—Me temo que no, Louise.

—Es el hijo de un muy buen amigo nuestro, un compañero de negocios que lo mandó a estudiar a Sales Abbey, con los benedictinos, y ahora está a punto de volver a casa. Por algún motivo, tiene permiso para marcharse a casa antes de que termine el trimestre.

—¿Y vive en Fráncfort del Rin?

—Del Meno. No, no, es austríaco, vive en Viena. Pero necesita pasar una noche en Londres, porque tiene que coger un vuelo a Viena al día siguiente.

—¿Quieres decir que piensa venir a dormir al *Grace*?

—¿Quién es Grace, Nenna?

—¿Cómo se llama ese chico? —preguntó Nenna.

—Sus padres son condes y se dedican a los negocios, como ya te he dicho. Eso ya no significa nada hoy en día, por supuesto, pero tienen una muy buena posición. Tendría que haberse instalado contigo el viernes pasado.

—Pues no vino. Habrá habido un malentendido... Ay, Lou, no sabes el bien que me hace oír tu voz...

—Nenna, te estás poniendo demasiado emotiva. ¿No te parece que ya va siendo hora de que alguien te ayude a ordenar un poco tu vida?

—¡Por favor, no empieces con eso!

—Siento mucho interrumpirte —dijo Richard, asomándose por la escotilla—, pero no puedo pedirles a mis empleados que sean puntuales si yo llego tarde.

Le habló con una cortesía que rozaba la timidez, y Nenna, dejándose llevar, empezó a imaginarse cómo sería ser empleada de Richard, y que Louise la dirigiera en todo lo demás, y subir y bajar y fluir como la marea, sin voluntad, al calor del amor y de la buena educación.

—Adiós, Louise. En cuanto llegues a Inglaterra... Perdona, Richard. Era mi hermana. No sé cómo habrá conseguido tu número. No la veo desde hace cinco años.

—Me ha parecido que no está acostumbrada a que le lleven la contraria.

—No.

—Habla con mucha firmeza.

—Es cierto.

—¿Estás segura de que es tu hermana?

«Desde su punto de vista, soy una mujer a la deriva», pensó Nenna, sonriendo y dándole las gracias. Richard se toqueteó los bolsillos para comprobar que llevaba cerillas, un gesto que a Nenna le encantaba, y se marchó por el embarcadero en busca de un taxi.

«No caeré sin luchar», pensó Nenna. «Me casé con Edward porque quería vivir con él, y todavía quiero.» Mientras planchaba la áspera ropa interior de Willis —que, por mucho que aireara día tras día, nunca terminaba de secarse—, las acusaciones en su contra se sucedían sin pausa; ya no estaban dentro de su cabeza, sino que, en algún momento, habían sido separadas de ella. Resultaban aún más tediosas porque se reducían, por razones prácticas, a una única pregunta: «¿Por qué, después de todo lo que se ha aducido ante este tribunal, no ha hecho usted ni un solo intento de visitar el 42b de Milvain Street?». Nenna deseaba contestar que no era por los motivos

previsibles: ni por orgullo, ni por resentimiento, ni siquiera por las particularidades adquiridas de quienes vivían en el río, que les impedían sentirse cómodos en las calles de Londres. «No, es porque esa es mi última oportunidad. Mientras la conserve, puedo pensar en ella y contar con ella y apoyarme en ella. Si la pierdo, ya no me quedará nada por intentar.»

Le dijo a Martha que esa tarde iba a salir y que probablemente no volvería hasta el día siguiente.

—Bueno ¿y, dónde nos quedamos?

—En el *Rochester*. Voy a pedirles el favor.

En menos de una semana, el impecable *Rochester* se había convertido en una especie de albergue. Anteriormente, Nenna nunca habría ni soñado con pedirles que cuidaran a las niñas. Willis, al volver del hospital, se había instalado allí, aunque no daba ningún problema, ya que se quedaba tranquilamente en su camarote y ni siquiera trataba de contemplar el tráfico cotidiano del río. No había subido a cubierta cuando llegó el remolcador de las autoridades portuarias para llevarse al pobre *Acorazado*, que seguía sumergido pero salía a la superficie de vez en cuando, como si no quisiera admitir su derrota.

—Es solo un remolcador para botar barcos de menos de cuarenta toneladas —dijo Tilda—. Ha bastado con muy poco para mover el *Acorazado*.

Los encargados de llevar a cabo el rescate recuperaron lo que pudieron, incluyendo la cacerola de hierro, pero el material de pintura de Willis se había estropeado irremediablemente. Nadie decía nada sobre su próximo paso, salvo que no podía esperar que su hermana lo acogiera en aquel momento y que él no tenía ninguna gana de irse a vivir a Purley. Por lo tanto, la vida cotidiana de los Woodie, que hasta entonces había dependido por completo de su conocimiento de lo que iban a hacer cada día de los seis meses siguientes, sufrió un gran deterioro. Tuvieron que desembalar muchas de las cosas que ya habían puesto en un lugar seguro. Sin embargo, seguían diciendo que Willis no daba ningún problema.

Cuando Nenna les dijo que tenía que hacer una cosa urgente en la otra punta de Londres y que quería preguntarles si Martha y Tilda podían quedarse a dormir con ellos, el *Rochester* accedió sin rechistar, y para allá se

fueron las dos, llevándose consigo sus camisonas, los discos de Cliff, la foto de Cliff y dos paquetes de cereales para el desayuno, pues no les gustaban los mismos. Tilda, que se había enfadado mucho por perderse el naufragio, fue directa al camarote de Willis para preguntarle si se lo podía dibujar. Martha se enfrentó a su madre.

—Vas a ver a papá, ¿verdad?

—Puede que lo traiga de vuelta a casa, sí. ¿Te gustaría?

—No lo sé.

Lo que le saldría más barato sería comprar un billete de los que sirven para todo el día, le aconsejó a Nenna el conductor del autobús, si de verdad quería ir de Chelsea a Stoke Newington.

—O cambiarse de casa.

Aunque durante el viaje, con todos los cambios de autobús, consiguió librarse de las voces acusadoras, Nenna tuvo tiempo para pensar en unas cuantas cosas, y deseó especialmente haberse puesto otra ropa y haberse cortado el pelo. No sabía si quería tener un aspecto diferente o el mismo. Tal vez debería haberse puesto su mejor abrigo, porque con él parecería que no se había descuidado tanto, pero por otra parte, su vieja y espantosa chaqueta de leñador daría a entender que estaba demasiado agobiada como para preocuparse por su aspecto, cosa que era bastante cierta. Sin embargo, entre tantas dudas no se le había ocurrido la posibilidad de que, si lograba llegar al número 42b de Milvain Street y tocaba el timbre, Edward no le abriera la puerta.

Quizá el problema fuera la «b». La «b» sugería que se trataba de un piso alto, y en el número 42 solo había un timbre. Aquellas casas de ladrillo gris amarillento daban directamente a la calle, a la que Nenna había llegado tras doblar una esquina, y después otra. En los umbrales de algunas viviendas, la leche esperaba a que la metieran en casa. Nenna echaba de menos el balanceo del barco.

Edward podía estar en casa o fuera. Había una luz encendida en el vestíbulo y, aparentemente, otra en el segundo piso, aunque quizá se tratara de la luz del descansillo. Nenna contuvo el impulso de meterse corriendo en

el *fish and chips* de la esquina, la única tienda de toda la calle, y preguntar si alguna vez habían visto salir a alguien del 42b, con aspecto de sentirse solo, o, mejor, simplemente si alguna vez habían visto salir a alguien de allí.

La persona que dobló la esquina y bajó caminando pesadamente por la calle no podía ser Edward de ninguna manera, pero al verla descartó, con alivio, la idea de que en esa calle no vivía nadie. Cuando aquel hombre de pesados pasos aminoró la marcha y se dirigió al número 42, ella no pudo creer la suerte que tenía. Él había salido y ahora iba a entrar, aunque su manera de caminar daba a entender que no le había ido muy bien en su paseo, y que en casa no lo esperaba nada del otro mundo.

Cuando el hombre se detuvo y sacó dos llaves anudadas entre sí, ninguna de las cuales era de un coche, Nenna se dirigió a él con audacia.

—Disculpe, me gustaría que me dejara entrar.

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

El «puedo preguntarle» la desconcertó.

—Soy el *Grace*. Quiero decir, soy Nenna.

—No parece estar muy segura.

—Soy Nenna James.

—¿La señora de Edward James?

—Sí. ¿Edward James vive aquí?

—Bueno, en cierto modo. —Se empezó a pasar las llaves de una mano a otra—. No tiene el aspecto que me había imaginado.

Nenna sintió que la estaban regañando.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos.

—Habría dicho que tenía veintisiete o veintiocho como máximo.

El hombre se quedó reflexionando. Ella intentó no impacientarse.

—¿Entonces Edward le ha dicho algo de mi aspecto?

—No.

—¿Y qué es lo que le ha dicho?

—En realidad, no hablo con él casi nunca.

Nenna lo miró con más atención, tratando de considerarlo un aliado. Llevaba los puños del impermeable perfectamente doblados. Alguien debía

de arreglarle la ropa como ella se la arreglaba a Willis. Al pensar aquello, sintió una punzada de dolor que no pudo relacionar con el resto de sus sentimientos. Levantó la vista y observó el ancho rostro del hombre.

—No podemos quedarnos toda la noche aquí en la acera —dijo él. Seguía con las dos llaves en la mano.

—Y entonces ¿por qué no me deja entrar?

—No estoy seguro de que eso sea lo correcto.

—¿Por qué no?

—Bueno, quizá usted sea una molestia para Edward.

No debía irritarlo.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no me ha gustado mucho la manera en que usted estaba tocando el timbre. En cualquier caso, ha salido.

—¿Cómo lo sabe? Usted está volviendo ahora. ¿Vive aquí?

—Bueno, en cierto modo.

Él la examinó con más atención.

—Tiene un pelo muy bonito.

Había empezado a llover. No parecía haber ninguna razón por la que no se pudiesen quedar allí de pie para siempre.

—De hecho —dijo él—, me acuerdo de usted. Me llamo Hodge. Gordon Hodge.

Nenna negó con la cabeza.

—Lo siento, yo no lo recuerdo.

—La he visto varias veces con Edward.

—¿Y entonces era yo una molestia para él?

—Esta casa no es mía, ¿sabe? Es de mi madre. Mi madre está alojando a su marido, lo que es bastante incómodo para ella, a cambio de un pequeño alquiler.

—¿Mi marido es su inquilino?

—Ella solo aceptó porque yo lo conozco del colegio.

Nenna sintió que se abría un gran abismo de respetabilidad ante ella. ¿Cómo era posible que Edward viviera en la casa de la madre de alguien y, sobre todo, de la madre de Gordon Hodge?

—¿Por qué no habla con él casi nunca?

—Vivimos aquí tranquilamente con mi madre y nada más; somos dos tipos tranquilos intentando salir adelante.

Cayó sobre ella una fría ola de desánimo. El de-sacuerdo sobre dónde debían vivir había llegado a parecer el único obstáculo, pero tal vez Edward estuviera mucho mejor sin ella. Tal vez él lo supiera. Seguro que la había oído llamar al timbre.

—Bueno —dijo Gordon—, supongo que es mejor que pase.

Metió la llave en la cerradura y empujó hacia delante con ambas manos, una sobre la puerta de entrada y la otra sobre la espalda de Nenna, de modo que finalmente ella se vio impulsada hacia el interior del número 42. La madre de Gordon tenía un paragüero y unas campanas chinas en el vestíbulo.

—Vamos, suba.

Pasaron por dos descansillos. Gordon la seguía con su majestuosa forma de andar, pero más rápido de lo que se hubiera podido esperar, ya que, aunque había perdido tiempo colgando su impermeable en el vestíbulo, llegó a la puerta antes que ella y la abrió sin anunciarse de ninguna manera. Allí estaba Edward, de pie, dándoles la espalda al principio, más delgado y pequeño de lo que ella recordaba, pero lo cierto era que Nenna siempre cometía ese error cuando pasaba un tiempo sin verlo. Él se dio la vuelta, protestando, y sí, era Edward.

¿Quién iba a ser, si no? Nenna sintió un alivio tan intenso que la hizo olvidar todos los comentarios razonables que había estado ensayando en las paradas de autobús y en los autobuses de camino a Stoke Newington.

—Cariño, cariño.

Edward la miró con unos ojos grises como los de Tilda, pero que no parecían esperar demasiado de la vida.

—Cariño, ¿no estás sorprendido?

—No mucho. Te he oído tocar el timbre.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Nenna, ¿has venido hasta aquí, después de tanto tiempo, para intentar convencerme de que me vaya a vivir a ese barco?

Nenna se había olvidado de Gordon, o más bien había dado por hecho que se habría ido, pero no era así. Para su sorpresa, seguía ahí, detrás de ella.

—Edward, Nenna. Parece que hay ciertas diferencias de opinión entre vosotros. Sí, admitámoslo, tenéis un conflicto. Y para esta clase de cosas suele ser útil contar con el punto de vista de un tercero. Así es cómo ganan dinero los consejeros matrimoniales, ¿sabéis?

Debía de ser una broma, pues se echó a reír. O tal vez cualquier referencia al matrimonio le pareciera una broma a Gordon, que pasó junto a Nenna y se instaló entre ambos en una pequeña silla —una silla de lactancia, en realidad— que había sobrevivido de alguna casa familiar mucho más grande, y que era sumamente baja para él, por lo que, para cruzar las piernas, tuvo que intentarlo de varias maneras. Cuando Gordon se sentó, la silla crujió como cruje un barco. ¿De verdad habría ido al mismo colegio que Edward? Ahora tenía las piernas extendidas, y Nenna leyó la palabra «Excella» en las suelas de sus zapatos nuevos.

—¡Váyase!

Gordon se quedó ahí sentado, quieto, durante unos segundos. Después descruzó las piernas y salió de la habitación, de una habitación que era parte de su propia casa o, mejor dicho, de la casa de su madre. Como se trataba de su casa, sabía cerrar la puerta, aunque esta no encajara muy bien, sin que hiciera un ruido irritante.

—Siempre has sabido cómo librarte de mis amigos —murmuró Edward.

Nenna no era más capaz de negar eso que cualquier otra mujer.

—¡Es odioso!

—Gordon es un buen tipo.

—No podemos hablar con él presente.

—Su madre ha sido muy buena conmigo.

—¡Eso es ridículo! Es ridículo que te coloques en una posición que te obligue a decir que la madre de alguien ha sido muy buena contigo, ¿no te parece?

—Sí.

—Y de todas maneras, ¿dónde has conocido a los Hodge? No recuerdo que nunca me hablaras de ellos.

—A algún sitio tenía que ir —dijo Edward.

Tenían mucho tiempo, pero ella sentía que se les estaba acabando.

—Eddie, te voy a decir lo que he venido a decirte. ¿Por qué no vienes a pasar una semana con nosotras, o al menos una noche?

—¡Al barco ese! No me corresponde a mí ir con vosotras, sino a ti librarte de ese barco. No voy a discutir contigo por dinero. Si no quieres venderlo, ¿por qué no lo alquilas?

—No sé si sería posible ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Tiene un poco de humedad. Sería más fácil en primavera.

—Creo que vi en el periódico que uno de esos barcos se había hundido. ¡Ni siquiera sé si son lo bastante seguros como para que vivan las niñas!

—Algunos son muy bonitos. El *Lord Jim*, por ejemplo, por dentro es mejor que una casa.

—¿Quién vive en el *Lord Jim*? —preguntó Edward con la perspicacia propia de los celos, el arte del verdadero enamorado que Nenna estaba demasiado consternada como para reconocer.

—No lo sé. No me importa. Bueno, ahí viven los Blake. Richard y Laura Blake.

—Tienen dinero.

—Yo diría que sí.

—Y viven en un barco porque les parece estiloso.

—A Laura no le gusta.

—¿Y cómo es ese Richard Blake?

—No lo sé. Creo que estuvo en la Armada, durante la guerra, o que fue reservista voluntario de la Marina Real.

—¿No sabes cuál es la diferencia entre una cosa y la otra?

—No muy bien, Eddie.

—Seguro que él sí.

Las cosas no podían ir peor. En la habitación que había justo debajo de ellos, alguien empezó a tocar el piano —un nocturno de Chopin— con mucha afectación, pero el piano no era en absoluto adecuado para Chopin, y el sonido llegaba al piso de arriba como un hormigueo infernal de cuerdas

quejumbrosas.

—Eddie, ¿esta es la única habitación que tienes?

—No sé qué tiene de malo.

Entonces, Nenna se fijó en que, en un rincón, había una especie de armario que probablemente contuviera una palangana para lavarse y, justo al lado, una cama individual cubierta con una manta a cuadros. Seguro que sería mejor hacer el amor a bordo del *Grace* que sobre aquella tela escocesa.

—No pensarás que vamos a instalarnos aquí, ¿no?

Debía de ser Gordon el que tocaba en el piso de abajo. De vez en cuando hacía una pausa y después se ponía a aporrear lastimosamente las teclas, repitiendo los pasajes que no le salían bien a la primera. De pronto, puso un disco de Chopin y empezó a tocar al mismo tiempo, yendo siempre dos o tres notas por detrás.

—Eddie, ¿qué es lo que quieres? ¿Por qué vives aquí? ¿Por qué?

—Aquí tengo mi trabajo —contestó él con desgana.

—Ni siquiera sé a qué te dedicas. ¡Strang Graphics! ¿Eso qué es?

Los dos estaban de pie, cara a cara. Medían más o menos lo mismo.

—Strang es una agencia de publicidad. Es pequeña, por eso está aquí. Aquí los alquileres son más baratos. Esperan expandirse, con el tiempo, y mudarse a otro sitio. No voy a fingir que mi trabajo es estupendo. Soy un mero oficinista.

Las referencias de Edward que la constructora había dado cuando se marchó de Panamá no habían sido demasiado buenas. Nenna lo sabía, pero estaba segura de que no podía haber sido culpa de Edward, y en aquel momento tampoco le importaba.

—¡No tienes por qué quedarte ahí! ¡Hay un montón de trabajos! ¡Cualquiera puede encontrar trabajo en cualquier parte!

—Yo no.

Edward giró la cabeza. Cuando la luz iluminó su cara desde cierto ángulo, Nenna se dio cuenta, con horror, de que tenía razón, de que nunca llegaría a nada. Pero no se horrorizó por ella o por las niñas, sino por Edward, que podría percatarse en cualquier momento de que lo que acababa de decir era cierto. Nenna olvidó lo que pensaba decirle, se acercó y le tomó las orejas

con ternura.

—Calla, Eddie.

—Nenna, me alegro de que hayas venido.

—¿De verdad?

—Qué raro, no tenía intención de decirlo.

Ella se aferró a él con fuerza; lo amaba y no lo abandonaría jamás. Estaban acostados en el suelo, y a ella se le achicharró un lado de la cara con la espantosa estufa de gas de la madre de Gordon, frente a la cual había un cuenco de agua tibia. Él le acarició el rostro. Tenía una mejilla muy roja y la otra muy pálida.

—Estás fea como un demonio.

—Qué maravilla.

Llamaron a la puerta. Apenas fue audible por encima del sonido del piano.

—Disculpe, señora James, soy la madre de Gordon. Quería saludarla, ya que no he tenido el placer de conocerla hasta ahora.

Nenna se puso de pie intentando bajarse el jersey.

—Espero que no le parezca que la estufa está demasiado fuerte —dijo la señora Hodge—. Es muy fácil bajarla. Solo tiene que girar la llave que hay ahí a la derecha.

Al no recibir respuesta, añadió:

—Y espero que la música no le moleste. Gordon tiene un talento natural para el piano.

—Yo no estaría tan segura —dijo Nenna.

La madre puso cara de disgusto y después la corrigió, adoptando la expresión de quien sabe que tiene razón. Se retiró. Nenna estaba avergonzada, pero no podía arreglarlo de ningún modo, no ahora. Por la mañana le pediría sinceramente que la perdonara, elogiaría, no tan sinceramente, las aptitudes pianísticas de Gordon, y le ofrecería contribuir con algo de dinero para que vinieran a arreglar el piano.

Después miró a Edward y se dio cuenta de que estaba furioso.

—Solo has venido para ofender a esta gente.

—No. Ni siquiera sabía que existían. ¡Perdóname!

—No es cuestión de perdonar, es cuestión de educación.

Estaban discutiendo, pero al principio no se les dio mucho mejor que Chopin a Gordon.

—Quiero estar contigo, Eddie, esa es la única razón por la que he venido. Quiero estar contigo cada momento del día y de la noche, y cada vez que intento plegar un mapa.

—Estás desvariando, Nenna.

—Por favor, da.

—¿Qué quieres que dé? Siempre dices eso. No sé qué quieres decir con eso.

—Dame algo.

Ella tampoco sabía por qué lo necesitaba tanto. No se trataba de regalos, no se trataba de algo para ellos, simplemente era la sensación de recibir algo. Echaba de menos aquella sensación.

Y ahora la discusión seguía avanzando por inercia, y una vez más parecía estar celebrándose un juicio en el que ambos representaban a la acusación, pero también figuraban como investigadores privados de la peor ralea, como mezquinos mercenarios que buscaban debajo de las piedras para ver dónde se escondía la basura. Las raquetas de *squash*, las declaraciones del Papa, por cuya culpa habían pasado aquella primera noche juntos —en realidad, había sido una tarde, pero no había estado demasiado bien, en cualquier caso—, de nuevo las raquetas de *squash*, el dinero invertido en el *Grace*. Y el matrimonio que iban describiendo era muy distinto del que habían vivido ellos, de hecho apenas guardaba ninguna semejanza con él, y no había nadie que pudiera explicarles por qué.

—Tú no me quieres —repitió Edward—. Si me quisieras, habrías estado conmigo todo este tiempo. A ti lo único que te importa es recibir la aprobación de los demás, como una niña pequeña en medio de una fiesta.

«Debe de haber olvidado cómo es Tilda», pensó Nenna, y se sintió aterrada. Pero Edward continuó diciéndole que en realidad a ella no le importaban las niñas, que solo disfrutaba pensando que le importaban, que eso la hacía sentirse bien.

Hasta entonces, ninguno de los dos había levantado la voz, o lo habían hecho lo justo para que se los oyera por encima del estrépito de Gordon. Pero cuando Nenna hizo una última apelación y le dijo, a pesar de sentir que

no era del todo cierto, que Martha le había pedido que llevara a su padre de vuelta a casa, y después, de un modo bastante insensato, se refirió de nuevo a la señora Hodge y a la casa y a la cama individual e incluso a las campanas chinas, y le preguntó por qué no entraba en razón y si no pensaba que sería más feliz viviendo con una mujer, fuera en un barco o no, él se volvió hacia ella, volcó el cuenco de agua que había delante de la estufa y gritó:

—¡Tú no eres una mujer!

Nenna estaba en la calle. Al salir de la habitación, llorando por primera vez en toda la tarde, había chocado contra la madre de Gordon, que pensaba que podía estar donde le diera la gana puesto que estaba en su casa, y aunque Edward la hubiera llamado, no habría podido oírlo. Ahora se alejaba de Milvain Street, andando lo más rápido que podía. El *fish and chips* seguía iluminado y abierto. Había albergado la esperanza de pasar la noche con Edward y despertarse a su lado, en el lado izquierdo de la cama, cosa que se había convertido en una costumbre, y era un error, sin duda, permitir que el matrimonio se convirtiera en un conjunto de costumbres, pero eso no demostraba que ella no fuera una mujer.

Recorrió unas cuantas calles, girando siempre a la derecha, avanzó entre autobuses y pasó cerca de un puente por el que circulaba el tren. Llegó a la estación de Seven Sisters, pero ya era tarde y estaba cerrada. Nenna no llevaba nada en las manos. Se dio cuenta entonces de que se había dejado el bolso en la habitación de Edward. Por lo tanto, no tenía dinero, y tampoco el billete válido para todo el día que, naturalmente, también estaba en el bolso.

Tendría que volver andando. Se puso en marcha. Bajó dos kilómetros y medio por Green Lanes, uno por Nassington Green Road, otros dos y medio —en dirección equivocada— por Balls Pond Road y tres por Kingsland Road. Al final, se perdió. Como suele suceder en esos casos, su cuerpo continuaba caminando obstinadamente, notando que un pie le dolía mucho más que el otro, pero sin querer admitirlo hasta que alcanzara alguna meta, mientras su mente, que rechazaba tanto los aspectos temporales como los espaciales de la situación, comenzaba a desencajarse y a funcionar de un modo infantil. Se

le ocurrió que no estaba bien rezar por algo solo porque uno sintiera que lo necesitaba. La oración debía trascender las necesidades personales, así que Nenna repitió varias veces un avemaría por toda la gente del mundo que se encontrara perdida y sin billete de autobús en Kingsland Road. También le habían enseñado que, cuando se encontrara en apuros, debía pensar en lo que haría alguien que le pareciera modélico e imitarlo. Nenna pensó en Tilda, que seguramente se habría subido en un autobús nocturno y habría viajado sin pagar el billete, o incluso le habría pedido dinero prestado al conductor. Richard nunca se habría olvidado nada y, de haberlo hecho, habría vuelto para recuperarlo. Louise nunca habría fracasado en su matrimonio, para empezar, y ella pensó que su matrimonio debía de ser un fracaso, ya que Edward le había dicho que no era una mujer.

Nenna no tenía más capacidad para orientarse y calcular distancias que un animal, pero le pareció que lo que debía hacer era intentar llegar a la City; después, una vez en Blackfriars, ya sabía dónde se encontraba el río y, aunque estuviera en Lambeth Reach o en King's Reach y aún tuviese que bajar un largo trecho por la orilla hasta llegar a los barcos, al menos, una vez alcanzado el río, ya habría dado con el camino a casa. Durante una época, antes de que naciera Tilda, había trabajado en una oficina situada en Blackfriars.

Para eso tenía que dirigirse hacia el sur, lo cual implicaba pedir indicaciones. Comenzó a buscar, sin demasiada esperanza, a alguien con aspecto amistoso, que no tuviera mucha prisa y que anduviera en sentido contrario al suyo, aunque en realidad habría sido más sensato preguntarle a alguien que anduviera en su misma dirección. En el aire empezaban a flotar puñados de aguanieve. Una tienda de radios, una tienda de bicicletas, un centro de planificación familiar, una funeraria, bicicletas, repuestos para radios, televisores en alquiler, un herbolario, planificación familiar, una floristería. El escaparate de la floristería todavía estaba iluminado y se hallaba completamente ocupado por un homenaje funerario: una portería de fútbol hecha con crisantemos blancos. Acababa de presentarse el balón de fútbol rojo, y había uno dentro de la portería, formado con crisantemos rojos. Nenna se quedó mirando el escaparate mientras notaba cómo el

granizo derretido se le colaba por el cuello del abrigo y comenzaba a deslizarse por su cuerpo. Le dio la impresión de que tenía un zapato más mojado que el otro y de que se le había soltado la hebilla, así que, apoyándose en el alféizar del escaparate, se lo quitó para echarle un vistazo. El pie izquierdo se le quedó helado, por lo que lo pasó por detrás del tobillo derecho. Alguien se acercaba, y Nenna sintió que no podría soportarlo si el hombre, porque se trataba de un hombre, le decía: «¿Tiene problemas con el zapato?». Durante un momento de vértigo pensó que tal vez fuera Gordon Hodge, que quizá hubiera salido tras ella para asegurarse de que no regresaría jamás a su casa y de que dejaría de ser una molestia para Edward.

El hombre se detuvo muy cerca de ella, fingió que miraba el escaparate, avanzó con un curioso movimiento lateral, y dijo:

—¿Le gustan las flores?

—En este momento, no.

—¿Ya tiene plan para la noche?

Nenna no contestó. Se puso triste al pensar en la cantidad de veces que el hombre debía de haber hecho esa misma pregunta. Aquel hombre olía a soledad. Bueno, al final siempre se iban, aunque solían quedarse un rato, como hacía ese, silbando entre los dientes, como si fueran cómicos a punto de arriesgarse a soltar otro chiste.

Él le arrancó el zapato de la mano y lo arrojó violentamente lejos de ella, de modo que quedó en medio de Kingsland Road.

—¿Qué va a hacer ahora?

Nenna se deshizo del otro zapato y se alejó, unas veces andando y otras corriendo, lo más rápido que pudo, sin mirar atrás; Laburnum Street, Whiston Street, Hows Street, Pearson Street, un grupo al final de Cremers Street que se echó a reír, probablemente burlándose de ella. Le pareció que le sangraba un pie. «Seguro que piensan que he bebido.»

Donde Hackney Road desembocaba en Kingsland Road, un taxi se detuvo a su lado.

—Ha salido hasta tarde.

—No sé qué hora es.

—Un poco tarde para andar chapoteando bajo la lluvia. ¿Dónde va?

—Al río.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—A veces la gente se tira al río.

Nenna le dijo, sin demasiadas esperanzas de que la creyera, que vivía en Battersea Reach. El conductor estiró el brazo hacia atrás para abrir la puerta.

—Le vendría bien que la llevara, ¿verdad?

—No tengo dinero.

—¿Quién ha hablado de dinero?

En el cálido interior del taxi apestaba a tabaco y a amores antiguos, y Nenna se quedó dormida en cuanto entró. El taxista se dirigió primero a Old Street, donde había un taller para profesionales que abría durante toda la noche, y compró un bidón de gasolina con el que llenó el depósito. Después giró y atravesó la City, hermética y silenciosa, y se dirigió a la calle Strand, donde se notaba por primera vez la humedad del aire, el viento del amanecer que sopla por las callejuelas laterales desde el río.

—Podemos pasar por Covent Garden y tomar un sándwich en Arthur's, si quiere —le dijo el taxista—. No nos vamos a arruinar por eso.

Entonces se dio cuenta de que su pasajera estaba dormida. Paró y se tomó una taza de té, y les explicó a los maleteros de Covent Garden, que le preguntaron a quién llevaba en el asiento trasero, que se trataba de la Bella Durmiente.

El taxi se detuvo al final del puente de Battersea, frente a los barcos. La expresión del conductor era lo único que delataba lo que él opinaba de vivir en un lugar como aquel. Pero a lo mejor había gente a la que le gustaba. Con mucho cuidado, como quien está acostumbrado a tales desenlaces, despertó a Nenna.

—Ya estás en casa, cielo.

Después dio un giro de ciento ochenta grados y se marchó por el muelle desierto conduciendo a una velocidad mayor que la permitida. Iba tan rápido que Nenna no pudo distinguir el número de su matrícula, solo la luz roja trasera disminuyendo de tamaño; nunca podría agradecerle que la hubiera llevado. Aunque debían de ser las tres o las cuatro de la mañana,

todavía había luces encendidas en el *Lord Jim*. Richard estaba de pie en la cubierta de popa, con una trenca de marinero fabricada expresamente para climas gélidos.

—¿Qué haces aquí, Nenna? ¿Y tus zapatos?

—¿Y tú, Richard? ¿Qué haces ahí, con ese gabán?

Ninguno de los dos estaba hablando con sensatez.

—Mi mujer me ha dejado.

«Debe de ser cierto —pensó Nenna—. De lo contrario, no llamaría “mi mujer” a Laura.»

—Seguro que solo se ha ido a pasar una temporada con su familia. Tú mismo me contaste que ese era su plan.

Aunque era muy improbable que molestaran a nadie, hablaban casi en susurros, y el último comentario de Nenna, que apenas merecía respuesta, se perdió en el aire, ahogándose en el oleaje de la marea alta.

—No he querido decirte nada al respecto, pero aquella noche que estuviste tomando una copa con nosotros, debiste de darte cuenta de que mi mujer no se comportaba como de costumbre.

—A mí me pareció que sí —dijo Nenna.

—¿No te cae bien? —preguntó Richard, sorprendido.

—No lo sé. Tendría que verla en otro contexto.

—Probablemente pensarás que soy un cerdo testarudo por obligarla a vivir aquí, en el *Lord Jim*. La verdad es que no me creía que no le gustara. Me temo que mi mente no funciona muy rápido, o no tan rápido como la de otras personas. Quería apartarla de su familia, porque, la verdad, su familia perturbaría a cualquiera, no me importa decírtelo.

—¿Tocan el piano? —preguntó Nenna.

Ya no sentía los pies, pero al echarles una mirada —con disimulo, pues temía que Richard se sintiera obligado a hacer algo al respecto—, vio que le sangraban los dos. Un débil eco de la asociación entre el estado de sus pies y cierta imagen religiosa la incomodó. En el pasillo del convento, el Sagrado Corazón la miraba con reproche. ¿Y si había manchado el suelo del taxi?

—Desde luego, yo nunca le habría propuesto que viviéramos en un sitio que no cumpliera con unos mínimos. Contraté a gente muy buena para que

revisara la calefacción y la luz, y toda la reforma se hizo con absoluta profesionalidad. Pero supongo que esa no era la cuestión. La cuestión, en realidad, era si estar sola conmigo en un barco le parecía bien o no.

—Volverá, Richard.

—Eso no cambiará el hecho de que se haya marchado.

Evidentemente, Richard opinaba que los recuerdos debían mantenerse vivos. De lo contrario, ¿cómo se los podría evaluar correctamente?

—¡Nenna, tienes los pies llenos de heridas!

Abrumado por no haberse dado cuenta antes, por su falta de cortesía, de atención y de amabilidad —en definitiva, de todo lo que le habían enseñado desde que era niño—, Richard bajó a toda prisa al embarcadero para ayudarla a subir a bordo del *Lord Jim*.

—Estoy bien, Richard, de verdad. Son solo unos rasguños. —Esa era la palabra que usaban las niñas—. Préstame un pañuelo y ya está.

Richard era uno de esos hombres que llevan dos pañuelos limpios encima a las tres y media de la madrugada. De la bodega, donde todo estaba siempre en su lugar, trajo un bote de clorofenol y un par de katiuskas. Las botas parecían demasiado grandes, pero a Nenna le gustó que él prefiriese no prestarle el calzado de Laura. O tal vez Laura se hubiera llevado todas sus cosas.

—Tienes los pies muy pequeños, Nenna.

A Richard le gustaba que las cosas tuvieran el tamaño que debían tener.

—Más pequeños de lo normal, diría yo.

La sentó con firmeza sobre una de las luces y, sin errores ni disculpas, le cogió los pies y le puso las botas limpias. Ambos pies, por turnos, notaron el calor de sus manos y se relajaron como un animal que confía en el veterinario.

—En cualquier caso, no sé qué haces vagando por ahí en la oscuridad. ¿Has ido a una fiesta, Nenna?

—¿De verdad piensas que voy a fiestas de las que la gente vuelve sin zapatos?

—Bueno, no lo sé. Llevas una vida un poco bohemia. A ver, mucho más bohemia que la mía. A ver, conozco a bastante gente que vive en Chelsea,

pero no me parece muy distinta de los demás.

—Esta noche he estado un poco más lejos que Chelsea —dijo Nenna.

—Por favor, no pienses que te estoy interrogando, ni que estoy tratando de meterme en tu vida privada.

—Richard, ¿cuántos años tienes?

—Nací el 2 de junio de 1922, con lo cual apenas tenía diecisiete cuando estalló la guerra.

Richard solo pensaba en su edad en relación con sus deberes.

Nenna permaneció sentada, moviendo los pies en el interior de las amplias katiuskas. El río estaba más esquivo que nunca a esa hora, en la que la oscuridad se despega de la oscuridad y en cualquier momento las sombras pueden presentarse como casas o como navíos fondeados. Soplaban un ligero viento del noroeste.

—Nenna, ¿te apetece ir a dar una vuelta en la lancha?

Demasiado cansada como para sorprenderse por nada, Nenna echó un vistazo a los pescantes y vio que la lancha ya estaba en el agua. Si no estuviera todo en orden, él no se lo habría preguntado, desde luego.

—Podemos pasar por debajo del puente de Wandsworth y llegar hasta el depósito de Fina Oil, y después apagar el motor y dejarnos llevar por la corriente río abajo.

—¿Ibas a ir de todos modos? —le preguntó Nenna, pensando que era una cuestión sumamente importante.

—No, esperaba que apareciera alguien para hacerme compañía.

—¿Quieres decir que se lo habías dejado al azar?

—Esperaba que aparecieras tú.

«Vaya», pensó Nenna.

Tuvieron que bajar por la escalera de cuerda; Richard fue primero. A ella le dolían mucho los pies, y pensó, aunque no quería parecer desagradecida, que estaría mejor sin las botas. En cualquier caso, logró subir a bordo sin hacer que la lancha del *Lord Jim* se balanceara ni un centímetro.

—Suelta amarras, Nenna.

Durante unos instantes, ella se vio de vuelta en el Bras d'Or, soltando la amarra y enrollándola con mucho cuidado, obteniendo así la aprobación de

su padre y de Louise.

Se acordó de que en aquella época solían considerarlo un éxito cuando el motor fueraborda arrancaba a la primera. El motor Johnson de la lancha de Richard, obediente, despertó en cuanto él apretó el botón, y Nenna se dio cuenta de que a él ni se le había pasado por la cabeza que cupiera otra posibilidad. Las embarcaciones pequeñas generan grandes emociones, y ella sintió que iría con Richard hasta el fin del mundo si su fueraborda siempre arrancaba de ese modo. De hecho, la realidad parecía haber aflojado el dominio que solía ejercer, del mismo modo en que el día titubeaba entre la noche y la mañana.

—Nenna, quería decirte que dudo que seas lo bastante fuerte como para ocuparte tú sola de todo el trabajo que tienes que hacer en el *Grace*. Y algunas de las cosas que haces me parecen ineficaces y, por lo tanto, un desperdicio de energía. Por ejemplo, el otro día te vi en la cubierta tratando de abrir las claraboyas desde fuera, pero seguro que los cierres para casos de tormenta están dentro.

—No tenemos cierres para casos de tormenta. Las claraboyas se cierran poniéndoles un par de ladrillos encima. Funciona perfectamente. —Ahora estaba furiosa—. ¿Acaso te dedicas a vigilarme desde el *Lord Jim*?

Richard sopesó la cuestión.

—Supongo que sí.

Estaba siendo injusta. Sabía que él era bueno, que velaba por el bienestar de todo el mundo, de todos los que vivían en Battersea Reach.

—No sería más feliz si todo funcionara a la perfección en el *Grace*, ¿sabes?

Él la miró sorprendido.

—¿Qué tiene que ver la felicidad con esto?

La lancha avanzó junto a la orilla izquierda y pasó cerca de la entrada del canal de Chelsea. Observaron el agua turbia por si detectaban cualquier trozo de madera que pudiera estropear el motor.

—¿Hablas mucho con Maurice? —preguntó Richard.

—A veces hablamos durante todo el día y la mitad de la noche.

—¿Y sobre qué demonios habláis tanto?

—Sobre sexo, sobre celos, sobre la amistad y la música. Y a veces sobre

barcos, sobre cuál es la mejor manera de cebar la bomba y cosas así.

—¿Qué clase de bomba tienes?

—No lo sé, pero es igual que la de Maurice.

—Yo te enseño a cebarla cuando quieras —dijo Richard. Pero no se quedó satisfecho—. Y cuando ya habéis hablado todo lo que queríais hablar sobre esos temas, ¿tenéis la sensación de llegar a alguna conclusión definitiva?

—No.

—Y entonces, al final, ¿no tenéis nada definitivo que decir?

—¿Sobre los celos y la música? ¿A qué conclusión podemos llegar?

—Supongo que Maurice tiene una gran musicalidad, ¿no?

—Tiene una voz bonita y es capaz de tocar cualquier cosa de oído. Lo he oído tocar *La Campanella* de Liszt con cucharillas de té, sin saltarse ni una sola nota. Eso no era música, pero nos lo pasamos muy bien... Y bueno, no sé, también hablamos de otras cosas, creo que sobre todo de los problemas que tenemos.

Se detuvo, consciente de que no era buena idea que Richard se enterara de las visitas de Harry. La crisis de conciencia —la sensación de no estar cumpliendo con su deber— sería demasiado dolorosa. Y sin embargo, a ella le hubiera gustado mucho no tener que ocultarle nada.

—Esto lleva a una cosa que muchas veces he querido preguntarte, la verdad —continuó Richard—. Me parece que te resulta muy fácil expresar tus sentimientos con palabras.

—Sí.

—Y a Maurice también.

—Sí.

—A mí no. Lo cierto es que me sorprende que la gente hable tanto. No consigo entender por qué, si sientes algo de verdad, hace falta hablar de ello. De hecho, diría que siempre se pierde algo cuando se pone un sentimiento en palabras.

Richard parecía nervioso, y Nenna se dio cuenta de que pensaba que lo que estaba diciendo era difícil de entender.

—Bueno —dijo—, Maurice y yo somos habladores por naturaleza. Hablamos de lo que nos interesa, tal vez por el mismo motivo por el que

Willis dibuja y pinta lo que le interesa a él.

—No es lo mismo en absoluto. Me gustan los dibujos de Willis. Le he comprado uno o dos y creo que su valor irá subiendo poco a poco.

Al otro lado del puente de Battersea, la luz, entre gris y plateada, proyectaba unas sombras que comenzaron a seguir a las gabarras en su lento desplazamiento por los embarcaderos.

Llegado cierto momento, siguiendo un plan evidentemente preconcebido, pues no consultó a Nenna y apenas echó un vistazo a la orilla, Richard viró, apagó el motor y lo subió a bordo. Cuando hubo fijado el timón para mantener la lancha quieta contra la corriente, volvió al tema. Aunque tardara toda la vida, quería entenderlo bien.

—Imaginemos que las cosas no te hubieran ido del todo bien. Me refiero a cosas personales. ¿Podrías encontrar las palabras para decir con precisión cuál es el problema?

—Me temo que sí. Sí, podría.

—Eso podría ser muy útil, desde luego.

—Como si fueran las instrucciones de un fabricante: «en caso de que algo no funcione, intente expresarlo con palabras».

Richard ignoró ese comentario porque le pareció que no venía al caso. Por lo general, no le gustaban las comparaciones, porque hacían que uno tuviera que pensar en más de una cosa al mismo tiempo. Calculó la deriva y, satisfecho al ver que los llevaría exactamente donde él deseaba, a estribor del *Lord Jim*, preguntó:

—¿Cómo te sientes en relación con tu marido?

El impacto que sufrió Nenna fue tan grande como si hubieran chocado contra algo. Si Richard no estaba habituado a expresarse con palabras, lo estaba menos aún a hacer preguntas personales. Para eso, que hundiera la lancha y acabara con todo. Pero él se quedó esperando, mirándola muy serio.

—¿No puedes explicarlo?

—Sí, sí que puedo. Puedo explicarlo muy fácilmente. Ya no lo quiero.

—¿De verdad?

—No.

—No estás siendo muy clara, Nenna.

—Quiero decir que ya no lo odio. Creo que es lo mismo.

—¿Desde cuándo te sientes así?

—Desde hace unas tres horas.

—Pero últimamente no lo has visto, ¿no?

—Sí.

—¿Lo has visto esta noche? ¿Qué ha pasado?

—Insulté a un amigo suyo y también a la madre de su amigo, y él me dijo lo que opinaba al respecto.

—¿Qué te dijo?

—Dijo que yo no era una mujer. Es absurdo, ¿verdad?

—Yo diría que sí. Es evidente que sí. —Lo intentó de nuevo—: En el sentido corriente del término, sí.

—Solo me interesa el sentido corriente del término.

—¿Y cómo describirías lo que sientes ahora por él? —preguntó Richard.

—Bueno, me siento como si estuviera en paro. No hay nada tan solitario como estar en paro, aunque estés en una cola con miles de personas. No sé en qué voy a pensar si no tengo que estar todo el tiempo preocupada por él. No sé qué voy a hacer con mi mente. —Una vaga melancolía se apoderó de ella—. Tampoco estoy segura de qué hacer con mi cuerpo.

Se estaba permitiendo caer en la autocompasión de un modo muy temerario. Richard la miró fijamente.

—Una vez le dije a Laura que no me gustaría estar a solas contigo durante mucho tiempo, ¿sabes?

—¿Por qué le dijiste eso?

—No lo sé. No me acuerdo de qué razón le di. Seguro que fue una extraordinariamente estúpida.

—Richard, ¿por qué tienes tan mala opinión de ti mismo?

—No creo que tenga una opinión tan mala. Intento juzgarme con ecuanimidad, como a los demás. Es difícil. Soy bastante torpe a la hora de dar esta clase de explicaciones. Pero he entendido muy bien lo que has dicho sobre sentirse como si uno estuviera en paro.

Llegaron junto al *Lord Jim*. La lancha lo rozó levemente con la defensa y

se detuvo a su lado.

—¿Dónde amarro?

—En la escalera, pero deja mucha cuerda. Si no, cuando baje la marea se va a quedar colgando.

Nenna ya lo sabía, pero se sintió completamente en paz.

Cuando Richard se puso en pie, Nenna pudo ver que dudaba, pero no sobre lo que quería hacer, sino sobre el procedimiento. Tenía que hacer lo correcto. El capitán es el último en abandonar el barco, pero un hombre es el primero en arriesgarse en una situación peliaguda. Nenna se dio cuenta, quizá justo mientras amarraba la lancha, de que habían llegado a un punto en que Richard se sentía más desorientado que ella. La sensación de control de ambos oscilaba, subía y bajaba como la marea, iba de uno a otro. Nenna se quitó las katiuskas —le bastó con sacudir un poco los pies— y comenzó a subir por la escalera.

—¿Está abierta la escotilla? —preguntó, pensando que él se relajaría si le hablaba de algo práctico. Por otra parte, la pregunta era un desperdicio de palabras. La escotilla del *Lord Jim* siempre estaba cerrada, pero Richard nunca se olvidaba la llave.

Ninguna de las hijas de Nenna mostró el menor interés por saber dónde había estado ni por qué no había vuelto hasta la mañana siguiente. Cuando regresó al *Grace*, Tilda estaba jugando al pie del mástil con una bandera negra y amarilla, una de las pocas que tenían.

—Tampoco tenemos demasiada cuerda —dijo—. Tendré que sujetarla de los estays.

—Tilda, cariño, ¿qué significa esa bandera?

—Es una ele y significa «tengo algo importante que comunicar». La estaba poniendo para ti, mamá, por si no estabas cuando volviéramos.

—¿Y dónde pensabais ir?

—Pensábamos llevarlo a dar una vuelta, a enseñarle un poco todo esto.

—¿A quién?

—A Heinrich.

Martha apareció por la escotilla, seguida de un chico mucho más alto que ella. Nenna se quedó impresionada por lo cambiada que estaba su hija mayor desde la última vez que la había visto. Se había quitado la coleta, y el pelo rubio se le rizaba graciosamente, como si tuviera vida propia, sobre su inimitable camiseta de Elvis.

—Mamá, este es Heinrich. Cumplió dieciséis hace tres semanas. Tú no sabes quién es.

—Sí que lo sé. Me lo contó la tía Louise, pero ha habido un malentendido: me dijo que iba a llegar el viernes pasado.

—Cambiaron la fecha, señora James —explicó Heinrich—. Llegué un poco tarde porque me dijeron que fuera al 626 de Cheyne Walk, pero no pude

encontrarlo, y al final la policía fluvial me indicó cómo venir.

—Bueno, en cualquier caso, te doy la bienvenida a bordo, Heinrich. Hola.

—Señora James, Heinrich von Furstenfeld.

Heinrich era extraordinariamente elegante. Una educación planificada para poder sobreponerse a diversos cambios de régimen y de fronteras, a la posible pérdida de todos sus bienes materiales y, en caso de crisis, a largas estancias con parientes lejanos que se hallaban cómodamente instalados allá donde la aristocracia era tolerada, desde la frontera polaca hasta la puerta de Hyde Park; en resumen, un gran conocimiento de Europa había hecho de él una persona completamente autónoma y capaz, que saludaba con una sonrisa radiante y un apretón de manos formal propio de un gimnasta y lograba que todo el mundo se sintiera a gusto, incluso la aturullada Nenna.

—Espero que Martha te haya explicado dónde dejar tus cosas.

Martha la miró con impaciencia.

—No hace falta que deshaga mucho equipaje, tiene que estar en el aeropuerto mañana. Llegó muy tarde y tuvieron que buscarle un catre en el *Rochester*. Willis se alegró mucho y dijo que le recordaba a una casa de huéspedes de las de antes.

—Tengo que ir a darle una explicación a la señora Woodie.

—No, no es necesario. Ya le he enseñado a Heinrich todo el *Grace*. Ya sabe que solo se puede ir a la proa cuando baja la marea.

—No estoy muy acostumbrado a calcular las mareas, señora James —dijo Heinrich, con un tono agradable y coloquial—. En el Danubio, cerca de donde yo vivo, no hay mareas, de modo que tendré que contar con sus encantadoras hijas para que me proporcionen esa clase de información.

—¿Cómo es tu casa de Viena? —preguntó Tilda.

—Bueno, es un apartamento de la Franziskanerplatz. Bastante céntrico.

—¿Y qué sueles hacer en Viena? —preguntó Nenna—. Si solo vas a estar un día en Londres, tendríamos que ver qué podemos organizar.

—Bueno, Viena es una ciudad bastante vieja. Quiero decir que todo el mundo se fija siempre en la gran cantidad de gente mayor que vive allí. Así que, aunque mi lugar de nacimiento sea tan bonito, tengo muchas ganas de ver con mis propios ojos la vibrante Londres.

—Heinrich está aquí de pie, en cubierta, mientras tú le hablas sin parar — dijo Tilda—. Habría que darle una taza de café ahora mismo.

—Ah, ¿no ha desayunado?

—Mamá, ¿y tus zapatos? —preguntó Martha, llevándose a su madre a un lado y hablándole en voz baja y con vehemencia, de un modo casi trágico—. Tienes una pinta horrible. Desde el punto de vista de Heinrich, apenas pareces una madre.

—No sé cómo será su madre. Sé que su padre es un antiguo compañero de negocios de la tía Louise y el tío Joel.

—Su madre es una condesa.

Tilda se había llevado a Heinrich abajo y había puesto a calentar un cazo con leche para hacerle un café. El joven conde recordaría hasta el día de su muerte la amable mano que le habían tendido cuando nadie más había acudido en su ayuda al verlo en un apuro.

—¿Por qué va tu madre descalza? —preguntó Heinrich—. Bueno, no hace falta que me contestes si es una pregunta embarazosa. Quizá sea una mujer vivaracha.

—Ah, ya te acostumbrarás a ella.

Con su instinto diplomático, Heinrich trató de decidir a cuál de sus veinte o treinta pequeñas primas europeas se parecía más Tilda. A las suizas, probablemente. Adoptó un tono de voz suave y burlón a la vez.

—Tendré que llevarte a Viena conmigo, querida Tilda. Sí, lo siento, no voy a poder apañármelas sin ti. Por suerte, eres tan pequeña que aquí no te echarán de menos. Vas a ser mi amuleto de la suerte.

Pero metió la pata, porque a Tilda no le gustaba en absoluto ser tan pequeña.

—Para ya —le dijo, mientras le ponía delante, dando un golpe sobre la mesa, la taza de hojalata llena de café y cortaba enérgicamente una rebanada de pan.

Con una leve sonrisa, el joven conde se volvió para darle las gracias a su salvadora, mientras un toque de color regresaba furtivamente a sus pálidas mejillas.

En cubierta, a Martha y a Nenna se les había unido Maurice, que había

decidido tomarse unas vacaciones y llevaba unas cuantas noches sin aparecer por el *pub*.

—¿Quién es ese noviete? —le preguntó a Martha.

—Es el hijo de una amiga de mi tía.

—Lo que tú digas. Es muy guapo, sea quien sea.

—Maurice —dijo Martha—. Ayúdame. Estoy intentando que mi madre se vista y se comporte como es debido.

Eran las nueve menos diez, y Richard pasó andando de camino a World's End para coger el autobús que lo llevaba a la oficina. «Si no me mira —pensó Nenna—, no volveré a dirigirle la palabra. De hecho, no volveré a dirigirle la palabra a ningún hombre, salvo a Maurice.» Pero cuando llegó a la altura del *Grace*, Richard le dedicó una sonrisa que hizo que se le derritiera el corazón y le hizo con la mano un gesto muy característico de él, un gesto que estaba a medio camino entre un saludo naval y un discreto movimiento con el paraguas cerrado.

Maurice se cruzó de brazos.

—Te felicito, Nenna.

—Ay, no digas eso.

—¿Por qué no?

—Eres demasiado espabilado. No sé qué me está pasando exactamente.

—Indecisión.

—En realidad son remordimientos.

—¿Y eso qué es, cielo?

Martha los dejó y bajó por la escotilla. Armada contra todas las posibles decepciones de la vida, consciente de su responsabilidad de proteger a su madre y a su hermana, preocupada por las lagunas en su educación, nerviosa en todo lo relativo a monjas y anticuarios, había dejado de lado, durante un tiempo, su necesidad de ser feliz. Heinrich, al principio, le pareció extraño.

Los tres niños se sentaron en torno a la mesa y se pusieron a debatir sobre cómo emplearían el día. Cuando los otros dos no miraban, Tilda vació los

paquetes de cereales, en el fondo de los cuales los fabricantes escondían pequeños tanques y ametralladoras de plástico e imágenes de Elvis. Tras encontrar los regalos, volvió a meter los copos de trigo y de centeno, sin importarle que se mezclaran, en sus cajas.

—Así que no tenéis padre, ¿verdad, Martha? —dijo Heinrich en voz baja.

—Nos ha dejado.

Esto no sorprendió a Heinrich en absoluto.

—El mío también suele ausentarse de nuestras diversas propiedades.

—Eres arcaico —le dijo Martha.

Mientras seguía comiendo con buen apetito, Heinrich la cogió de la mano.

—En realidad he venido a traerte un telegrama —dijo Maurice—. Me lo han dado en la oficina del varadero.

—¿Sí? Bueno, gracias, Maurice. Últimamente me parece que no me llega el correo. Mi hermana me dijo que me había enviado varias cartas y no las he recibido.

—Las cartas van contra viento y marea, cielo. Como todos nosotros.

El telegrama era de Louise. Habían llegado a Londres. Estaban en el Hotel Carteret y Nenna debía llamarla lo antes posible.

—Hola, quería hablar con la señora Swanson. Hola, ¿es la habitación del señor Swanson? Louise, soy Nenna.

—Nenna, estaba a punto de llamarte al número al que te llamé desde Fráncfort.

—Preferiría que no me llamaras ahí, Louise.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No exactamente.

—¿Estás con Edward, Nenna?

—No.

—Ya me lo imaginaba. Queremos que vengas a almorzar con nosotros, querida.

—Oye, Louise, ¿no puedo ir a veros ahora mismo?

—Será mejor que quedemos para almorzar, querida. Luego hemos reservado el resto del día para poder hablar en profundidad sobre tus problemas. Parece que hay muchas cosas que arreglar. Joel y yo estamos totalmente de acuerdo en esto. Me refiero a ti y a las niñas, claro. A la posibilidad de que vuelvas a Halifax.

—No me habías comentado nada al respecto, Louise.

—Pero he estado pensándolo, Nenna, y también he rezado por ti. Joel no es católico, como ya sabes, pero me ha dicho que cree que hay una Providencia que no está demasiado lejos de nosotros, que en realidad está justo sobre nuestras cabezas, aunque no podamos verla, y que la Providencia quiere que las cosas sean como son. Y mira por dónde, esa idea me gusta.

—Escucha, Louise. Ayer fui a ver a Edward.

—Me alegro de oír eso. ¿Y entró en razón?

Nenna dudó.

—Yo tengo tanta culpa como él, y más. No puedo dejarlo sin nada.

—¿Dónde está viviendo?

—Con unos amigos.

—Bueno, entonces tiene amigos.

—Louise, no deberías inmiscuirte.

—Oye, Nenna, no te estamos proponiendo nada del otro mundo. Creo que debemos admitir que lo has intentado y que no lo has conseguido. Y si te ofrecemos un billete de vuelta a casa, para ti y para las niñas, y te ayudamos a adaptarte cuando llegues allí, y a buscar un buen colegio de monjas para las niñas, para que sigan con las monjas y no noten ninguna diferencia, bueno, todo eso debe considerarse un préstamo que estamos muy contentos de hacerte por un tiempo prolongado, con la esperanza de que vuelvas a vivir rodeada de la gente que te quiere.

—Pero aquí también hay gente que me quiere, Lou. Me gustaría que vinieras a ver el *Grace*.

—Lo intentaremos, querida, a ver si encontramos un rato. Pero la aficionada a los barcos siempre fuiste tú. Siempre recuerdo con gratitud lo feliz que hacía a padre el hecho de que tú compartieras su pasión por los

barcos y el agua. Háblame de tus vecinos. ¿Sueles ir a visitarlos?

—No tenemos dinero —dijo Martha—, así que tendrás que compartir nuestro limitado concepto del ocio.

—Ser pobre no es ninguna vergüenza —dijo Heinrich.

—Sí que lo es —repuso Martha, con una firmeza que difícilmente podía ser heredada de su padre o de su madre—, pero no hay razón para que no vayamos a mirar cosas. Para poder ver, hace falta mirar. Es lo que hacemos nosotras casi todo el tiempo. Esta tarde podemos ir a mirar a King's Road.

—A mí me gustaría ir a una *boutique* —dijo Heinrich.

—Bueno, lo mejor es ir sobre las cinco o las seis, cuando todo el mundo sale del trabajo. La mayoría no abre hasta esa hora.

Tilda había perdido interés por la conversación y se había ido a buscar a Rayada, que corría de un lado a otro en el *Maurice* perseguida por una rata. Woodie y Richard le habían recomendado una y otra vez a Maurice que engrasara las cuerdas de amarre de su barco para que las ratas no pudieran pasar por ellas, pero él siempre se olvidaba de hacerlo.

Ya bien entrado el día, comenzaron a preparar su expedición a Chelsea.

—¿Y tu madre? —inquirió Heinrich.

—¡Estás todo el tiempo preguntando por ella! —gritó Martha—. ¿Qué piensas de ella?

—Es una mujer muy atractiva para su edad. En la Europa continental apreciamos a las treintañeras.

—Bueno, tiene que hablar de unas cuantas cosas con la tía Louise, que también es una mujer atractiva para su edad, aunque es bastante mayor y muy diferente. Vive en Nueva Escocia y tiene mucho dinero y energía.

—¿Sobre qué tienen que hablar?

—Supongo que mamá estará pensando en llevarnos a Canadá. No me lo ha dicho, pero creo que es eso.

—Entonces te veré a menudo. Tenemos parientes tanto en Canadá como en los Estados Unidos.

Martha intentó no desear, cuando partieron, que pudieran ir sin Tilda. No

recordaba haber sentido nunca nada parecido por su andrajosa hermanita.

Sin la tutela de las monjas, Tilda parecía haber perdido los últimos vestigios de su sentido moral. Partisan Street, la primera calle que uno encontraba al subir desde los barcos, se consideraba, como ya se ha dicho, un lugar conflictivo: una fila de decrepitas casas con dos habitaciones en la planta baja y dos en el primer piso, refugios de una humanidad tullida y deformada. Quizá fueran pobres por ser cojos, o quizá fueran cojos por ser pobres; ese era un asunto para los sociólogos, y unos años más tarde, cuando sus moradas fueron barridas y sustituidas por pisos de protección oficial con un alquiler mucho más alto del que podían permitirse, hubo que dar por sentado que habían desaparecido de la faz de la tierra. A Tilda, que los conocía a todos, le encantaba imitarlos, y empezó a subir por Partisan Street cojeando y arrastrando los pies alternativamente.

—Tu hermana me hace gracia, pero creo que no está bien que haga eso —dijo Heinrich.

Martha le contó que a la gente que vivía en esa calle también le hacía gracia.

—Le han pedido que vaya a hacerlo a su club navideño —dijo—. Ojalá yo pudiera reírme así todavía.

Giraron en World's End y abrieron la puerta de un tranquilo jardín donde estaban enterrados los fieles de la Hermandad de Moravia.

—Están enterrados de pie, para que el Día del Juicio Final puedan levantarse con más facilidad.

—¿Hombres y mujeres juntos?

—No, los entierran por separado.

Tras cerrar la puerta del muro, se adentraron en el jardín. Martha era consciente, a través de todos los nervios de su cuerpo, de que la mano de Heinrich se hallaba en contacto con su codo. Le preguntó cuál era la primera frase en inglés que había aprendido.

—Soy el padre del zapatero.

—¿Y en francés?

—No me acuerdo de cuándo aprendí francés. Debí de aprenderlo alguna vez, puesto que sé hablarlo. También sé un poco de polaco y de italiano,

pero no creo que los use mucho.

—Todo lo que puedas aprender es útil. ¿No sabes que todo lo que aprendas y todo lo que sufras te resultará útil en algún momento de la vida?

—Eso lo dice siempre la madre Ignatius —la interrumpió Tilda—. Había una vez, a finales del siglo pasado, una mujer pobre que se ganaba el pan de cada día trabajando largas horas con su máquina de coser. Trabajar, trabajar, ay, en esa época no hacían más que trabajar. Arriba y abajo, arriba y abajo, así se pasaba el día su incansable pie derecho. Y entonces, debido al incesante ejercicio, su pie derecho se le fue volviendo más largo y más ancho, mientras que el otro seguía conservando el mismo tamaño, y al final la mujer tenía miedo de salir a la calle porque temía tropezarse y caerse al suelo. Y sin embargo, esa mujer, a pesar de todas sus tribulaciones, no perdió la fe en las intercesiones de Nuestra Señora.

—Tilda —le dijo Martha, deteniéndose en seco y cogiendo a su hermana por los hombros—. Te doy lo que quieras, siempre que sea razonable, si vuelves a los barcos y te quedas por allí.

Entre las dos hermanas existía un amor particularmente puro, que se había puesto a prueba en numerosas ocasiones. Martha había formulado su petición, o su súplica, con una mirada tal —bajo sus largas pestañas— que Tilda no podía pasarla por alto. Sus protestas fueron una mera formalidad.

—La historia esa de la máquina de coser es mucho más larga.

—Ya lo sé.

—Voy a estar sola. Mamá se ha ido a Londres.

—Tienes que ir al *Rochester*.

—Acabo de estar allí.

—La señora Woodie me ha dicho que los peques no la molestan nunca.

—Quizá se arrepienta de habértelo dicho.

—Willis también estará allí.

Tilda, de forma alternativa, asintió y negó violentamente con la cabeza, sacudiéndola de un lado a otro. Eso significaba que accedía.

—Debes prometerme que vas a ir directamente al *Rochester* —le dijo Martha—. Debes jurarlo por el Sagrado Corazón. Acuérdate de que allí te lo pasas muy bien. En King's Road no te lo pasas nada bien porque no te dejan

entrar en las *boutiques* y eres demasiado pequeña para probarte vestidos.

Tilda se marchó dando saltitos por la calle.

King's Road estaba entonces en su apogeo y palpitaba, como un campamento gitano, con sus mejores galas (teñidas a toda prisa para la ocasión). La gente de teatro saltaba de la cama a una hora determinada para patrullar las largas aceras que llevan desde Sloane Square hasta el ayuntamiento. Heinrich y Martha se pasaron el día yendo de una *boutique* a otra: Dressing Down, Wearwithal, Wearabouts, Virtuous Heroin, Legs, Rags, Bags. Un paraíso para los niños, un auténtico caos en el que las tiendas, con su extravagante aspecto, contradecían todas las reglas fijadas en la venerable historia del comercio. Los dependientes, vestidos de colores brillantes, eclipsaban a los clientes y, en vez de recibirlos dándoles la bienvenida, los ignoraban o los trataban de un modo tan grosero que parecían querer espantarlos. Los clientes, a su vez, se burlaban de la ropa que se les ofrecía y acababan tirándola al suelo. No había precios, ni tallas, ni forma de decir qué era cada artículo; parecía que, por obra y gracia de una mano mágica, los estantes y las barras llenas de vestidos fueran pasando de una tienda a otra. Las puertas estaban abiertas de par en par, soltando un aire pesado que olía a incienso, y en toda la zona reinaba el ambiente propio de un mercadillo callejero en el que a los actores de una pantomima, animados por el público, se les han ido las cosas de las manos.

Heinrich y Martha caminaban por aquel mundo, destinado a durar unos pocos años antes de que se rompiera el embrujo, como si fueran un príncipe y una princesa. En Wearwithal, Heinrich se probó unos pantalones de satén azul claro que le quedaban muy ajustados. Martha, que le guardó los vaqueros mientras se cambiaba, lo admiró más por decidir no llevárselos de lo que lo hubiera admirado en caso de habérselos comprado.

—¿No te gustan?

—No se llevan esos pantalones en la Europa continental.

—Pensaba que a lo mejor no te llegaba el dinero.

En realidad, Heinrich tenía bastante dinero, e incluso una chequera propia, pero, por delicadeza, no dijo nada al respecto.

—Vamos a un café —le propuso a Martha.

Los cafés también eran una novedad en Londres, aunque no lo fueran en Viena. El reluciente Gaggia servía unas tazas de loza con cuatro centímetros de espuma amarga, y por dos chelines, los amantes podían pasar unas cuantas horas sentados entre las sombras, en aquel ambiente marrón oscuro, con un cuenco de azúcar moreno entre ellos.

—A lo mejor les molesta que no pidamos otra taza.

Heinrich volvió a posar su delgada mano, de largos dedos, sobre la de ella. Su limpieza sorprendió a Martha, cuyas manos estaban casi tan negras como las de Tilda.

—No te preocupes, yo me encargo. ¿Te parece bien?

—No estoy segura. Luego te lo digo —dijo Martha, deseando que alguna de sus amigas del colegio entrase y la viera. Se lo contarían al padre Watson y a las monjas, pero qué importaba eso; de todas formas, ya debían de saber por qué faltaba al colegio.

—Supongo que, viviendo aquí, en Chelsea, saldrás mucho.

—Pues no. No tengo a nadie con quien salir.

—Creo que te gustarían los cafés de Viena, y también los conciertos. Me gustaría presentarte a mi madre y a mis tías abuelas. En invierno siempre sacan abonos para todos los conciertos que hay en la Musikverein. Ahí tocan todo lo que te puedas imaginar. ¿Te gusta la música?

—Claro —dijo Martha con impaciencia—. ¿Qué música les gusta a tus tías abuelas?

—Mahler, Bruckner...

—Odio esas cosas. No me gusta que me hagan sentir cosas todo el tiempo.

Heinrich ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—Me parece que podrías estar incubando una depresión muy grave, ¿sabes?

Martha se sintió halagada. Tuvo la impresión de que nunca antes la habían tomado tan en serio.

—¿Quieres decir que podría derrumbarme por completo?

—Escucha, Martha, lo mejor sería que me contaras tus preocupaciones. Probablemente tu clase de catequesis no te ayude con ellas. Las monjas no pueden entender las causas fisiológicas de tu inquietud, y los curas tampoco

lo saben todo. Aunque quizá prefieras que no te hable de estas cosas.

—No, Heinrich, me parece bien. Sigue.

—Yo también tengo problemas en el colegio. No creo que entiendas esto muy bien, Martha. Todos los que estamos ahí somos jóvenes de entre dieciséis y dieciocho años, y nos mantienen apartados de las mujeres durante meses. Yo, personalmente, tengo el número de días apuntado en la parte interior de mi taquilla. Todo eso puede generar una especie de locura.

—¿Y qué dicen vuestros profesores?

—¿Los monjes? Bueno, lo entienden, pero no pueden hacerse cargo de todos nuestros problemas. Un buen amigo mío, que está en mi clase de física y química, llegó a estar tan trastornado que cogió unas tijeras y cortó en trocitos unos cuellos blancos muy tiesos que tenemos que ponernos los domingos.

—Como un perro en el circo —dijo Marta, horrorizada.

—Quería mostrarse grotesco. Se ha ido del colegio, pero hace poco me mandó una carta por correo aéreo. Ahora está deseando entrar al sacerdocio.

—Pero ¿tú estás contento ahí?

Heinrich le sonrió para consolarla.

—No pienso permitir que el sexo domine mi vida. Tendré que encontrar la manera de darle un espacio y ya está. Pero estamos aquí para hablar de ti, querida mía.

Ella se dio cuenta de que él lo decía en serio y pensó que tal vez nunca tuviera una oportunidad semejante.

—Hay mucho pecado en mi interior —comenzó rápidamente—. Sé que en una gran parte de mí hay oscuridad, no luz. Quisiera que mi padre y mi madre vivieran juntos, pero no porque me importe que sean felices. Adoro a mi madre, pero tiene que aceptar que va a ser infeliz, porque ya ha llegado a esa etapa de la vida. Me gustaría que vivieran juntos en una casa común y corriente para que yo pudiera ir y gritarles: «¿Cómo se os ocurre que yo vaya a querer vivir aquí?». Pero yo nunca voy a tener una vida normal, porque soy demasiado bajita. Las dos somos bajitas, por eso Tilda se pasa la mitad del día de pie en cubierta, porque no sé quién le dijo que solo creces

cuando estás de pie. Y luego, no me desarrollo. Una vez tuvimos que escribir una redacción en clase, «Mi mejor amiga», y la chica que me estaba describiendo levantó la mano y pidió una regla porque dijo que tenía que dibujarme totalmente plana, de arriba abajo.

—Eso no es amistad —dijo Heinrich.

—Puede que me pase algo. Puede que no me vaya a desarrollar jamás.

—Estoy seguro de que no va a pasar eso, querida mía. Escucha, tú eres como la amante rubia de Heine, del poeta Heine. «Wenig Fleisch, sehr viel Gemüt»: poca carne, mucho carácter.

Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla, que ya no estaba fría, como en el momento de entrar en el café, y que acababa de adquirir un brillante tono rosa. Era muy adecuado hacer eso en un café de King's Road. Pero después se distanciaron, más incluso que antes.

—Ha sido muy agradable pasar el día aquí, Martha, y ver tu barco.

—Sí, bueno, por lo menos es algo que no tenéis en Viena.

El padre de Heinrich era miembro del Club Náutico de Viena.

—Desde luego, no uno tan grande.

Fuera, las *boutiques* continuaban iluminadas y todo tipo de artículos seguían amontonándose a los pies de los desdeñosos dependientes. La música iba subiendo de volumen, el Chelsea Granada daba la bienvenida a todos los que quisieran entrar a ver *Bootsie and Snudge*.^[5] Ellos se echaron a andar juntos, sin rumbo fijo.

—Dos personas pueden intimar en muy poco tiempo —dijo Heinrich—. Y pueden no permitir que las circunstancias se les impongan. Como creo que ya te he dicho, tengo la intención de forjar mi propia vida.

Tilda no había ido directamente al *Rochester*. Consciente de que la atmósfera que rodeaba a Martha y a Heinrich era un tanto extraña, y de que la había apartado de su hermana, se sintió, por primera vez, a la deriva. Saltó, desafiante, a la cubierta del *Grace*, cogió por sorpresa a Rayada y la abrazó con fuerza. Después la examinó con más atención.

—Pero si llevas gatitos dentro.

Depositó en el suelo a la gata, que se echó y se quedó amodorrada al instante, y trepó rápidamente al mástil. Marea baja. Pasó un remolcador, donde ondeaba una bandera blanca con la cruz roja de San Jorge y con una chimenea que podía ser blanca o color crema.

—Son los del servicio de protección del Támesis. No deberían estar aquí. Nunca vienen río abajo hasta este lado de Teddington. ¿Qué habrá pasado?

Cinco metros más abajo, en el *Maurice*, Harry estaba excepcionalmente ocupado. En ausencia del propietario, estaba tratando de colocar unos cables en la escotilla principal que daba a la bodega, y bastaba con mirarlo para saber que, desde luego, no se trataba de un electricista profesional. Su objetivo era que quien tratara de colarse recibiera una ligera descarga eléctrica al intentarlo.

Tilda no entendía qué estaba haciendo, pero se quedó mirándolo fijamente desde lo alto del mástil, hasta que Harry reparó en su presencia y se dio la vuelta. Entonces dejó los alicates en el suelo y levantó la vista hacia ella. La miró con curiosidad. El blanco de sus ojos era enorme.

—¿Quieres caramelos?

—No.

—¿Quieres que te enseñe unos tebeos?

—No.

—Vamos, si tú no sabes leer, ¿verdad?

—Sí que sé.

—Pues ven, ¿no? ¿No quieres venir aquí y sentarte en mis rodillas y que te enseñe un tebeo?

Tilda se columpió hacia delante y hacia atrás, agarrada al mástil con un solo brazo.

—¿Tienes el *Cliff Richard Weekly*?

—Lo tengo, lo tengo.

—¿Y el *Dandy*?

—También.

—¿El de esta semana?

—Sí.

—No necesito que me enseñes nada.

—Dices eso porque no has visto las cosas que tengo para enseñarte.

—¿Qué cosas son?

—Cosas que nunca has visto, encanto.

—Tú no tienes ningún derecho sobre ese barco —afirmó Tilda—. Es de Maurice.

—¿Así que lo conoces?

—Pues claro.

—¿Y sabes cómo se gana la vida?

—Yendo a trabajar.

—Si quieres, te puedo enseñar lo que hace. Es una cosa que no vas a encontrar en los tebeos.

Tilda insistió.

—¿Por qué estás poniendo cables en el *Maurice*?

—Bueno, es que tengo un montón de cosas bonitas aquí dentro.

—¿Y de dónde las has sacado?

—¿No quieres saber lo que son?

—No, quiero saber de dónde las has sacado.

—¿Por qué?

—Porque eres un delincuente.

—¿Quién te ha dicho eso, zorrilla asquerosa?

—Te dedicas a vender bienes robados —contestó Tilda.

Le echó una mirada de reojo, encendida y vivaz. Al fin y al cabo, Harry solo podía subir al *Grace* de dos maneras: por la rampa de desembarco que daba al *Maurice*, sobre la que se había echado Rayada a hacer una pesada digestión, o volviendo al muelle y entrando por la cubierta de popa.

Harry se agachó y, con una mano, levantó la rampa, dejándola suspendida en el aire. Rayada pegó un salto y perdió pie, cayendo despatarrada en la zona intermareal.

—Tu gatita se ha espachurrado, encanto.

—Mentira. Se ha comido una gaviota. Si se hubiera espachurrado, se verían todas las plumas.

Harry tenía una botella en la mano.

—¿Te vas a emborrachar?

—¿Con lo que hay en esta botella? No me lo podría beber. Me abrasaría por dentro. Abrasaría a cualquiera, joder.

Era sulfumán. Harry la miró fijamente, sin dejar de mover el blanco de los ojos. Tenía la botella en la mano derecha y la movió hacia delante y hacia atrás un par de veces, como si estuviera calculando su peso. Después se dirigió hacia el muelle, y dio la vuelta al *Grace* para ir en busca de Tilda.

Tilda se subió a la falca y, aferrándose a la traca con pies y manos, trepó entre resbalones por el costado del barco, cogió a la gata y se largó volando al *Rochester*. La escalerilla lateral no estaba en su sitio, como ella sabía muy bien.

—Hola, señora Woodie, ¿puede cuidarme un rato? Me dijo Martha que viniera aquí, y he venido inmediatamente.

—¿Qué es eso que llevas? —preguntó la señora Woodie, que a esas alturas ya se resignaba a casi cualquier cosa.

—Es mi mascota, mi mascota, la única mascota que me han dejado tener desde que era pequeñita.

La señora Woodie observó al hinchado animal.

—Cariño, ¿estás segura de que no se ha...?

—¿A qué se refiere, señora Woodie? Creo que hay un ángel que vela por sus pasos.

La bodega del *Rochester* había cambiado en las últimas semanas; ya no era un mero depósito bajo la cubierta, sino el confortable interior de una caravana. Había una buena alfombra reversible en el suelo, y Tilda se sentó, con la boca abierta, delante del televisor, donde parpadeaba el doctor Kildare.[6] La señora Woodie se puso a cortar sándwiches, uno tras otro, en cuadrados perfectos.

—¿Dónde estás? —le gritó a su marido.

Apareció el señor Woodie, un tanto malhumorado.

—Voy a llevarle una taza de té a Willis. Sigue pensando demasiado en el pasado, en mi opinión.

—Dile que Tilda está aquí.

Willis entró en silencio y se sentó junto a la niña sobre el arcón, que estaba cubierto de almohadones nuevos, estampados en flores.

—¿Dónde está tu hermana?

—Ha salido con Heinrich.

—¿Con el chaval alemán? Bueno, parece bastante majo. No se acordará de la guerra, desde luego.

Tilda empezó a contarle con todo detalle lo que había pasado hasta entonces en *Doctor Kildare*. No dijo nada de Harry porque, por el momento, se había olvidado completamente de él.

Aquella tarde, Richard volvió del trabajo más tarde de lo que le habría gustado. Decepcionado al ver que no había ninguna luz encendida en el *Grace* —no se le había ocurrido que Nenna podía no estar allí esa noche—, se disponía a recorrer el embarcadero en dirección al *Lord Jim* cuando distinguió a un desconocido en el *Maurice*. Entonces cambió de rumbo y avanzó por el muelle.

—Soy amigo del propietario —dijo—. Buenas tardes.

No hubo respuesta, y Richard se dio cuenta de que la rampa de desembarco que conectaba el *Maurice* con el *Grace* no estaba en su sitio. Algo no iba bien, así que, sin dudarlo, saltó a la cubierta.

Harry no levantó la vista; siguió colocando el cable hasta que dobló la esquina de la caseta y vio a Richard sin tener que molestarse en girar la cabeza. Dejó en el suelo los alicates que tenía en la mano y cogió una pesada llave inglesa.

—¿Qué hace usted en este barco? —inquirió Richard.

—¿Y usted quién se ha creído que es? —dijo Harry.

El atardecer había llegado al punto en que las almenas de la torre Hovis apenas se distinguían del gris rosáceo del cielo. Cuando Richard se acercó un par de pasos —nunca se le habría ocurrido marcharse antes de resolver la cuestión de un modo satisfactorio—, Harry mostró una leve expresión de sorpresa, como si no se creyera que pudiese haber algo tan sencillo, levantó la llave inglesa y lo golpeó en el lado izquierdo de la cabeza, justo debajo de la oreja. Richard cayó casi sin hacer ruido, de lado, dándose contra la manivela del cabrestante. Trató de levantarse de inmediato, pero le habría

ido mejor si hubiera sido menos íntegro, porque se había roto una costilla y, al esforzarse por ponerse en pie, la afilada punta del hueso roto le penetró ligeramente en el pulmón. Harry lo observó caer de nuevo y se fijó en la considerable cantidad de sangre que le salía por la boca. Limpió la llave inglesa y la guardó con el resto de sus herramientas. Quizá se le pasara por la cabeza que aquello había sido un trabajo mucho más fácil que lo del cableado eléctrico. Con la bolsa de herramientas en la mano, emprendió la marcha a través del muelle y desapareció hacia Partisan Street y King's Road.

Heinrich y Martha volvían a Battersea Reach cogidos de la mano.

—Ese es el *pub* de Maurice —dijo ella—. Seguro que ahora está ahí. —Y, según se fueron acercando—: Me gustaría que todavía estuviera la farola veneciana. Por la noche, quedaba muy bonita.

Pero en realidad no hacía falta decir nada.

La zona intermareal estaba oscura como el carbón, pero las farolas de la esquina iluminaban pálidamente la cubierta del *Maurice*. El cuerpo de un hombre yacía sobre el cabrestante, con un brazo colgando al otro lado.

—Martha, no mires.

Era habitual ver a personas echadas en lugares extraños al caer la noche, tanto en Partisan Street como en el embarcadero. También los clientes de Maurice eran impredecibles. Pero nunca estaban tan quietos.

—A lo mejor es Harry —dijo Martha—. Si es él, y si está muerto, será un gran alivio para Maurice.

Se acercaron rápidamente y vieron sangre sobre la cubierta. Tenía un aspecto negruzco bajo aquella luz tan tenue.

—Es el *Lord Jim* —murmuró Martha.

La visión de un lord atacado por unos criminales encajaba a la perfección con la idea que tenía Heinrich de lo que debía de ser la vibrante Londres.

—Es el señor Blake —dijo Martha.

—¿Qué hacemos?

Martha pensó que, con un poco de suerte, la lancha de la policía podría

estar en el *Bluebird*.

—Van ahí a recoger a las enfermeras que tienen turno de noche y las llevan al hospital.

—Eso en Viena no estaría permitido.

—Aquí no está permitido.

Echaron a correr por el embarcadero. En el *Bluebird*, que parecía estar muy animado, sonaba a todo volumen una música de la que se quejaban los vecinos que vivían en tierra firme y que se extendía por toda la parte central de Battersea Reach. Se oía a un kilómetro y medio de allí. La embarcación de la policía fluvial, muy reluciente, esperaba junto al barco.

* * *

Así, Richard, todavía medio vivo, ingresó de urgencia en el Waterloo Hospital. Una de las jóvenes en prácticas del *Bluebird* estaba allí, y entró a ponerle una inyección para ayudarlo a dormir.

—¿No es usted la señorita Jackson? —dijo Richard débilmente. Estaba entrenado para reconocer a cualquiera que hubiese servido bajo sus órdenes o que lo hubiera ayudado de una u otra manera. La señorita Jackson les había echado una mano con la mudanza de Willis. Pero cuando Richard, educadamente, intentó incorporarse y hacerle una pequeña reverencia, la herida que tenía en el pulmón se hizo un poco más profunda.

Lo vendaron y durmió toda la noche.

La larga e insulsa mañana en el hospital se desarrolló entre interrupciones de las enfermeras y el personal de limpieza, que gravitaba en torno a la cama. El atractivo señor Blake, que sufría terribles dolores, recibía a todo el mundo con gran seriedad y corrección. Las enfermeras le dijeron que recordara que cada minuto que pasaba se ponía un poco mejor, y la enfermera encargada de la planta le dijo que no hiciera ningún esfuerzo y que no comiera nada.

—Lamento causarles tantas molestias —intentó decir Richard.

—No debería hablar —le dijeron.

Cuando lo dejaron solo, intentó aclararse las ideas y se dedicó a reflexionar. Recordaba la caída, cómo la cubierta se había acercado para golpearlo, lo que lo hacía revivir —aunque no lo había hecho en el momento— el instante en que, años atrás, un torpedo impactó contra el *Lanark*. También recordaba el aspecto de la llave inglesa, y le parecía coherente que, tras haber sido noqueado con una llave inglesa, ahora se sintiera como si estuvieran retorciéndole y tensándole el cuerpo. Seguro que había alguna relación entre aquellas ideas, y empezaría a mejorar más rápido en cuanto tuviera la certeza de que todo tenía sentido.

Después, tras repasar lo mejor que pudo su jornada de trabajo en la oficina, y tras hacer un intento valiente pero infructuoso por recordar si había dejado sin contestar alguna carta urgente, dejó que sus pensamientos regresaran a Nenna. Ayer, o quizá el día anterior, o cuando hubiera sido, él había sido el primero en subir por la escalerilla del *Lord Jim*, pero la primera en entrar al camarote había sido Nenna. Cuando pensó en esto se puso contento, y después lo embargó la paz. Era una coincidencia que ella llevara un jersey azul oscuro y ajustado exactamente igual que el de Laura, con un cuello que obligaba a forcejear con la prenda para quitársela. En relación con todo el asunto, Richard no sentía insatisfacción alguna y, desde luego, tampoco remordimientos. Realmente pensaba que no solo había hecho lo mejor, sino también lo único posible.

Al final de la mañana, un médico muy joven hizo la ronda y le explicó a Richard que no debía hablar bajo ninguna circunstancia, y que solo iba a hacerle una revisión rutinaria.

—Puede contestarme con signos —le dijo con un tono tranquilizador—. El motor está bien, así que en cuanto la carrocería se encuentre en perfecto estado, podrá salir de aquí.

Era menos sensible que las enfermeras y, evidentemente, había tomado a Richard por el dueño de un taller mecánico con tendencia a meterse en peleas.

—¿No ha sangrado por los oídos?

El joven residente parecía estar consultando una lista, y Richard, deseoso de echarle una mano a un principiante, intentó indicarle que estaba

dispuesto a sangrar por los oídos si eso era lo que debía hacer. En cuanto a la localización precisa del dolor, era difícil transmitir que había aumentado, y que en vez de simplemente sentir dolor, ahora Richard se encontraba contenido en él. El médico le dijo que podían darle algo para apaciguarlo.

—Y guarde silencio absoluto. Todavía no va a venir la policía. Ayer pasó por aquí un agente que quería tomarle declaración, pero tendrá que esperar un par de días. En cualquier caso —añadió, de manera inesperada—, vamos a saltarnos un poquito las reglas y le permitiremos ver a sus hijas.

Desde la tierra de nadie de la entrada, donde el linóleo marrón pasaba a ser azul, llegó la voz de Tilda, que preguntaba si su hermana y ella podrían llevarle al señor Blake una botella de Suncrush.[7]

—¿Es vuestro papá, cariño?

—Sí, pero no lo vemos desde hace muchos, muchos años. Ya ni nos acordamos.

—Bueno, si el doctor Sawyer ha dado su permiso...

Tilda entró, seguida de una Martha algo vacilante, y apartó algunas de las plantas que se amontonaban en el alféizar de la ventana para poder dejar la botella.

—¿Te acuerdas de nosotras, papi?

La enfermera encargada de la planta seguía quejándose, ya que no estaba permitido que los niños entraran a ver a los pacientes si no iban acompañados. Pero por suerte llegó otro visitante, Willis, que se hizo cargo de las dos niñas de inmediato. La desgracia de Richard lo había hecho volver en sí. La mayoría de la gente vive la gratitud como una carga, pero Willis, que era un hombre sencillo, no tenía ningún problema en asumir dicho sentimiento.

—Vaya, patrón, qué pena da verlo así de mal. No hace tanto que estuve aquí, pero nunca me habría imaginado...

Willis había estado dudando sobre qué llevarle, y al final se había decantado por un paquete de Whiffs. En su habitación del hospital Waterloo los dejaban fumar durante una hora al día.

—Pero ya veo que aquí es distinto —dijo, como si fuera una señal más de la superioridad del patrón. Richard no fumaba, pero Willis no se había dado

cuenta.

—Creo que quiere escribirte algo, cariño —le dijo la enfermera a Martha.

Tilda, tan descarada como siempre, se había metido en la despensa y estaba ayudando a los camilleros a quitarles la tapa a las bandejas de la cena. Richard miró a Martha y vio los ojos perplejos de Nenna, aunque los suyos eran mucho más oscuros que los de la niña. Haciendo un doloroso esfuerzo, garabateó en el trozo de papel que le habían traído: «¿Cómo está tu madre?».

Martha también escribió su respuesta; no se le ocurrió dársela en voz alta, aunque Richard podía oírla perfectamente.

«Ocupada, está haciendo el equipaje.»

«¿Por qué?»

«Nos vamos a Canadá.»

«¿Cuándo?»

Pero Martha no lo sabía.

Mandaron llamar a Laura, que llegó a Londres al día siguiente por la tarde. Se comunicó fácil y eficazmente con la oficina de Richard, con la policía y con el hospital. Allí solo habló con la jefa de enfermería y el neumólogo.

—No tiene sentido hablar con el personal de planta. Están sobrecargados, pobrecillos. ¡No distinguen un caso de otro!

La enfermera encargada de la planta la había llevado aparte y le había preguntado si no le parecía buena idea dejar que su marido viera a sus hijas con más frecuencia en el futuro.

Richard todavía no tenía permiso para hablar —no se estaba recuperando tan rápido como habían esperado— y apenas pudo contestar cuando Laura le dijo que desde hacía mucho tiempo se imaginaba que pasaría alguna cosa así, y que se iba a deshacer del *Lord Jim* inmediatamente. Le había pedido a su familia que empezara a buscar una casa en el campo que fuera adecuada para ellos, que se hallase a una distancia razonable de Londres para poder desplazarse al trabajo a diario, que estuviera en buen estado y que hubiese sido pintada recientemente, para poder llevar allí a Richard en cuanto le

dieran el alta en el hospital.

[5]. Conocida serie de televisión inglesa de los años 60.

[6]. Protagonista de la serie homónima, muy popular en los años 60.

[7]. Bebida gaseosa similar a la Fanta.

Nenna tenía la sensación de que habría podido responderle mejor a Louise si Edward se hubiera tomado la molestia de devolverle su bolso. No era solo por el dinero, sino también por el carnet de la biblioteca, la libreta del subsidio familiar, el recibo del taller de reparaciones sin el cual no iba a poder recuperar su reloj, unas cuantas fotos arrugadas —entre las cuales había una del propio Edward— y su libreta de direcciones, todo aquello que conformaba su identidad.

«Al fin y al cabo», pensó, «¿qué importaba, si al final se marchaba?». Halifax no estaba más lejos que el 42b de Milvain Street, en Stoke Newington. Todas las distancias son iguales para aquellos que nunca se ven.

Halifax también estaba igual de lejos del condado de Norfolk, donde Laura se había llevado a Richard. Nenna se entristecía cada vez que veía el cartel de «En venta» clavado en la chimenea del *Lord Jim*, de modo que, cuando le era posible, entraba al *Grace* por el otro lado. Si le hubiera hablado a Richard de Harry, y del dudoso cargamento del *Maurice*, no habría tenido que esperar, tirado en un charco de sangre, a que su hija lo rescatara. Pero, curiosamente, los remordimientos que sentía —no por nada que hubiera hecho, sino por lo que no había hecho— habían acabado con el anti-guero y agotador ensueño de las acusaciones y el juicio. Ya no sentía que tuviera que defenderse, ni siquiera justificarse. Ya no despertaba ningún interés en Edward. El caso había quedado suspendido indefinidamente.

Como Louise no parecía tener muchas ganas de desplazarse hasta los barcos, Nenna se vio obligada a llevar a las niñas a tomar el té en el suntuoso Hotel Carteret. Tuvo que adecentar a las niñas, lo que fue un

proceso tenso y complicado. En el duodécimo piso del hotel, desde donde se podía ver el río refulgiendo a lo lejos, las niñas se mostraron encantadas con su adinerada y elegante tía. Más alta, más fuerte, no tan rubia pero mucho más decidida que su madre, parecía que la vida no dejaba de sorprenderla.

—¡Martha! ¡Tilda! ¡Pero bueno! ¡Hacía tanto que no os veía! ¡Estáis iguales las dos! Bueno, ¿os apetece venir a vivir a Canadá?

—Louise, eso depende de unas cuantas cosas. Para empezar, tenemos que vender el *Grace*.

—¿Qué pasa si toco este timbre? —preguntó Tilda.

—Pues que vendría alguien, alguno de los camareros, a preguntarnos si queremos té, o tarta, o alguna cosa así. Vamos, tócalo, cariño.

Tilda tocó el timbre. Se presentó un camarero, que más tarde les trajo lo que habían pedido.

—¿Está todo bien, cariño?

—Sí, a Martha y a mí nos encantan estas cosas. ¿En Canadá hay barcos?

—No faltan barcos, y tampoco falta agua.

Tilda se decantó a favor del nuevo mundo.

—Pero no estoy segura de si debemos abandonar a Maurice —dijo, chupándose los dedos uno por uno—, ahora que no va a poder hablar con mamá, y que no va estar el señor Blake para organizar una colecta si algo le va mal. Creo que se vendría abajo completamente. Y, además, la policía está todo el tiempo yendo a interrogarlo.

—¿Quién es Maurice, cariño? —le preguntó su tía con bastante aspereza.

—Maurice es el que vive en el *Maurice*, como los Blake vivían en el *Lord Jim*.

—Ah, sí, Richard Blake. Me llamó por teléfono.

—¿De verdad? —exclamó Nenna.

—Tuve que llamar a su número para localizarte, ¿recuerdas? Cuando estábamos en Fráncfort. Le dije que cuando viniéramos a Inglaterra nos quedaríamos en este hotel. Nos parece estupendo, aunque Joel siempre dice que el servicio era mucho mejor antes de la guerra.

—Pero ¿qué te ha dicho?

Louise se quedó un tanto confusa ante la pregunta de Nenna, pero

consiguió ir recordando paulatinamente todo lo que le había dicho el tal Richard Blake. Bueno, tenía la impresión de que él pensaba ir a una serie de conferencias que organizaba la compañía de seguros Transatlantic en primavera, y que iba a ir primero a Montreal y después a Nueva York, o al revés, no se acordaba bien. «Qué sé yo», dijo Louise; no le había parecido una cuestión importante.

—No estoy segura de si lo es o no —dijo Nenna—. Richard me iba a enseñar a plegar un mapa como es debido.

—Puede enseñarte Joel, querida.

—No vamos a poder llevarnos a Rayada —dijo Tilda, siguiendo el curso de sus propios pensamientos—. No va a querer marcharse del *Grace*. La señora Woodie le compró una cesta, una muy bonita, hecha por los ciegos, pero no quiso meterse dentro.

—¿La señora Woodie?

—Una dama muy amable, de edad bastante avanzada.

—Le gustará volver al colegio, con niñas de su edad —le susurró Louise a Nenna.

Entonces entró el señor Swanson, saludó a todo el mundo y pidió un whisky de centeno.

—Hoy me ha llamado Von Furstenfeld. Su hijo ha llegado a Viena sano y salvo, y están encantadísimos por la hospitalidad con que lo acogisteis tú y tu familia, Nenna. Te estoy muy agradecido, te debo una.

Martha sonrió, muy tranquila.

Joel Swanson no comprendía, ni esperaba comprender, lo que estaba sucediendo exactamente, pero las cuestiones de las que se iba enterando — aunque fuera de modo fragmentario— eran más o menos las que esperaba de la familia de su esposa, y les dedicó, a Nenna y a las dos niñas, una sonrisa benevolente.

* * *

Pinkie incluyó el *Lord Jim* y el *Grace* en su catálogo, pero no tenía nada

claro que fuera a poder venderlos. Por supuesto, se hallaban en los extremos opuestos de la gama de precios. Pero el mercado estaría complicado, sobre todo porque el decepcionado agente de seguros no había dudado en contarle a todo el mundo la suerte que había tenido de no dejar caer nada al suelo cuando estaba a bordo del *Acorazado*, ya que no había tardado mucho en hundirse como una piedra en un estanque. Tampoco le venía muy bien, de cara a realizar una venta, que a Richard lo hubieran golpeado en la cabeza mientras estaba en una de aquellas barcazas. Gracias a Dios, no tenía que vender esa en concreto. Pobre Richard: lo habían torpedeado tres veces y había estado a punto de estirar la pata derrotado por una simple llave inglesa. Pinkie lo consultó con su socio.

—No es para todos los gustos. Pero si alguien quiere montar un club nocturno diferente...

En el *Grace*, al fin y al cabo, no había que hacer demasiados arreglos. Las barcazas, diseñadas para que un hombre y un niño pudieran pilotarlas, podían ponerse a punto en unos días. El único problema era el mástil. Ni siquiera Woodie, haciendo un gran esfuerzo, había logrado bajarlo.

—Tengo otra idea —decía cada mañana, cuando llegaba, radiante, al *Grace*; pero la gruesa película de herrumbre que rodeaba el mástil lo sujetaba con firmeza en su sitio. Por su parte, la señora Woodie, deseosa de echar una mano, quería ayudar a Nenna a hacer el equipaje, pero descubrió, decepcionada, que no había mucho que hacer. La familia James parecía no tener muchas pertenencias. La señora Woodie sintió ganas de prestarles algunas, para que hubiera más objetos entre los que decidir qué conservaban y de qué se deshacían.

Rayada, impasible, dio a luz. El sagaz animalito eligió para hacerlo la cálida bodega del *Rochester*, y Willis, que siempre se levantaba muy temprano, la encontró sobre las ruinas de los almohadones nuevos del arcón junto a cinco gatitos del color del barro. Martha le regaló todos menos uno al padre Watson. La casa parroquial necesitaba un toque de alegría, él ya lo había dado a entender en numerosas ocasiones. Pero el sacerdote, que tenía un gran instinto de conservación, llevó a aquellos gatitos nacidos en el río al convento, para utilizarlos como premios en el sorteo de Navidad. Aliviado,

habló con las monjas sobre la emigración de la familia James; ante la imposibilidad de una reconciliación, sin duda era lo mejor que podía pasar.

La noche antes de que Nenna y sus dos hijas se marcharan de Inglaterra, una tormenta azotó Battersea Reach. Había llovido mucho, el Támesis estaba crecido y el viento del noroeste había hecho que el agua se acumulara en la de-semboadura del río, esperando a que una fuerte subida de la marea la llevara río arriba. Antes de que anocheciera, el viento cobró fuerza.

Una tormenta siempre es algo raro en una gran ciudad, donde hay tantas cosas inamovibles. Frente a los altos y rígidos edificios, el desordenado vuelo de las hojas caídas y los papeles parecía un signo de mal agüero; era como si quisieran escaparse mientras aún tuviesen tiempo. Poco después, el viento comenzó a arrastrar cosas más grandes, como cajas de cartón, ramas y azulejos. Las bicicletas que habían estado apoyadas en alguna parte cayeron al suelo. Podía oírse cómo se iban resquebrajando los cristales, y algunos pequeños trozos pasaron a formar parte de los misiles que el viento lanzaba contra las castigadas aceras. El embarcadero había sido barrido y se hallaba desierto. La gente salía del metro y, adoptando extrañas posturas para hacer frente al vendaval, se dirigía a casa a toda prisa metiéndose por las calles más estrechas.

Las gaviotas estuvieron planeando por encima del río mientras pudieron, con la esperanza de que las turbulencias les proporcionaran una buena pesca. Después, derrotadas y maltrechas, se largaron chillando en busca de refugio. En el muelle, las ratas se comportaban de un modo extraño: se arrastraban hasta el final del entablado y trataban de cruzar a los barcos.

En Battersea Reach, resultaba imposible actuar como si aquella fuera a ser una noche cualquiera. Los capitanes de los remolcadores, que nunca antes habían mostrado ningún interés por las barcazas atracadas en aquella zona, les gritaban o les hacían la señal de peligro: cinco detonaciones rápidas. Antes de que bajara la marea, la lancha de la policía recorrió el río deteniéndose en todos los barcos para advertir a sus moradores del grave peligro que corrían.

—Disculpe, señor, ¿ha comprobado el estado de su ancla últimamente?

Las anclas de las barcazas estaban irreconocibles. Más que anclas, parecían crustáceos, unos especímenes gigantes descartados mucho tiempo atrás por la naturaleza, pero que todavía se aferraban a su hábitat y permanecían hundidos en los profundos pozos que habían excavado en la zona intermareal. Pero, por debajo de la tierra, estaban muy deterioradas por el óxido. El ancla del *Acorazado* había salido con mucha facilidad cuando el remolcador de rescate había ido a llevárselo de allí. Y, además, el barro al que dichas anclas se aferraban tan tenazmente también podía ceder en cualquier momento, si las condiciones se veían alteradas.

—¿Y cuánto mide la cadena de su ancla? ¿Las quince brazas reglamentarias? ¿Y tiene todo en buen estado?

Como muchas de las preguntas que la policía está obligada a hacer, estas eran una mera formalidad, ya que era evidente que los propietarios de las barcazas no podían contestarlas. Lo único que podía esperarse era que las cuerdas de amarre se hallaran en mejores condiciones que las anclas. La visita era, de hecho, una excusa cortés para informar a la gente de cuál era el número de teléfono de la oficina más cercana de la policía fluvial.

—Muelle de Waterloo. wat 5411. Para cualquier emergencia. ¿Seguro que lo ha apuntado bien?

—Tendríamos que ir a tierra para llamar por teléfono —dijo Woodie, con cierta reserva, cuando llegó su turno. Estaba pensando en coger el coche y llevar a la dotación del *Rochester* directamente a Purley, estuviera Willis de acuerdo o no.

—¿Qué opina de este temporal, agente?

El sargento lo entendió como un inglés entiende a otro. El viento había arrancado algunas de las lonas que cubrían los barcos amarrados, y había enormes trozos de hule volando en todas las direcciones, enredándose en los mástiles y las barandillas.

—Deberían tener cuidado con esos hules —dijo el policía—. Son un peligro.

Las barcazas del Támesis, construidas con una madera que cedía y recuperaba su forma original cuando le daba el viento, se encontraban muy cómodas en el río. A sus crujidos y lamentos se añadía un toque nuevo, algo

parecido a la música. Mientras subía la marea, el viento hacía jirones las nubes que se desplazaban sobre ellas y levantaba un poderoso oleaje en el agua, de modo que las barcazas comenzaron a balancearse como en otros tiempos se habían balanceado en el mar.

Nenna y Martha le habían prohibido terminantemente a Tilda subir a cubierta. Desterrada en el camarote, se quedó allí tumbada, llena de alegría, experimentando un alocado deseo de salir a navegar, similar al que probablemente sintiera el mismo *Grace*. Cada vez que el viejo barco se elevaba a causa del oleaje, Tilda notaba cómo la cadena del ancla se tensaba hasta el límite.

—Vamos a desembarcar todos —gritó Nenna—. El *Rochester* ya lo ha hecho. Nos llevaremos solo una bolsa y volveremos a por el resto cuando no haya tanto viento.

Tilda se puso el anorak pensando que eran todos una panda de cobardes.

* * *

Nadie sabía que Maurice estaba a bordo de su barco porque no había ninguna luz encendida. Desde luego, no bebía a diario, pero esa noche se encontraba sentado en la oscuridad con una botella de whisky, preparado para cometer un exceso.

No era su incierta manera de ganarse la vida lo que lo atribulaba, ni las visitas de la policía, aunque ya le habían pedido que acompañara a los agentes a comisaría un par de veces. Por el momento, no habían solicitado una orden de registro para inspeccionar el barco, pero a Maurice no le importaba que lo hicieran. Y a la tormenta le tenía todavía menos miedo. Necesitaba que lo peligroso y lo ridículo formaran parte de su vida; de lo contrario, su sensibilidad lo abrumaría. Ahora amenazaba con hacerlo, pues Maurice no era capaz de soportar la visión del embarcadero cada vez más vacío. El *Acorazado*, el *Lord Jim*, y ahora el *Grace*. Gracias a su trabajo conocía a un montón de gente, pero cuando se imaginó a sí mismo teniendo que vivir sin sus amigos, cogió la botella de whisky y se sentó en la

oscuridad.

Al oír unos pasos en cubierta, encendió la luz. Tuvo que intentarlo dos veces antes de dar con el interruptor, y se preguntó si no sería hora de dejar de beber. Por supuesto, eso dependía sobre todo de quién estuviera ahí arriba, pero no reconoció los pasos. Había alguien dando tumbos, alguien que no conocía el barco. Probablemente se tratase de una persona que no sabía nada de barcos, pues no lograba encontrar la escotilla. Maurice, siempre hospitalario, fue a abrirla. Sus propios pasos le parecieron enormes y subió la escalerilla con la sensación de estar flotando. Nadar no podía ser tan difícil, al fin y al cabo, más que nada porque él ya no pesaba nada. Llegó a la escotilla al mismo tiempo que el desconocido que estaba fuera, chocó contra él y cada uno cayó en brazos del otro. No era muy alto, pero sí bastante joven y delgado, y, para alivio de Maurice, estaba tan borracho como él.

—Soy James.

—Pase.

—Esto es un barco, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es el *Grace*?

—No.

—Vaya.

—¿Dijo que se llamaba James?

—No, Edward.

—No importa.

Edward se sacó una botella de whisky del bolsillo y, lo que era aún más inesperado, dos vasos. Maurice se puso triste al verlos. Seguro que los había traído con la esperanza de celebrar algo que ya no se iba a poder celebrar.

—Ha sido muy listo viniendo aquí justo esta noche —dijo.

Como buen anfitrión, procuró poner a salvo a su invitado bajo cubierta. Por fortuna, tenía bastante experiencia en esa clase de cosas. Al llenar los vasos, se le pasó la depresión.

Edward se sentó pesadamente sobre el arcón y le dijo que quería explicarle una cosa.

—Los médicos siempre dicen que no hay que beber mucho, y hacen mucho hincapié en ello. Se apoyan en equipos formados por fisiólogos e investigadores que trabajan en laboratorios.

Logró decir estas palabras del mismo modo en que había conseguido avanzar por la cubierta.

—Lo que deberían hacer todos esos supuestos científicos es estudiar los efectos del alcohol. Por ejemplo, cojamos mi caso. Si un whisky me hace sentir alegre, cuatro whiskies deberían hacerme sentir muy, muy alegre. ¿No está de acuerdo?

—Completamente.

—Pues no es así. Me he tomado cuatro whiskies y estoy devastado. Devastado, joder. Y ahora me gustaría que se quede usted pensando en ello.

—¿Tiene que dar muchos discursos en su trabajo? —preguntó Maurice.

Edward recuperó la sobriedad durante unos instantes.

—No. Trabajo en una oficina.

La barcaza se balanceó con fuerza y Maurice oyó cómo la percha donde tenía colgado su único traje bueno, esperando el trabajo que nunca llegaba, se deslizaba de un extremo a otro de la barra.

—He venido a traerle un regalo a Nenna —dijo Edward.

Sacó una cajita azul y dorada del mismo bolsillo en que había llevado los vasos.

—En esta caja hay un frasco de perfume.

—¿Qué perfume?

—Se llama «L'Heure Bleue».

—¿Le importa si lo escribo? —le preguntó Maurice.

—Claro que no. Aquí tiene mi biro.

—Ah, así se dice «bolígrafo» en ruso, ¿lo sabía?

—Sí, pero es en húngaro.

—Es en ruso.

—Fue un húngaro el que lo inventó.

—Pues se habrá hecho millonario. Oiga, ¿qué tiene de especial ese perfume? Lo ha traído para Nenna. ¿Es el que usa ella?

—No lo sé. Creo que no. No tengo un gran sentido del olfato.

—Creo que Nenna no usa perfume.

—¿La conoce, entonces?

Los dos vaciaron sus vasos.

—La madre cuyo hombre vivo en su casa fue el que me lo recomendó — dijo Edward.

—¿Qué?

—¿No lo he dicho bien? Me temo que estoy perdiendo lucidez.

—Para nada.

—Gordon me dijo que debería traerle un perfume.

Justo encima de ellos, oyeron una explosión que parecía proceder de una cantera de pizarra. Se había desprendido algún objeto pesado que, tras chocar un par de veces contra algo, había aterrizado sobre la cubierta. Los tablones de madera soltaron un grito de protesta. Edward no parecía haberse dado cuenta de nada.

—Le he traído su bolso.

También lo extrajo, con cierta dificultad, de su bolsillo, y los dos se quedaron mirándolo fijamente, como si así pudieran convertirlo en alguna otra cosa.

—¿Cree que me dejará volver con ella?

—No lo sé —dijo Maurice, no muy convencido—. Nenna quiere a todo el mundo. Igual que yo.

—Ah, ¿entonces conoce a Nenna?

—Sí.

—Debe de conocerla muy bien, ya que viven en el mismo barco.

—En el barco de al lado.

—Me imagino que a veces ella vendrá a pedirle un poco de azúcar. O cerillas, a lo mejor.

—Ambos nos pedimos cosas.

—No es nada fácil entenderla. Uno puede pasarse mucho tiempo tratando de entender a esa mujer.

Quedaba como un cuarto de la botella, y Edward lo repartió entre los dos. El movimiento del barco lo ayudó: el *Maurice* meció el whisky dibujando dos curvas, una para cada vaso.

—¿Usted entiende a las mujeres?

—Sí —dijo Maurice.

Con gran esfuerzo, sujetando su concentración como si la tuviera entre las manos, añadió:

—Tiene que darle estas cosas. Dárselas, eso es, dárselas. Tiene que cruzar al *Grace*.

—¿Y eso cómo se hace?

—No es difícil. Es difícil si uno pesa mucho, pero, por suerte, esta noche no pesamos nada.

—¿Cómo voy?

Subir por la escalerilla le resultó más difícil que nunca, mucho más que la última vez. El barco se hundió un poco, pero no al mismo ritmo al que se tambaleaban Maurice y Edward. Consiguieron subir tres escalones. La escotilla se abrió ante ellos, y el marco, que estaba más alto por un lado que por el otro, les ofreció la visión de un cielo salvaje. Había una rata sentada en lo alto de la escalerilla. Un destello de luz les mostró sus dientes delanteros. Edward, con dificultad, se echó hacia delante.

—Qué asco de animal. Voy a por él.

—¡Es una criatura de Dios! —gritó Maurice.

Edward le lanzó todo lo que tenía en las manos: primero el bolso y después el perfume, que impactó contra la panza de la rata. Soltando un fuerte chillido, el animal giró sobre sus patas traseras y desapareció. Su cola golpeó el último escalón como si fuera una cuerda.

—¿Se ha roto el perfume?

—Me temo que lo estoy oliendo.

—He venido aquí para hacerle un regalo.

—Sí, James, ya lo sé.

—¿Y qué le doy ahora?

Edward se sentó en la escalerilla con las manos vacías. De pronto, Maurice, que todavía no se había dado cuenta de quién era aquel hombre, se sintió profundamente afectado por el hecho de que se hubiera quedado sin el perfume.

—Otro regalo.

—¿Por ejemplo?

—Hay cientos. Tengo cientos.

Agarrándose el uno al otro, avanzaron junto a la sobrequilla hasta llegar a la escotilla de proa.

—¡Cientos!

Tocadiscos, guitarras eléctricas, transistores, rizadores de pelo eléctricos, tostadoras, todo lo que había atesorado Harry, el extraño capital de los años sesenta, apilado en el suelo y en los catres, todo nuevo y metido en su caja, todo envuelto en plástico. Maurice cogió unas cuantas cosas y se las entregó a Edward, que se tambaleó al recibirlas.

—Esto le resultará útil en el *Grace*.

—¿Y cómo llego hasta allí?

¿Cómo habían vuelto a subir a la cubierta? Los atrapó un fuerte viento y tuvieron que agacharse para poder avanzar en la oscuridad, tratando de encontrar algún asidero; primero fue la base de la vieja polea, después el mástil. Tres tostadoras se alejaron navegando como navega la espuma en medio de un vendaval. Seguía soplando desde el noroeste. La rampa de desembarco que llevaba al *Grace* había desaparecido. El estallido que habían oído sobre ellos se debía a que el viento la había levantado y lanzado sobre la cubierta.

—Todavía está la escalera.

El *Maurice* tenía una escalera de hierro fija en el costado de babor.

—¿Ese es el *Grace*? —gritó Edward, haciéndose oír por encima del viento.

—Sí.

—No veo ninguna luz.

—Claro. Están apagadas.

—No había pensado en eso. No sé mucho de barcos.

Edward estaba mucho más confuso que Maurice y necesitó que este lo ayudara, impulsándolo hasta lo alto de la escalera. Maurice se hallaba lo bastante sobrio como para darse cuenta de que estaba borracho, y se dio cuenta también de que el agua que había entre los dos barcos parecía más

revuelta que nunca. Tuvo la súbita idea de que algo iba espantosamente mal, pero se le fue de la cabeza con la misma rapidez con la que se le había ocurrido. Tenía algo que ver con la manera de cruzar al *Grace*.

—No solemos ir por aquí.

Para cuando hubo descendido los veinte peldaños de la escalera de hierro, a Edward ya se le había caído todo el cargamento de regalos que llevaba consigo. Nada más llegar abajo, el barco dio un viraje repentino y se alejó de él, de modo que dejó de ver la barandilla en lo alto, donde, en su lugar, apareció un nuevo trozo de cielo.

—¡Cuidado!

Maurice estaba medio desmayado sobre la borda. Incluso en aquel estado, completamente borracho y extenuado, tenía un aspecto atractivo que sugería una promesa y resumía todo lo que puede significar la amistad.

—¡Tiene que volver cuando haga mejor tiempo!

Se asomó, inclinándose peligrosamente, y vislumbró durante un instante la cara pálida de Edward al final de la escalera. Edward le contestó algo que se perdió entre el ruido del viento, pero parecía estar diciendo, una vez más, que no estaba muy acostumbrado a los barcos.

Con ese último viraje, el ancla de Maurice se había desprendido del barro, y las cuerdas de amarre, incapaces de soportar todo el peso de la barcaza, se soltaron. Así, con los dos hombres agarrándose a él con todas sus fuerzas, el *Maurice* se alejó de la costa, llevado por la corriente.



Índice

PORTADA

A LA DERIVA

INTRODUCCIÓN

A la deriva

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

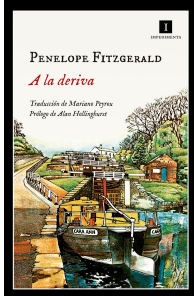
ÍNDICE

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE PENELOPE FITZGERALD

CRÉDITOS

A la deriva



Nenna James, una joven canadiense sin medios para alquilar una vivienda en el Londres de principios de los 60, vive con sus dos hijas en una barcaza anclada en el Támesis. Ninguna de las tres «pertenece ni al agua ni a la tierra firme», y comparten su existencia con unos vecinos que se encuentran, como ellas, a la deriva: Willis, un artista que intenta vender su decrepita nave a pesar de su pésimo estado; Richard, que vive a bordo del Lord Jim con su mujer, Laura, aunque ella preferiría mudarse a otro sitio, o Maurice, que ni siquiera protesta cuando su barcaza empieza a llenarse de objetos robados. Todos ellos van a contracorriente, en un espacio en el que podrían primar la sencillez y la libertad de la vida excéntrica, pero que se ve salpicado por los pequeños reveses cotidianos de cualquier existencia humana.

Ganadora del Booker Prize en 1979 y basada en la experiencia personal de la propia autora, *A la deriva* encumbró a Penelope Fitzgerald (La librería) a la fama, y supuso su consagración literaria.

Penelope Fitzgerald, de soltera Knox, nació en 1916. Era la hija del editor de Punch, Edmund Knox, y sobrina del teólogo y novelista Ronald Knox, del criptógrafo Dilly Knox y del estudioso de la Biblia Wilfred Knox. Fue educada en caros colegios de Oxford. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó para la BBC. En 1941 se casó con Desmond Fitzgerald, un soldado irlandés, con el que tuvo tres hijos. Durante unos años, vivió en una casa flotante en el Támesis, experiencia que reflejaría posteriormente en su aclamada novela *A la deriva*. Autora tardía, Penelope Fitzgerald publicó su primer libro en 1975, a los cincuenta y ocho años, una biografía del pintor prerrafaelita Edward Burne-Jones. En 1977 publicó su primera novela, *The Golden Child*, una historia cómica de misterio ambientada en el mundo de los museos. A lo largo de los siguientes cinco años, publicó cuatro novelas de inspiración autobiográfica, que la consagraron como una de las figuras cruciales de la nueva narrativa inglesa, comparable a Iris Murdoch o A. S. Byatt. Con *La librería* (1978; Impedimenta, 2010) fue finalista del Booker Prize, premio que finalmente consiguió con su siguiente novela, *A la deriva* (1979), que Impedimenta recupera en nueva traducción. Siguió con *Human Voices* (1980) y *At Freddie's* (1982). En este punto, Fitzgerald declaró que ya estaba cansada de escribir sobre su propia vida, y se decantó por la novela que desvela hechos y acontecimientos del pasado, desde un punto de vista histórico. La primera de ellas sería *Inocencia* (1986; Impedimenta, 2013), desarrollada en la Italia de los años 50 y que narra la historia de amor entre la hija de un aristócrata y un médico comunista. En 1988 publicó *El inicio de la primavera* (Impedimenta, 2011), que tiene lugar en el Moscú de 1913, protagonizada por un pequeño impresor inglés perdido en los albores de la Revolución rusa. Siguió con *La puerta de los ángeles* (1990; Impedimenta, 2015) y *La*

flor azul (1995; Impedimenta, 2014), centrada en la vida del poeta alemán Novalis. Penelope Fitzgerald murió en Londres en abril del año 2000. En 2008, *The Times* la incluyó en su selecto listado de los cincuenta mejores escritores ingleses posteriores a 1945.

Título original: Offshore

Edición en ebook: abril de 2018

Originally published in the English language by HarperCollins Publishers Ltd. under title *Offshore*.

© The estate of Penelope Fitzgerald, 1979

Copyright de la traducción © Mariano Peyrou Tubert, 2018

Copyright del prólogo © Alan Hollinghurst, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Gabriel Regueiro

Corrección: Virginia de Castro y Ane Zulaika

Composición digital: Plataforma de conversión digital

ISBN: 978-84-17115-61-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



IMPEDIMENTA

PENELOPE FITZGERALD

A la deriva

Traducción de Mariano Peyrou

Prólogo de Alan Hollinghurst

